



Fernán Caballero

La estrella de Vandalia. ¡Pobre Dolores!

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Fernán Caballero

La estrella de Vandalia. ¡Pobre Dolores!

Prólogo.

Al comenzar estas pobres líneas, miserable fachada que pego con vergüenza a dos tan agradecidos monumentos, y al escribir de novelas, según creo, por primera vez, después de tanto como he escrito en este mundo, juzgo que mis lectores no llevarán a mal el que principie confesándome con ellos sobre esta materia, a fin de que conozcan desde luego mis aficiones, mis hábitos, casi iba a decir mis doctrinas, algo de lo que siento y lo que pienso acerca de una lectura tan generalizada en nuestro siglo y en nuestro país.

Declaro, en primer lugar, que soy enteramente de éstos, -de mi país y de mi siglo,- en el particular de que estamos hablando: declaro que la buena novela me enamora, me cautiva, me arrastra; que pocas distracciones tienen para mí un encanto igual; que embebido en saborearlas y aún en devorarlas, he pasado y paso todavía horas y horas, discurriendo con sus autores, viviendo con sus héroes, tomando una activa parte en la ficticia, escogida existencia que son su atmósfera y su terreno. Si éste es un defecto, por ventura; si todas las personas graves y formales que me oyeren lo estiman una aberración de juicio o una puerilidad de carácter, inclinaré la frente y me someteré al rigor de la sentencia común. Pero si hay algunos que conciban semejante ocupación como un decente y provechoso solaz en medio de las pesadas tareas del foro y de las acerbas realidades de la vida pública; si los hay para quienes esa afición a lo distinguido, a lo romancesco, a lo ideal, pueda elevar el ánimo, perfeccionar el gusto, inspirar amor a lo bueno y a lo bello, contribuir, en una palabra, al ennoblecimiento de nuestro espíritu y a la mejora de nuestro ser; permítaseme entonces que me confirme y aferre en mi costumbre, y que ya que no haga gala de una impenitencia procaz, diga sencillamente, pero sin rubor, que tengo pasión por las novelas, como la tienen algunos por las flores o por la música, como la tienen otros, y yo también con ellos, por las estatuas y por los cuadros.

Claro sin embargo está -y apenas era necesario decirlo- que no todas las novelas, ni aún todos los géneros de novela, han de ser ni pueden ser igualmente aceptables para mí. Desde luego, hasta me parece excusado el descartar para condenarlas las que pertenecen a los géneros sucio y tonto; las que se apartan de los ojos con disgusto; las que se caen de las manos por falta de interés, por falta de talento, por falta de estilo. En obras que se dirigen al corazón y a la mente, condenado está por sí mismo lo que ni ilumina la mente, ni tiene que ver con el corazón. En obras que pertenecen al arte, condenado está lo que no tiene condiciones artísticas. Todo el mundo conoce que lo impudente no puede causar sino asco; que lo necio y lo estúpido sólo han de producir fastidio y sueño.

De otra cosa, pues, queríamos hablar cuando hemos dicho que hay novelas, o géneros de novelas, que nunca nos agradaron. Y como estamos en acto de confesión, lo declararemos también tan sincera como ingenuamente.

Me repugnan ante todo, y me han repugnado desde niño, las que podría llamar novelas anatómicas; aquellas en que, no sé si con verdad o sin verdad, se analizan, se descomponen, se reducen a polvo los sentimientos humanos, cual si fuesen nervios o tegumentos, pretendiendo llevar el escalpelo hasta sus principios más recónditos y elementales, y colocando en una especie de microscopio sus partículas, para que nos den por consecuencia monstruos que no se conocen en el mundo, doctrinas que no son las doctrinas de la sociedad. Tales novelas, no necesito de seguro nombrarlas: todos las conocemos; todos hemos tropezado con ellas alguna vez; todos las hemos oído celebrar y recomendar como el límite del ingenio, como la corona de la filosofía y del arte. Pero en cuanto a mí, vuelvo a repetir lo que llevo dicho: siempre me han sido antipáticas tales obras, como me lo es una lección de patología, o como me lo son esas estatuas de cera que nos demuestran al desnudo las cavidades de las vísceras humanas. Puede cautivar, y cautiva ciertamente mi ánimo, la observación delicada y exacta de nuestros sentimientos; mas ésa que pasa a descomposición total, a análisis quirúrgica, ni la sigo con deleite, ni la sufro siquiera con resignación. Suponiendo que semejantes análisis sean verdaderas, paréceme que no es a la literatura, sino a la medicina, a quien corresponden: si a más de ello fuesen voluntarias, mentirosas, creo que no se las deberá colocar sino en la región de los más repugnantes delirios.

Otras novelas, a las que tampoco me he acostumbrado jamás, son las que sirven de cuadro a predicaciones socialistas. Y no porque el socialismo, en mi juicio, carezca de importancia y no deba mirarse con cuidado y con respeto: derivación, aunque sea bastarda, del espíritu cristiano, engendro doloroso de malos incuestionables que no basta cerrar los ojos para no sentir, es algo más que uno de esos accidentes políticos que duran el espacio de pocos días, y que sólo dejan en pos un nombre que se olvida luego, y un pequeño vacío, que bien pronto y de cualquier modo se llena. El socialismo es y vale mucho más. Ni concebimos un hombre de bien que no tenga el germen de su crítica en el fondo del corazón; ni vislumbramos otro medio de combatir y de enfrenar el desbordamiento de sus ideas, tan destructor y tan terrible, sino el de la sublimación de los principios pura y santamente cristianos, la justicia, la libertad y la caridad, que resuelven todas las cuestiones humanas, hasta el punto que nos es dado resolverlas en esta vida de tránsito, de imperfección y de sufrimiento.

Mas aún considerando al socialismo como una cosa grave y seria, hemos tenido la desgracia de encontrar siempre a sus novelistas a la par peligrosos y pueriles; falsos en los caracteres y declamadores en los sentimientos; afectando algo que no nos ha parecido sincero ni real; copiosos en palabras humanitarias, pero que maldisfrazan sólo, y que no pueden encubrir su espíritu de rencor a lo que es digno y respetable. Yo no sé si procede esto de la propia naturaleza de tal doctrina, exageración, caricatura de la doctrina evangélica, y dada, por consiguiente, a caricaturas y exageraciones; si se deriva de la situación hostil en que se halla respecto a las antiguas sociedades, y que la impele a esos extremos de hostilidad y odio; si nace, por último, del carácter personalmente agresivo de sus más renombrados escritores, que se derrama de su pluma en una emanación tan

necesaria como natural. Pero sea lo que fuere de la causa, el hecho es cierto, es evidente, si no se iluden mis sentidos y mi razón; y las novelas socialistas, que no son en su fondo obras ni de entretenimiento ni de arte, sino meras máquinas de demolición social, libros de pura y ardiente controversia, se me presentan tan desnudas de lo que debía formar su atractivo, de lo que debía envolver entre sus halagos la enseñanza, que no puedo menos de repelerlas con duro desdén, repitiendo el incredulus odi del eterno legislador en materias de gusto.

Aparte de las novelas tontas, de las novelas anatómicas, y de las novelas socialistas, todos los demás géneros son buenos y aceptos para mí; como que recrean la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico; la pintura de caracteres, la narración de sucesos extraños, las combinaciones de imaginación o de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un vivo interés a las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en Renato el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en Pablo y Virginia de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propio de las situaciones patriarcales, mi entendimiento y mi corazón los siguen a uno y otro terreno, los acompañan por una y otra vía, y llegan a un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos, y los llevo adonde Walter Scott nos retrata con admirable lucidez las verdaderas costumbres de la edad media, Lesage las del decimosétimo siglo, Cooper los hábitos de los indios y de los plantadores americanos, Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros días; adonde Manzoni nos ofrece sus admirables Desposados; adonde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un talento escénico que tiene pocos parecidos, y con una desenvoltura de imaginación que aturde tanto como embelesa, nos da en sus Mosqueteros un libro real de Caballería como es posible en el siglo decimonono; el contentamiento y la satisfacción quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se ve reemplazado por otros, a veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no menos vivo interés.

Y no he querido citar, de propósito, entre esos distinguidos nombres que resumen los diversos géneros de la buena novela actual, otro nombre más claro todavía, y que, consagrado por la unánime aprobación de generaciones y generaciones, se levanta y descuella entre todos

«quantum lenta solent inter viburna cupressi.»

Tal es sin duda el del autor del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha: la primer novela que se ha escrito en el mundo; a la que ni en fuerza de observación, ni en verdad de caracteres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo de colores, ni en lo exacto ni en lo ideal, llega ni se acerca ninguna otra de cuantas ha concebido el ingenio humano; siempre fresca y lozana a pesar de sus dos siglos y medio; siempre leída con el mismo placer y admirada con el propio entusiasmo que en los primeros días; única en el orbe que después de haber llenado plenamente un especial designio, y cuando parecía que no tuviese ya objeto ni razón, sigue deleitando a toda clase de personas, a la par que

desesperando a cuantos cultivan estas flores del espíritu, y se afanan por encontrar algo que la imite, ya que no la iguale. De propósito no queríamos hablar de ella; por lo mismo que un profesor ordinario de arquitectura no hablará a sus oyentes de la Gran Pirámide de Egipto o de San Pedro del Vaticano: que hay monumentos, y también hay libros, ante los cuales bajamos la frente los hombres del común, como que son nuestro asombro todavía más que nuestro orgullo; que hay nombres que no se pueden pronunciar en medio de otros nombres, porque es necesario al pronunciarlos descubrir la cabeza, inclinar los ojos, y colocarse en una respetuosa actitud, como delante de reyes de la inteligencia, enviados por Dios de tiempo en tiempo para abrirla nuevos horizontes, y para conducirla por nuevos caminos.

Dejemos, pues, en su incomparable gloria a Miguel de Cervantes Saavedra, blasón de España, y eterno modelo de cuantos se propongan enlazar la realidad a la ficción; limitémonos a algo más compatible con nuestra pequeñez, y fijémonos en luces que puedan soportar nuestros ojos sin deslumbrarse y cegar con su brillo. También son altos y dignos los segundos puestos, cuando es tan ingente el que posee una primacía no compartida por ningún otro.

No sé si, continuando ahora en mis declaraciones, deberé también confesar que, incitado por esta idea, y más aún por mi afición al género, hubo una época en que deseé cultivarle, y pensé muy seriamente en alguna obra, que concebía como de agrado y de interés. Padece sin duda en ello mi pobre amor propio; pero reconozco y declaro con toda humildad que no supe llevar a cabo semejante intención, y que me sentí inhábil para una empresa que verdaderamente me halagaba. Ora fuese porque carezca en realidad de la clase de talento que es necesario para tales invenciones y narraciones, ora porque fija mi idea en ejemplos muy nobles quisiese llegar hasta ellos de la primera vez, y no me resignara a lo que me parecía hartamente lejano de la perfección, es lo cierto que se negó mi pluma a extender y desenvolver lo que confusamente apercibiera mi espíritu, y que después de varios ensayos inútiles conocí que no había nacido para novelista, y me resigné a carecer de esa gloria, y sobre todo de esa satisfacción que me habría sido mucho más importante.

Lo que resultó de ese conato frustrado, de esa triste percepción de mi inhabilidad, fue que desde entonces estimé en más todavía el título de buen autor de novelas, y admiré más lo que no me encontraba con fuerzas para poner por obra. Ésta es indudablemente una ley de condición humana. Lo que hacemos, lo que nos sentimos aptos para hacer, nos parece siempre obvio, fácil, de menor mérito: lo que escapa o excede a nuestra aptitud, eso es para nosotros lo difícil, lo meritorio, lo grande. Yo he escrito de política, de legislación, de artes, de historia; yo he compuesto poesías y dramas; yo he explicado en la cátedra, informado en el tribunal, disertado en la Academia, improvisado y discutido en el Parlamento: todo eso me parece sencillo. ¿Sabéis lo que encuentro grave, lo que me causa admiración, casi iba a decir envidia? Escribir buenas novelas, porque no he sido capaz de hacerlo; y predicar buenos sermones, porque no concibo que se predique sino de memoria; y yo, ni supe jamás la lección cuando era estudiante, ni he podido aprender en mi vida la suma de veinte palabras.

Llegado a este punto de mi confesión, y habiéndome hecho conocer, según creo, de los que me leyeren, en mis relaciones generales con la novela y los novelistas, razón es que nos

dirijamos ya a FERNÁN CABALLERO y a las suyas, y que complete bajo ese punto de vista especial lo que puedo decir en esta fastidiosa adherencia, que con el nombre de prólogo autoriza una mala costumbre.

Hace muchos años que conocía a FERNÁN CABALLERO, aunque no le conociese con este nombre. Era yo un oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, ocupado en revolver el Digesto y la Novísima Recopilación, cuando él -que entonces no era él- brillaba entre lo más distinguido de aquella sociedad por las gracias de su persona, realzadas con lo claro y lo apacible de su talento. Yo no le trataba, y aún juzgo no haberle saludado por aquel tiempo ni una vez siquiera. Le admiraba, como todos los que le veían, porque Dios ha querido que se admire en todas las esferas lo bello y lo simpático; pero ni yo ni nadie, ni él mismo quizá, presumía a la sazón que debiésemos alguna vez admirarle de la manera y por los motivos que lo hacemos ahora.

Abandoné de allí a poco a Sevilla, vine a Madrid, corrieron años y años, y al cabo de ellos apareció FERNÁN CABALLERO en el mundo de las letras, y su novela de la GAVIOTA vino a anunciar a España que poseía un notable escritor, capaz de ponerse en línea con los que honran a cualesquiera otros países. La aprobación, el entusiasmo, fueron unánimes: siguiolos, como era preciso, la curiosidad aguijoneada por un evidente pseudónimo; y roto bien luego éste, -que nunca duran mucho semejantes velos, y menos aún en la época de publicidad que alcanzamos,- hube de recordar con grata complacencia aquella grata aparición de mi juventud, que ostentaba un alma más hermosa todavía, en los puros, interesantes, amables conceptos de su ingenio.

No me incumbe a mí estimarlos ni avalorarlos todos y con detención en este breve trabajo. Vengo después de jueces muy competentes, que lo han efectuado de algunos con plena justicia; y no es, por otra parte, lo que me he propuesto el hacer un prólogo universal para las presentes obras. Cumpliría, pues, diciendo algo sobre la ESTRELLA DE VANDALIA y ¡POBRE DOLORES! que van a encontrar sus lectores en este tomo; que saborearán de seguro con el mismo placer que han experimentado en los precedentes, y que les harán desear otros nuevos, igualmente ricos en emociones tiernas y cristianas. Aún ese algo me parecería demasiado si temiese que pudiera servir para dilatar el conocimiento de las propias novelas, y no creyese, como creo, que la inmensa mayoría del público ve siempre -y con mucha razón- los prólogos, después que tiene vistas y se ha empapado en las obras.

¿Cómo es posible, sin embargo, escribir sobre cualquiera especial de un autor, particularmente cuando se le aprecia, cuando se tiene por él una justa simpatía, cuando se le sigue en todo su camino con amor, y no decir nada sobre sus dotes generales, sobre su manera, su sistema, sus perfecciones, su mérito? La tentación es demasiado fuerte para resistirla; el deber demasiado claro para desatenderle; y como lo que podrá haber en ello es imprudencia a lo más, pero no pecado, ha de permitírseme el consignar aquí en una docena de frases lo que, si se puede ya presumir por la mera lectura de estas dos pequeñas obras, se ve plenamente justificado por la de los seis o siete tomos que las preceden, y que tienen de seguro a la vista los que nos honran con su atención en este momento.

Principiaré exponiendo lo que hiere más la mía en las novelas de nuestro autor, lo que me parece su rasgo supremo y característico: tal es la grande, la completa espontaneidad, que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, a mi juicio, que sea efecto de imitación; nada procede, y nace de la profesión literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidentemente, ya de su instinto creador, ya de una observación fiel y esmerada de personas y de cosas vivas y reales. Yo no sé si FERNÁN CABALLERO había leído o no había leído muchas novelas antes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras: que sus modelos son del natural, del más puro y sencillo natural; y que al trasladarlos al papel dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho o podido hacer los demás escritores, y sólo ha cuidado de que correspondan a los dos principios que deben guiar a todo el que trabaja en verdaderas obras de arte: la exactitud, la verdad en el fondo del retrato; la idealidad en la expresión de la propia figura retratada.

Ignoro lo que pensarán otros; pero confieso que esta circunstancia que acabo de exponer es para mí de gran valor y de una estimación suma y decisiva. Estoy cansado, aburrido, de leer imitaciones y más imitaciones de los buenos novelistas, -y aún de los que no son buenos en mi concepto,- hechas por quienes, no alcanzándoles en mérito o habilidad, deslíen sus propósitos, amenguan sus bellezas, y parodian tristemente sus obras. Veinticinco años hace, era el género de Walter Scott el que diariamente se nos daba con nombres españoles; después ha sido el de Eugenio Süe; hoy es el de Alejandro Dumas, aunque sin su imaginación, sin su talento dramático y sin su gracia narrativa. Se les ha visto célebres, se les ha juzgado interesantes, y se los ha imitado por ello, creyendo obtener celebridad y ganar interés; sin comprender los imitadores que existía un maestro superior a todos esos maestros: la naturaleza; o sin tener ojos para ver, ni corazones para sentir lo que ésta nos ofrece de primitivamente bello, de digno sobre toda comparación de ser observado y retratado. Copiando e idealizando, pues, con lentes que eran de otras vistas, sus copias han resultado falsas, y pueriles y absurdas sus idealizaciones. Pueden agradar por naturales los maestros; pero de seguro no agradan por amanerados los discípulos.

Véase, pues, cómo aprecio tanto en FERNÁN CABALLERO esa originalidad, esa espontaneidad, esa franqueza, que por primera dote le reconozco. Véase por qué la estimo y la señalo, sobre todas las demás del artista y del escritor. Véase por qué comprendo que se cifra en ella su más brillante corona. Escapar al peligro de la imitación y de la escuela en este tiempo; copiar d'après nature, cuando copian tantos de las que ya son copias, y por cierto no muy fieles; desechar esas malas tradiciones; romper esos tristes prestigios; tener valor para empararse en la pura, en la franca, en la verdadera verdad, y para presentarla sin rodeos como sin afeite: he aquí lo que ya indica por sí solo un espíritu sano, un entendimiento recto, un juicio merecedor de toda alabanza. Y si añadimos a eso, que no sólo ha observado por sí, sino que ha observado bien; que ha escogido con talento, que ha pintado con fuerza, que ha sentido con ternura, que ha pensado con corazón, ¿qué otra cosa más hemos de pedirle, para ofrecerle en cambio de todo nuestra sincera simpatía y nuestros fervorosos aplausos? ¿Qué otra cosa más se pidió ni se ha de pedir, por ventura, al novelista, desde que el ingenio humano halló la novela, y en tanto que acaricie y conmueva esa obra del arte, con sus delicadas ficciones, la inteligencia y el corazón de la humanidad?

No es esto decir que una crítica descontentadiza dejaría de hallar en las obras de FERNÁN CABALLERO leves lunares sobre que poner su fría y descarnada mano. ¿Cuál es, por ventura, el autor que deja de ser hombre, y que no cae como tal en algún humano defecto? Pero ¿qué importa que peque alguna vez contra la exactitud histórica, como cuando atribuye a los Romanos el sic *lucet in VANDALIA*; o que también peque otras contra el Diccionario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? ¿Por ventura hace profesión de cronista, ni se propone escribir unos anales de nuestra nación? ¿Por ventura puede escapar él al contagio que más o menos nos ha alcanzado a todos; o se han de libertar su dicción ni su lenguaje de lo que trae consigo la desafortunada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos; si describen con admirable exactitud; si expresan los afectos con patética sencillez; si son a veces sublimes por esa simplicidad misma, ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar o una leve mancha, en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? FERNÁN CABALLERO no tiene, de seguro, presunciones académicas; y eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la cuenta, ni con la gracia con que él la escribe. En cuanto a mí propio, ya dejo dicho que no puedo, que no sé.

Quizás hay en él, -porque queremos ser completamente sinceros,- quizás hay en él un defecto mayor que los indicados; mayor, por lo menos, bajo el punto de vista del arte, y con relación al propio fin que le mueve y lo anima en sus propósitos. Tal es el de suspender o abandonar a veces el papel de narrador, para convertirse en el de maestro de moral; el de no contentarse con que la enseñanza de ésta se derive naturalmente de los hechos referidos, y que la saque o deduzca de ellos el lector: avanzando, por el contrario, a presentársela, a dársela, y no sólo en alguna exclamación o reflexión corta y breve, sino en razonamientos, en explicaciones, en tono de predicador o más bien de controversista. Yo bien alcanzo que cuando FERNÁN CABALLERO toma ese camino, su doctrina es buena, puro su intento, motivada por lo común su obra; pero aún así y todo, creo que ganarían artísticamente sus libros en que no se dejara ir por esa pendiente que le arrastra, y que de seguro no perderían nada en el propio objeto moral, pues que las consecuencias que él no sacase las sacaríamos todos a nuestra vez, y sin duda con mayor gusto, y sin duda también con mayor provecho.

Permítaseme explicar de todo punto esta idea, acerca de la cual no quiero que quede incertidumbre. De seguro es el complemento de todas las obras de imaginación el que se aspire al disfrutarlas una enseñanza cristiana y sólida; de seguro es el más noble designio de todo novelista el que sus ficciones, a la par que agradables, sean útiles, sean engendradoras de bien. Mala y vergonzosa corona es la del escritor que ve lanzado su libro del hogar de una honesta familia; triste celebridad la del que despierta pensamientos impuros en el corazón de los jóvenes, o tiñe de rubor la mejilla de las doncellas. Pero no es, a nuestro juicio, la predicación directa la que produce lo uno ni la que impide lo otro. La gran prueba de ser bueno, enteramente bueno, un libro de esta clase, no está en las máximas que ostenta y declama, sino en los sentimientos que inspira y produce. Esa gran prueba sólo resulta de que, leyéndose con avidez luego que se ha tomado en las manos, deja el ánimo al concluirle en una disposición mejor, más moral, más a propósito para la virtud, que cuando se lo comenzara. Toda vez que se reúne lo uno y lo otro, no hay que pedir más a las obras del

novelista: son interesantes, que es su naturaleza: son morales, que es su ley. Temed que no se tornen, exagerando esta última, en tratados expresos de moral; temed que no pierdan de ese modo su sabor y su atractivo, y que no llegue a nacer de ahí lo contrario de lo mismo que se anhela. No olvidéis nunca la octava del Tasso, suprema norma, en este particular, de razón y de buen gusto:

«Sai che la corre il mondo, ove più versi
Di sue dozze il lusinghier Parnaso;

Succhi amari ingannato intanto ei beve,
E dall'inganno suo vita riceve.»

Basta ya, me parece, de juzgar a FERNÁN CABALLERO en este aspecto general que me propuse. Gran narrador, gran pintor, gran observador de caracteres, escritor original y espontáneo, al que si puede señalarse alguna leve mancha, es nacida de su espontaneidad propia, uniendo a todo ello el delicado perfume que los hombres, hombres, no saben dar a sus obras; ocupa, en el día un lugar muy merecido y muy alto, no sólo entre los novelistas españoles, sino aún entre todos los novelistas europeos. No siguiendo las huellas de nadie, dejándose llevar por esa inspiración libre que ha sido una inspiración buena, ha recorrido un camino de aciertos y de triunfos, entre el doble aplauso de las personas de letras y de las personas de corazón. Unas y otras han derramado lágrimas sobre estos libros, sin poder abandonar su lectura, mientras que la madre de familia honrada y diligente los ha entregado y los entrega con toda confianza a los tiernos seres que Dios puso bajo su custodia. Así, la prueba de que hablábamos antes está realizada, está vencida; y las obras de FERNÁN CABALLERO ganando en ella ventaja a otras muchas obras de inmensa celebridad, ocupan a un tiempo los estantes de las bibliotecas, los dorados veladores de los salones, y las pobres camillas de pino, en cuyo alrededor se consumen las largas horas de la noche en el humilde interior doméstico.

Cuando sucede de esta suerte, todo lo que hubiera de decir un prólogo, ya que no sea ridículo, es por lo menos excusado. No diré yo, por consiguiente, más; y si algunos extrañasen que no consagre en especial siquiera unas pocas líneas a las dos preciosas novelas de este tomo, sírvame de excusa, primero, que lo que he dicho en general de todas se aplica a ellas con tanta exactitud como a las restantes; y en segundo lugar, y sobre todo, que no puedo persuadirme hayan tenido el mal gusto de perder media hora en estas reflexiones, vagas, estériles, desnudas de agrado y de interés, y no hayan leído previamente esos lindos, esos tiernos, esos acabados cuadros, que ha apellidado tan poéticamente su autor LA ESTRELLA DE VANDALIA y ¡POBRE DOLORES!

Madrid 30 de Junio de 1857.

J. F. PACHECO.

A la señora doña Dolores Tamariz.

MI QUERIDA AMIGA:

Ha poco que leía en una obra del distinguido autor contemporáneo francés, Paul de Molène, el siguiente trozo que tan magnífica y justamente califica la ridícula tendencia de la literatura moderna, que ha resuelto amalgamar los vicios con el cristianismo, e incluir en un mismo anatema la pura y rígida virtud, a la cual llama intolerancia, y toda autoridad, que llama despotismo. Advertiremos que Mr. Molène pertenece a la escuela liberal sensata.

Dice así:

«Lo falso siempre me ha herido; y las necedades sacrílegas que oía en aquella casa me causaban a veces verdaderos accesos de indignación. Allí se oía hablar de un Cristo amigo de las revoluciones, austero por un capricho místico, pero complaciente con todos los vicios, tierno con toda torpeza; en fin, jefe de una tribu gitana. Cornelia pretendía ser la Magdalena: sólo que reemplazaba por una orgullosa melancolía la humilde tristeza del arrepentimiento cristiano; pertenecía a la escuela de la disolución declamatoria; pensaba concienzudamente que las escenas y francachelas a que había asistido, y los amantes que sucesivamente había tenido y dejado, marcaban su frente con el sello del ángel caído.»

Nosotros los ortodoxos, por la gracia de Dios; nosotros los no contaminados de los modernos sofismas y falsos giros religiosos, si bien tenemos que renunciar en nuestras novelas a los efectos dramáticos y romancescos de dicha escuela libre y declamatoria, y ceñirnos a la sencilla fe del carbonero, esperamos hallar en su puro círculo pinturas y sentimientos que merezcan la aprobación y adquieran las simpatías de las personas que son altamente cultas, sin dejar por eso de ser rígidas en punto a moral y religión.

Esta esperanza me ha animado a tomarme la libertad de dedicar a usted esta obrita, que por título lleva el dictado y armas de Carmona, esto es, LA ESTRELLA DE VANDALIA.

Si he trasladado al pueblo de usted el teatro de la presente RELACIÓN, ha sido arrastrado por la fuerza y por el encanto de los recuerdos que conservo de ese lindo pueblo. Es, entre esos recuerdos, el más lisonjero y el más grato a mi corazón la amistad con que me honró una persona, que por su clase, por su mérito, por su delicada benevolencia y exquisita finura, ocupa en Carmona, como ocuparía en todas partes, un lugar tan distinguido y preferente.

Este recuerdo me impulsa a ofrecer a usted en estas hojas otro, hijo del primero, que resplandecerá siempre en mi mente, como resplandece en nuestro suelo LA ESTRELLA DE VANDALIA.

FERNÁN CABALLERO.

La Estrella de Vandalia.
Capítulo I.

A seis leguas de Sevilla, andadas por el hermoso y bien denominado camino real, que aunque ya arruinado, es una de las grandes obras de Carlos III, se encuentra la antigua ciudad de Carmona. Hallase labrada la ciudad primitiva sobre una alta roca, como un bienteveo que algún rey de la Andalucía Baja hubiese erigido para abarcar con la vista sus dominios. Viniendo por el camino de Sevilla, se eleva el terreno paulatinamente y casi sin sentir, hasta atravesar un gran arrabal o ciudad nueva, y llegar a la grandiosa puerta moruna, que forma un largo y estrecho callejón, entrecortado por una especie de patio o plazoleta. Esta entrada es ya pendiente, prolongándose la cuesta más o menos suavemente por las calles, hasta el penacho de aquella inmensa roca, desde donde desciende el terreno abruptamente, y principia la magnífica vega que cubren campos de trigo, que en primavera forman un mar sin límites, verde como la esperanza, y en el estío un mar dorado como la abundancia. A la derecha concluye este inmenso paisaje en la sierra de Ronda, y a la izquierda en Sierra-Morena, a cuyos pies caminan hacia el mar las aguas de sus arroyos, que reunidas toman el nombre de Guadalquivir.

Lo magnífico y sorprendente de esta vista tendría en otros países una fama y renombre universales, y habría sido descrita mil veces, tanto en novelas como en poesías. Pero en España es poco común el gusto y la pasión por las bellezas campestres, las que suelen admirar sin que en este sentimiento tomen parte ni el corazón ni el entusiasmo. Una vista, por bella que sea, se suele apreciar, digámoslo así, clásica y no románticamente.

La bajada en la de que hablamos es casi perpendicular, y no la puede arrostrar la carretera, que rastrea penosamente el primer tercio, y ciñe después a la peña como un cinturón, salvando su mayor altura; después de lo cual, vuelve a emprender su ascensión hasta llegar al alegre y activo arrabal, en que se hallan casas nuevas y bonitas, los paradores, los mesones, el correo; en fin, cuanto pertenece a la vida de movimiento; dejando tranquila, gracias a su altura, a la aristocrática y antigua ciudad, con sus casa solariegas, sus iglesias y conventos, sus grandiosas ruinas moriscas, y los trozos que aún conserva de los muros que la ceñían cuando tenía fuerza y mando. Todo en la ciudad es antiguo, bello y digno. Sólo en su parte más alta a la derecha, esto es, hacia el Levante, ha labrado la era moderna un feísimo telégrafo, que lleva la matrona como sello de actualidad en su frente, en la que parece una verruga. No es culpa nuestra si los telégrafos son feos, si son caricaturas de torres, si hacen muecas como decía un amigo nuestro; si, simbolizando la velocidad, son unas moles pesadas y sin gracia; si, significando la publicidad y las comunicaciones, son frondios y mudos oráculos que despiertan la curiosidad sin satisfacerla, envueltos como lo están para los profanos en silencio y misterio. Ni que al pasar por ellos la acción y la vida, queden ellos inertes y muertos, como si protestasen contra ambas; ni, por último, que careciendo de belleza en su forma y de poesía en su objeto, sean grotescas esfinges que solemnizan la cotización de la Bolsa.

No concebimos el moderno afán por vestirlo todo con la misma librea, y por querer borrar en los países y en los pueblos la nacionalidad que les es peculiar. De todas las

tiranías, la de la uniformidad es la que más se resiste a la independencia popular. Arrancar a países, pueblos y personas su ser, su carácter, su individualidad, es la más cruel, la más necia y la más antipoética arbitrariedad. Uniformar a los pueblos como a los como a los presidiarios, diciéndoles: «No seréis lo que habéis sido, no seréis lo que os llevan a ser vuestro suelo, vuestro cielo, vuestro carácter e inspiración espontánea; formaos sobre este modelo único y uniforme en el universo; todos sois carneros de una misma manada, menos nosotros que somos los pastores y zagales, llevando a guisa de cayado la pluma», esto está muy bueno para los que se erigen en pastores; pero para los que se quieren convertir en uniformes carneros no tiene ningún género de seducción y de simpatía.

En España, más que en otro país alguno, tienen las provincias diversas y marcadas fisonomías; así como las tienen distintas entre sí los pueblos de una misma provincia. Todo aquel que haya permanecido en ellos, y los haya observado con cuidado y con amor, podrá haber notado lo que dejamos dicho. Pero ¿qué autor se rebaja a observar y describir material y moralmente un pueblo de campo, para pintar después sus costumbres y detallar su localidad? Verdad es que si a esto uniesen datos históricos, y las tradiciones y leyendas que les son peculiares, harían obras originales, simpáticas y provechosas, dando a conocer y poetizando nuestro hermoso país, que tanto se presta a esto último. Pero hoy día, según dice Mr. Étienne, lo que agrada es poetizar el mal.

Los rasgos peculiares a Carmona son, en lo material, un aseo excesivo, tan general y erigido en costumbre, que no lo ostentan, ni lo pregonan, ni aún lo notan. El famoso aseo de Holanda podrá ser más ostensible; pero ni es tan genuino, ni tan general. Cada casa, cada calle se presenta tan pulcra, que inspira el verlas un inexplicable bienestar; y lo mismo las habitaciones de los pobres que las de los ricos. En las casas humildes vese en los patios rivalizar la cal de Morón y las flores, como para probar que el aseo y el primor, sin ser dispendiosos, pueden prestar a la vida bienestar, encanto y elegancia natural. En lo moral, el rasgo que distingue a la generalidad de los carmonenses es la religiosidad, y por consiguiente, la caridad. Y hemos presenciado allí tales rasgos de ambas sublimes virtudes (que en sí resumen todo el Decálogo: A DIOS SOBRE TODO, AL PRÓJIMO COMO A TI MISMO), que hemos exclamado con entusiasmo, que bien merece Carmona la denominación que le dieron los Romanos y le otorgaron por armas; que es una estrella con este mote: «SICUT LUCIFER IN AURORA, SIC IN VANDALIA CARMONA». (Como brilla la estrella de la mañana en la aurora, brilla en Vandalia Carmona.)

Como prueba de esta religiosidad y de esta caridad, muestra la cantidad y hermosura de sus iglesias y conventos, así como la de sus instituciones de beneficencia, que queremos consignar, para ponerlas al frente de las raquílicas obras de la filantropía.

Hubo en otros tiempos en Carmona escuelas de primeras letras y dos cátedras de gramática al cargo de los Jesuitas, y cátedra de filosofía en el convento de Santo Domingo; todo de balde. Muchas fundaciones de dotes para pobres; una dotación para estudiar en Salamanca, que fundó el arcediano D. Luis Puerto; tres dotes anuales para pago del colegio mayor de Sevilla, que fundó el señor Sarmiento. La marquesa viuda del Saltillo fundó un hospicio para niñas huérfanas. El número de estas niñas no está prefijado, sino que entran cuantas pueden sostener las rentas con que dotó dicha señora al establecimiento que fundó. En época reciente, siendo elegidos administradores el señor marqués del Valle y su

hermano el dignísimo presbítero señor D. Juan Tamariz, pudieron sostener dichas rentas 45 niñas internas y 150 externas, a las que se daba enseñanza de balde. Hemos visto aquel inmenso salón, y las 150 sillitas en que se sientan las inocentes, que ha reunido la caridad para enseñarles a conocer a Dios y a trabajar, y hemos pensado con dulce consuelo, que si hay mucho malo en el mundo, hay también mucho bueno.

Tiene Carmona cuatro conventos de monjas, y uno que se demolió para mal situar una plaza de abastos; cinco de frailes, San Francisco (hoy parador de diligencias), San Jerónimo (demolido), y Santo Domingo, extramuros; San José y el Salvador, cuya hermosa fábrica atestigua fue de los Jesuitas en la ciudad. Su iglesia mayor, Santa María, es magnífica, y la labró Antón Gallegos. Su parroquia de San Pedro fue edificada por Andrés Acebedo, natural de Carmona, que murió a los cuarenta años, y fue muy sentido. Su torre y su capilla de Dios son dos obras maestras de arte y de buen gusto, que si estuviesen en otro país tendrían fama europea.

En una de las calles que avecinan a San Felipe estaba situada una casa, la, que, como todas las principales, tenía un zaguán hábilmente enchinado de menudo guijarro. En éste se hallaban las puertas de las cuadras y escalera para subir a los pajares. A la derecha estaba la puerta, por la que se entraba en el gran patio, en el que naranjos y limoneros encerrados en sus arriates circulares dejaban entre sí espacio a las macetas, que según la estación se renovaban, trayéndoles allí la primavera las bellas rosas, como para obsequiar al suave azahar; el verano la odorífica albahaca y los frescos pinos, que viven de agua como el camaleón de aire, y en el estío hacen tan dulce contraste con la agostada naturaleza en el campo; y el invierno las constantes y monótonas laureolas, abortado laurel de flexibles e inodoras ramas, sin tronco y sin altura.

En un ángulo se hallaba un jazmín, que por sí, y sin ser guiado, había, subido tanto, y se había hecho tan frondoso, que cubría las ventanas alambradas de un granero, formando para el salón de los garbanzos unas floridas celosías, que hubiesen envidiado los gabinetes de las más elegantes beldades.

Este patio tenía una alegría espléndida como la de los niños. Sus corredores habían sido abiertos; mas fuese a causa de las mejoras y comodidades que consigo trae el tiempo, o bien la necesidad, -pues no dudarle, y según lo afirman ancianos observadores, el clima en España es más frío de lo que fue antiguamente,- estos corredores habían sido cerrados con tabiques, que tenían ventanas y puertas de cristales. El que estaba al frente de la sala formaba una galería que servía de antesala; la casa era espaciosa. A la espalda se hallaban en amor y compañía, y en simpática conversación, el jardín con sus flores que perfumaban, el corral con sus gallos que cacareaban sin aprensión ni timidez, el lavadero cubierto de un espeso emparrado, debajo del cual cantaban las lavanderas, y encima del cual cantaban los pájaros con ellas a porfía; y la puerta de la cocina, por la que se arrojaban. los recios y prosaicos sonidos del almirez, como repicando triunfalmente la fiesta de San Positivo.

Todas estas cosas no se amalgaban; convenido. Una elegante superlativa y un dandi quintaesenciado se horripilarían de esta democracia doméstica. Y no obstante, el aseo y el primor es tal, que formarían un lazo de unión entre estas cosas opuestas, si no lo formase ya el ser el pueblo, así como las cosas referidas, esencialmente campestres.

El segundo piso de la casa sólo se componía de graneros, teniendo, como la tienen allí muchas casas, una torre o mira. Pero la escalera que subía a esta torre se había caído muchos años había; y no siendo ni los anteriores ni los presentes dueños aficionados a las buenas vistas, no había sido reedificada esta escalera, y aquella torre quedaba del todo olvidada, sirviendo sólo de inexpugnable baluarte a las lechuzas y otras aves agrestes.

Capítulo II.

En esta casa vivía Doña Amparo Figueras, viuda de D. Juan Trigo, rico labrador afortunado y jovial, que murió porque Dios quiso, que por su voluntad no hubiese muerto, como aquel portugués al que pusieron dicha aserción por epitafio.

Doña Amparo era una mujer de más de cuarenta y tantos años, fresconaza, activa, bondadosa y razonable, sin más defecto que el de una economía demasiado inclinada a traspasar sus límites. Criada en casa de sus padres, labradores también, llevaba la labor con inteligencia y acierto desde que murió su marido. Pero en cuanto a educar a dos hijos que tenía, conociendo que no estaba a su alcance el hacerlo, había tomado al efecto, desde la exclaustación, a un religioso del convento de San Jerónimo, que era lejano pariente suyo, y que tenía la merecida fama de ser un hombre, no sólo ejemplar en sus costumbres, sino docto y erudito. Efectivamente, el Padre Buendía, que había tenido gran intimidad y exclusivo trato con los libros, tenía mucha erudición, pero poca ciencia de mundo. Conocía a fondo las crónicas; pero lo contemporáneo pasaba para él casi desapercibido. Sabía latín y griego, pero no sabía una palabra de francés ni de inglés; por lo cual en nuestra ilustrada y extranjera corte habría pasado por un Mastodonte o un Megaterio. Nadie cual él conocía la historia en sus facetas religiosa, política y guerrera; pero en cuanto al mundo, era un laberinto para su abstraída mente, por el que pasaba conducido por la rutina, como un ciego sordo conducido por su perrito.

Cuando la exclaustación, el Prior de su Comunidad, que tenía gracia, le había aconsejado que al quitarse los hábitos, se hiciese, para reemplazarlos, un vestido de pergamino. Su parienta Doña Amparo cuidó, con poco buen gusto y con mucha economía, de su equipo en aquella ocasión, al traérsele a su casa; de lo contrario, no se puede colegir lo que hubiese sucedido. Unos pantalones negros muy holgados, medias de estambre negras con fuertes zapatos, una levita de paño basto amplia y muy larga, un sombrero de copa muy baja y ala muy ancha; tal fue el equipaje con que se presentó a los sesenta años el pobre Padre Buendía. Y en él se halló, a pesar de estar todo hecho como para un señor mucho más grueso que él, tan atado, que este malestar redobló la profunda tristeza que sentía al salir de

aquel precioso convento, situado al pie de la formidable altura en que se presenta la ESTRELLA DE VANDALIA al que del Norte de España baja a Andalucía.

Amargo era el desconsuelo del buen religioso al dejar aquel precioso y tranquilo convento, en el que había pasado casi toda su vida; al ausentarse de aquella iglesia de su más amante devoción; al dejar aquella alegre celda y aquella silenciosa librería del convento, fuente de goces de su vida entera; y al separarse de sus compañeros y amigos. Cuando a los sesenta años la costumbre de toda la vida ha formado en el hombre una segunda naturaleza, perder de una vez y para siempre cuanto constituía esta costumbre, -y especialmente cuando estaba en concordancia con la conciencia y en armonía con las inclinaciones,- es lo más cruel que puede acontecer al individuo; es el trastorno más desgarrador que puede sufrir la existencia. Y así, bien sabido es cuantos de los monjes ancianos arrancados de sus conventos murieron de tristeza, y otros de dolor, al ver profanados, vendidos, derribados aquellos santuarios que levantó la fe espléndida, en gloria de la religión y honra y bien del país. Con el espíritu y el sentimiento que llevaron a construir esas maravillas, mueren los grandes arquitectos, escultores y pintores que las hicieron. ¿En qué se habrían de ejercitar ya? ¿Págalos el desprendimiento grandioso del que da a Dios? ¿Inspíralos la fe de Murillo? ¿Estimúlos la idea de trabajar para el país? ¿Anímalos la convicción de ser este trabajo para la posteridad?

Era, pues, el Padre Buendía un sabio tonto; especie que se va perdiendo, porque a no ser en alguno que otro alemán, hoy día no se ve sobrepujar lo abstracto a lo concreto. Así es que Doña Amparo, probaba tener mejor tino para elegir capataces y aperadores, que no preceptores. Y era esto tanto más de sentir, cuanto que sus hijos, muy mal guiados hasta entonces y muy dueños de su voluntad, necesitaban un freno poderoso; pues el freno, por más que se diga, es el solo contrapeso al mal. El freno que desde pequeños imponen los padres a sus hijos; el de la virtud, que el hombre que la ama se impone a sí mismo; el del honor, que pone el mundo; el de la política, que exige el trato; el que tiene una sociedad constituida, a saber, el derecho de imponer a los desmanes de los perturbadores de sus leyes: sin contar el suave freno de la Religión, que si verdadera completamente rigiera, haría él por sí solo inútiles a todos los demás.

Mauricio, el mayor de los hijos de la viuda, era desgraciado y enfermo; era flojo, dejado, y tenía horror a todo trabajo, así material como intelectual. Su pasión era la pereza; su estado habitual el decaimiento y la inercia. Su madre, de quien era el predilecto por su estado doliente, le llamaba un bendito.

Raimundo, el menor, era como le denominaba su madre, un toro: violento de carácter, acre en su contacto como en su sentir, grosero en sus maneras y expresiones. Tolerado por su madre, aplaudido por los demás pilluelos que capitaneaba, cada obstáculo que hallaba le parecía un contrario, y legítimos todos los medios para derribarlo. Este desenfreno, este no atender a nada ni a nadie, engendraron en Raimundo el más asombroso y ridículo orgullo, pues que no tenía más base sobre qué fundarse sino sobre sí mismo. Si Raimundo hubiese hablado el lenguaje del día, se hubiese denominado a sí mismo un mocito de fibra; pero como no estaba a esa altura, se contentaba con cantar:

Sobre mi gusto, canela;

Sobre mi gusto, azafrán;
Sobre mi gusto ha de ser;
Sobre mi gusto será.

A la persona de Raimundo, muy andaluza, o por mejor decir, árabe, sólo faltaba un turbante, para ser un Almanzor o un Malek-Adhel, y habría agradado mucho, a no ser por la dura y malévolamente mirada de sus grandes ojos negros y la expresión insolente y grosera de su rostro.

Estos niños, de trece y once años, -edad suficiente para haber podido arraigarse sus respectivas malas tendencias,- fueron los que puso su madre, después de ver medir veinte fanegas de garbanzos, al cuidado y bajo la férula del Padre Buendía.

Apenas vio Raimundo el poco gracioso sombrero, bajo de copa y ancho de ala, que su madre había proporcionado a su pariente, cuando se echó a reír, y le dijo:

-Padre Buendía, usted que sabe tanto, ¿a qué no sabe la solución de este acertijo?

Tamaño como una cazuela,
Tiene alas y no vuela.

El Padre no respondió al pronto; pero a la mañana siguiente le dijo en el almuerzo:

-Raimundo, hijo, paréceme que en el acertijo que me dijiste ayer te has equivocado, y que no es acertijo, sino un memento popular y tradicional, que necesariamente debe aludir a un hecho histórico anterior a las guerras de Viriato, que, según unos, duraron ocho, y según otros, catorce años. Fue el caso, que en la guerra entre Romanos y Cartagineses, en la ciudad llamada Bética, venció Escipión a Magón, hermano de Aníbal. Éste se retiró, y fortaleció sus reales en la ciudad llamada Careón, esto es, aquí, como punto inexpugnable. Diose una batalla cerca del río Curbión, aquí en la vega, y quedó vencido Magón. Es de presumir que para ir al campo saliesen sus huestes por la puerta más cercana al sitio en que tuvo lugar el combate, que era la puerta de la Acedia, de la que no queda ni aún vestigio. Formaría Magón sus tropas en dos alas, y teniendo que huir ante Escipión, querrían y no podrían volar; lo que daría origen a aquel memento popular, y aludiendo al ejército, diría:

Salió por la puerta de la Acedia,
Tiene alas y no vuela.

Al oír esta interpretación histórica de su acertijo, de la que no comprendió una palabra, Raimundo echó a reír y repuso:

-Vaya, Padre Buendía, que tiene usted un modo de adivinar más confuso que el acertijo. No se trata del río Carbión, ni del general Matón, ni del otro Animal, sino que lo que es tamaño como una cazuela, tiene alas y no vuela... es su sombrero de usted.

-No dices mal, -repuso el Padre, que tenía buen genio, que en su vida había llevado sombrero y estaba a matar con la nueva cobertera de su cráneo:- no han inventado los

hombres cosa más fea ni más incómoda. Pero, ya que habéis concluido vuestro chocolate, vamos a ocuparnos en vuestra enseñanza. Veo que estáis muy atrasados, pues nombras a Magón Matón, y a Aníbal Animal. Es, pues, preciso recuperar el tiempo perdido. Vamos a trabajar, y pronto cogereis el fruto; que dice San Bernardo: Si labor terret, merces invitat; esto es, «si nos asusta el trabajo, anímanos la recompensa.»

Capítulo III.

, los individuos viven en chozas,

Varios años pasaron sin que sacase el pobre Padre Buendía fruto de su trabajo. Por suerte, no le asustaba el trabajar, ni necesitaba que le animase la recompensa, puesto que enseñaba más por el placer de enseñar, que por la gloria de sacar fruto. Sembraba la buena simiente, dejando tranquilamente a la tierra aprovecharla o no.

En Mauricio cayó aquella simiente como sobre una roca, que no penetró. En Raimundo cayó en tierra feraz, pero seca y sin preparar; y las distracciones y desaplicación se la comieron como pájaros; mas la que llegó a prender, brotó robusta. Sólo se aprovechó de la enseñanza de la historia porque le divertía, y de la del latín por emulación con el hijo del alcalde, que se jactaba de saberlo como preliminar de sus estudios en la Universidad de Sevilla.

En los paseos que daban por las tardes con el Padre Buendía, les explicaba éste sobre el terreno la historia local y la de los monumentos que allí existen. Era entre estos paseos el preferido por el Padre, el que conducía a su convento, es decir, al sitio en que estuvo, pues vendido que fue, tuvo el dolor de verlo derribar y llevárselo piedra a piedra, columna a columna, puerta, a puerta... para labrar quizás un mesón, dejando el espacio que ocupara, hecho árido por los escombros, como una cicatriz en aquella frondosa, verde y lozana vega. La iglesia subsiste sola y condenada al abandono; y abandonada estaría, si no fuese por uno de los monjes que ha quedado, el que, ayudado por algunos fieles, mantiene en ella algún culto. ¡Culto sublime que expende la caridad por manos de la fidelidad! ¡Culto que, ofrecido al lado de aquellas ruinas, tiene la humilde dulzura de un desagravio, y que enternece como lo triste, y eleva como lo santo!

Para emprender este paseo solían salir por la puerta de Córdoba, puerta que ha sido reedificada en el año 1608. Baja después el camino dirigiéndose a la derecha para reunirse al camino real, teniendo a un lado el monte, que se levanta perpendicularmente, coronando su cúspide con el viejo alcázar moro, y al otro la vega, que separa a Carmona del río, salpicada toda de hacienda, huertas y olivares. Sobre esta puerta hay un letrero latino, cuya traducción se ha hecho del modo siguiente:

No porque en fuerte levantada altura
Situada estoy, o que de ricas mieses
Mis vegas me coronan, yo me afano;
Ni porque el sol desde su origen alegre
Mis muros bañe, o tanto me engrandezcan
De mis vecinos la nobleza antigua.
Mas soy tres veces más dichosa y grande
De dos Patronos por la gloria ilustre:
O bien de Teodomiro, el hijo mío,
O bien Mateo Apóstol, por el tuyo.

Después de atravesar el camino real, y prosiguiendo el descenso, siempre dirigiéndose a la derecha, se llega al convento.

Como éste está situado en cuesta, delante de la iglesia hay un terraplén o terrado enladrillado al andar, que da vuelta, y por cuyo costado se puede asomar el que lo pasea, y ver una fuente con su pilón, que se apoya en el muro, y parece simbolizar, o por mejor decir, hacer una de obras de misericordia. Al fin de ese terraplén hay una puerta; y bajando por una escalera de muy linda fábrica, se llega a una pequeña cueva oscura y húmeda, en el fondo de la cual brota una cristalina fuente. Sobre esta fuente se ve un nicho rústico muy húmedo.

-Aquí es -decía el Padre Buendía a sus discípulos- donde escondieron los cristianos, cuando la invasión sarracena, a nuestra Santa Patrona LA VIRGEN DE GRACIA, la que ahora veis en su camarín en la hermosa iglesia de Santa María, cuyo magnífico santuario labró Antón Gallego en el sitio en que estaba el famoso templo de Ceres, en cuya ocasión se hallaron tantas estatuas, monedas, lápidas y restos de arquitectura romana.

En el año 1209, esto es, cuarenta y tres después de la conquista de Carmona por el Santo Rey, descubrió un pastor, milagrosamente guiado, la bella imagen de la SEÑORA, tan admirablemente conservada después de cerca de seis siglos en aquella húmeda y desconocida cueva, como sigue estándolo hace otros seis siglos en su santuario.

-¿De suerte que es Carmona muy antigua? -preguntó Raimundo, mientras Mauricio, que había llegado mucho después que sus compañeros, había entrado en la cueva para beber en la fuente.

-Esto no es dudoso, -contestó el Padre.- Pretenden unos que fue fundada por Baco mil trescientos veinticuatro años antes de la venida del Salvador; otros aseguran que Brigo, cuarto rey de España, fue su fundador, pues el Licenciado Juan Fernández Franco pretende que Brigo fue cuarto rey de España, y cita en confirmación al Beroso y a fray Juan Annio, y asegura que reinó mil novecientos diez y siete años antes de la venida de Cristo. Otros dicen que la fundaron los griegos de Arcadia, y que estos la denominaron Carmona en memoria de la población que en su tierra tenían denominada Carmon; y otros atribuyen su fundación a Túbal, nieto de Noé, que vino a España dos mil ciento veinte años antes de la venida de Jesucristo; y según afirma Francisco Tarrafa Barcelonés en su crónica de España,

Carmona se amplió por el rey Brigo ciento cuarenta y ocho años después que se fundó por el patriarca Túbal.

Hablando así, habían vuelto a subir al terrado, y se habían seguido paseando en la huerta, donde se encontraron con el hortelano que la tenía arrendada, en el momento en que decía Raimundo riendo:

-Padre Buendía, ¡y que se crea usted como Evangelios todas las cosas que dicen esos cronicones! Ya ha dado usted una docena de fundadores a Carmona. ¡Vaya que es ésta la niña de los muchos padres! Tiene usted las tragaderas untadas de jabón.

-Te he referido las varias opiniones de sabios y cronistas, sin formular la mía, -repuso el Padre.

¡Qué, señor! Todos van descarriados, -dijo el hortelano, que, como buen andaluz, se había impuesto desde luego en lo que se trataba, y quiso echar su cuarto a espadas y lucir su erudición histórica.- Quien le puso nombre a Carmona fue un rey moro.

-¿Un rey moro? -exclamó el Padre Buendía.- En cuanto he leído no he visto nada que se le parezca.

-Y si el padre no lo ha leído, no está ni impreso ni escrito, -dijo lánguidamente Mauricio,- porque cuanto hay escrito e impreso lo ha leído su mercé. ¡No sé cómo tiene ojos ni paciencia!

-At me nocturnis jurat impallescere chartis, -respondió el Padre.- ¿Me has comprendido?

-No señor; ni ganas, -contestó Mauricio.- Ya sabe usted que el latín no me entra, ni yo a él; me da jaqueca.

-¿Y tú, Raimundo? -preguntó el Padre, dirigiéndose a éste.

-Sí señor; dice que a usted le place palidecer sobre los libros. Y ese gusto es rara avis. Pero -prosiguió Raimundo, volviéndose hacia el hortelano- cuente usted cómo y en qué ocasión le puso el moro nombre a Carmona.

-Sí, cuéntanos eso, Nicolás, -añadió el Padre;- pues cuando, merced a la traición del Conde D. Julián, que entró en Carmona como amigo, fue entregada a los moros sus sitiadores, no dejaría de tener ya su nombre.

-Pues señor, -así principió el hortelano su relato,- han de saber ustedes que en tiempo de los moros, que fueron los que labraron los tres alcázares, las murallas y las puertas, estaban ellos aquí tan agarrados y tan seguros, que ni el mismo demonio los hubiese podido echar.

Súpolo esto la reina de Hungría, que era una hembra como un Cid, y se vino aquí con todo su ejército, con intenciones de cantarle al rey moro esta nanita:

Anda vete, morito,
A la Morería,
Que mis tropas no entienden
Tu algarabía.

Pero ende que vio el peñasco ese, al que no trepan sino las cabras, así como el valladito de argamasa almenado, y tras cada almena un moro con un dardo como una lanza, se quedó como toro agarrochado, a medio embestir.

Entonces acudió a la astucia, que para eso las mujeres se pintan solas, Padre Buendía. Mandole al rey moro un mensaje diciéndole que tenía antojo de conocer a S. R. M., y que quería visitarle; que para tener ese gusto había venido de su tierra Hungría. Los moros, como sabrán sus mercedes, eran muy finos y rendidos con las señoras mujeres; y asina respondió el rey moro al mensajero, que le dijese a quien le enviaba que tenía a mucha honra que su real majestad le visitase, y que al día siguiente le tendría aprehendido un recibimiento y un banquete como correspondía a tan encumbrado huésped. Y asina fue; y cuando le estaba el rey enseñando a la reina el real alcázar, -aquel que atodavía está allí en el pináculo a espaldas nuestras, sobre el despeñadero,- abrió un balcón, y abajo en el llano estaban los húngaros. Asomose la reina, y cuando todos la vieron, armaron un griterío y una algarazara, que no parecía sino que se hundía el mundo, pues así lo había dispuesto S. M.

-¿Qué es eso? -preguntó el rey.

-¿Qué ha de ser? -contestó la reina.- Mis soldados que se divierten con una mona.

¿Una mona? -dijo el moro, asomándose al balcón para verla.

La reina, que esto aguardaba, le cogió por los pies y le echó por el balcón. Como que la altura es tanta, tardó el desdichado en llegar al suelo, y mientras caía, dando vueltas por el aire, iba diciendo: «¡Cara mona, cara mona!» Y de ahí le viene el nombre, sin que le quede a su mercé duda, Padre Buendía.

-Pues yo te digo, Nicolás, que lo que dices es un sinfundo. Las reinas de Hungría ninguna ha venido a guerrear a España. El Padre Arellano dice que vino Muza a Carmona. Fuele dicho por los que venían con él, que por ningún combate podría ser tomada la villa, por su mucha fortaleza. Envió al Conde D. Julián con algunos cristianos, que aparecieron huir como vencidos en batalla, y recibido el Conde por huésped, dio la villa en manos de los árabes; y quien después la tomó del poder de los moros fue el Santo Rey Fernando, y así dice:

Soy de Túbal fundación,
Fui Municipio romano,
Debo mi restauración
Del dominio mauritano
AL REY SANTO con Girón.

En tiempo de los Romanos tuvo Carmona Senado y senadores, que llamaban decuriones. Julio César la sublimó con el título de Municipio, favor concedido a pocos pueblos, y que tenía el privilegio de batir moneda. Las armas de Carmona -atiende, Raimundo, ya que Mauricio se está durmiendo- son una estrella con este letrero por divisa: «SICUT LUCIFER LUCET IN AURORA, SIC IN VANDALIA CARMONA.»

-¿Y eso qué quiere decir en nuestra lengua, Padre Buendía? -preguntó el hortelano.

El Padre contestó:

-«Así como brilla la estrella de la mañana en la aurora, así brilla Carmona en Andalucía.» EL Santo Rey, su conquistador del poder mahometano, le añadió una orla para rodear la estrella, en que alternan castillos y leones.

-¡Vaya! -repuso el hortelano.- Aquellos romanos lo entendían y eran gente de gusto.

-Así, Nicolás, - prosiguió el Padre,- no te trastornes las mientes con la reina de Hungría. El Santo Rey fue el que conquistó a Carmona del poder de los moros. Al otro lado del pueblo, a la derecha viniendo de Sevilla, tenía sus reales en el campo del Real, como se denomina aún hoy día, ahí donde está la capilla que el mismo Santo mandó labrar en honra de la VIRGEN SANTA, que tanto le favorecía. Quédate con Dios, Nicolás.

-Vaya su mercé con Dios, Padre Buendía, -contestó el hortelano.- La conquistaría el mismo rey, no me opongo; pero estoy para mí que el rey moro le dio el nombre. ¡Si el mismo nombre lo está diciendo!

¡Qué zoquete! -exclamó Raimundo cuando se hubieron alejado.- Las tradiciones son disparates.

Te engañas Raimundo, -contestó el Padre.- Lo que nos ha referido Nicolás es un chascarrillo que inventó la chuscada, y que la buena fe prohibió; pero, por lo regular, son verdades y datos perdidos, que no recogidos en las bibliotecas, se han refugiado en la memoria del pueblo, en que se han archivado; y así nunca deben desecharse sin maduro examen, y esto te lo probará un hecho que voy a referirte. -En un viaje que hice a Sevilla vi a un joven, hijo de un amigo mío, hacendado de Vejer. Éste me contó que, habiendo ido a hacer una excursión al Cabo de Trafalgar para ver una magnífica cueva de estalactitas que se halla allí, fue a embarcarse a dos leguas de Vejer, en los límites de la dehesa de Zahara, sitio que llaman los Caños de Meca. La marea estaba baja, y así pudo observar a flor de agua dos, al parecer, peñas de igual tamaño; pero al considerarlas atentamente, reconoció, a pesar del verdín marisco que las cubría, ser estas moles formadas de piedras, y ser obra de manos de hombres. Preguntoles a los marineros, así como a unos cabreros que se hallaban allí, lo que podrían ser aquellas extrañas construcciones, y todos unánimes le contestaron sencillamente que eran los sepulcros de los Geriones. Consta que estos reyes o jefes de las tribus que apacentaban en aquellas fértiles comarcas sus ganados, murieron defendiendo su territorio cuando allí desembarcaron los fenicios, y que fueron enterrados a orillas del mar. Éste ha ido evidentemente ganando terreno, y ha cubierto lo que antes fue orilla, y de boca en boca los moradores de aquellas comarcas han conservado su nombre a aquellos

sepulcros desconocidos a la historia. Mariana dice: «Los tres Geriones fueron vencidos por Hércules. Diose sepultura a los cuerpos en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo.» Ya veis, hijos, cómo la tradición conservó en sus anales verbales el secreto que ocultó la mar a las investigaciones de los historiadores.

Capítulo IV.

Una tarde dirigieron el maestro y sus discípulos su paseo hacia el magnífico alcázar que se halla a la izquierda en la parte alta de la ciudad. Para eso se dirigieron hacia la iglesia de San José, que fue convento de Carmelitas, pasaron por delante de la magnífica casa de Freyre, marqués de San Marcial, que es la última en aquel extremo del pueblo, y al concluir el pequeño trozo de calle que le sigue, que tiene a un lado las tapias del jardín de aquel edificio, se hallaron en un espacio desahogado, que a la izquierda tiene la magnífica y grandiosa ruina del alcázar.

No hay pluma que pueda describir la impresión que causa aquel sitio siempre, pero en particular la que produce la primera vez que se pisa. Si dice un autor que toda ruina tiene su grandeza, ¿qué se dirá de ésta, que reúne todas las grandezas?... La fuerza del guerrero, la magnitud de un potentado, la altura de un dominador, la nobleza regia de un soberano, la belleza de una hija del arte, la dignidad del que a sí mismo se basta, el decoro del que muere sin debilidad, perseverando, siendo lo que fue, como el mártir a quien despedazan miembro a miembro, sin que varíe de semblante, ni desmaye. ¡Roca artificial sobre la roca natural, magnífica obra de los hombres, que otros hombres van destruyendo y llevándose pedazo a pedazo, para hacer tapias, para hacer cuadras, para hacer zahúrdas! ¡Obra magna de otros tiempos, que desprecia el presente, que labra palacios de cristal! ¡Cuántos siglos has estado en pie, como si el caer fuese para ti una palabra vana de sentido!

¡No hace muchos años, cuando la epidemia asiática pasó por Europa, dejando tumbas por huellas, aún existía entero el suntuoso alcázar, y prestó sus ventilados y frescos salones como refugio a los acometidos del mal; y la época que se jacta de culta e ilustrada, esta época corta, ha podido más en veinte años, que los seis siglos anteriores! ¡Y no obstante, entregada al pillaje, te despedazan, te mutilan, y no caes! ¡Levántanse aún tus torres, sobre las que tantos siglos y temporales se han estrellado, vacías y desnudas como las han puesto, tan dignas, compactas y severas, que no consienten que las acaricie y alegre la compasiva yedra, ni que insinuadora planta parásita corone sus tersas frentes! ¡Torres altas y esforzadas, ruinas de bronce que no sabéis desmoronaros, sois la desolada imagen del abandono! Pero también lo sois de la dignidad en la desgracia, de la fuerza de resistencia en ignominioso vasallaje, de la noble austeridad en la vejez solitaria y despreciada, de la firmeza en conservar vuestro puesto, aunque no interrumpa ya el silencio sepulcral en que

yacéis, sino el mugir de los huracanes y el tronar de las tormentas que atrae vuestra encumbrada altura. ¡Y hay manos que os derriben, bella y noble diadema de Carmona! Sí, porque hay gentes para quienes demoler nada significa! Para nosotros, el demoler edificios públicos, propiedad y mayorazgo del país, nos parece contra el derecho de los muertos, crimen de lesa patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal y material sobre la influencia moral de la cultura; nos parece, en fin, un expolio de lo pasado, una usurpación a lo presente, y un robo al porvenir.

Entrado en aquel alto recinto, abarca la vista con ansia el magnífico paisaje, que a los pies del alcázar se despliega sobre una base de innumerables leguas, puesto que cuando el día está claro, se distinguen desde las altas torres los pueblos siguientes: Sevilla, Cantillana, Brenes, Tocina, Alcolea, Villanueva, Lora del Río, la Campana, Fuentes, Marchena, el Arabal, Paradas, Osuna, Morón y Utrera.

Mas aquella tarde era borrascosa: había llovido mucho los días anteriores, y aún corrían por el cielo nubarrones, que parecían una enorme manada de blancas y negras ovejas que huyesen presurosas del lobo, echando sus oscuras sombras sobre algunas partes, que aparecían graves y melancólicas, mientras otras reían y brillaban bajo los rayos del sol, y otras, sin rayos de sol y sin negras sombras, parecían dormir sosegadas el sueño del justo.

A veces, en una de las vueltas que toma el río, venían los rayos del sol a buscarle y a hacerle brillar sin su anuencia, como suele hacer la Fama alguna vez con la virtud modesta, que sigue perseverante su callado curso. Las sierras y los horizontes se unían en lontananza, coino se unen muchas cosas en este mundo de engaños, esto es, a la vista y no en realidad, pues son incompatibles, así material como moralmente.

Movíanse los árboles impacientes o temerosos, bajo el impulso de las fuertes ráfagas del vendaval que desencadenaba la naturaleza, como para animar su obra; los unos alargaban sus brazos como para implorar protección; otros temblaban; otros, humildes agachaban sus cabezas; otros parecían perderla en convulsa agitación, menos los pinos, que inmóviles, parecían, según dice el poeta norte-americano Longfellow, viejos bardos drúidicos envueltos en sus mantos de musgo, apoyados en sus arpas, murmurando de quedo extraños y misteriosos cantos.

Mugía el viento entre aquellas magnas ruinas tan triste y desconsoladamente, como si ellas le impregnasen de su tristeza.

Todo aquel magnífico y expresivo conjunto hubiese entusiasmado a un poeta, y arrebatado a todo aquel que por primera vez lo hubiese visto. Pero el Padre Buendía y sus discípulos no eran poetas, y no contemplaban aquella maravilla por primera vez.

-Ya veis -decía a los discípulos su preceptor, que era más inclinado a la enseñanza que a la poesía- este alcázar, conocido, entre los tres que tuvo Carmona, por el de Arriba. Tenía tres patios; en este segundo donde vamos a entrar, había un estanque cubierto que servía de baño. Mirad el grueso de las paredes: las interiores, que son de ladrillo, tienen dos varas de grueso; las exteriores, así como las torres, son de esa argamasa con la que los moros hacían rocas. Tenía fosos por los costados de Norte y Levante; que existen en parte; por los de

Mediodía y Poniente no los necesitaba, por bajar el elevado monte casi perpendicularmente. Para defensa del referido foso, en la esquina que divide los dos costados, se ve una obra llamada el Cubete. Es su construcción redonda, toda de sillería, y se angosta hacia lo alto, aunque no cierra enteramente. Hace, como sobresaliendo a su redondez, cuatro esquinas, y en cada una de ellas hay una garita alta con sus troneras: también tiene troneras en lo bajo; mas todas ellas no pueden servir sino para flechas o mosquetes. En su interior forma un corredor circular, y sobre éste una azotea. Tiene su bocamina, que le servía de pozo; dos puertas, una que mira al foso del Norte, y otra al de Mediodía; tiene veinte pasos de circunferencia, y es obra que ha sido siempre muy celebrada por los inteligentes.

Discurriendo así, habían dado la vuelta a aquella ostentosa ruina, y regresado al primer patio o solar, que aún conserva su puerta de entrada abovedada entre sus murallas de argamasa.

Al frente de la entrada, y cerca de la rápida cuesta o despeñadero, estaban tres niñas. La mayor, que tendría de once a doce años, era altita, y tenía una de esas caras perfectas y como vaciadas en molde, tales cuales con frecuencia se ven en Andalucía, y a las que suele ser aneja una finura de facciones y una expresión de dulzura y de modestia que hace se les denomine caras de VIRGEN. De pie en el paraje más alto y escueto, fijaba sin interrupción sus miradas hacia un mismo punto de la vega. El viento, que se llevaba sus enaguas, su pañuelo y el negro cabello que adornaba su frente, la hacía aparecer como la personificación alegórica de una temprana esperanza, combatida ya por los temores y vendavales de la vida. Si en lugar de bajarlos, hubiese tenido alzados sus hermosos ojos, hubiera aparecido como la Inocencia aislada en el borde del precipicio, empujada a él por el soplo de la maldad, e implorando al cielo en su auxilio.

Las dos más pequeñas estaban sobre la verde alfombra que formaba el menudo césped. Habiéndose en este momento nublado el cielo, decía la más chica a su hermana:

-¡Ya metió el viento al sol en un saco! ¡Va a llover, y pae se va a mojar!

-Pues para que no suceda, -respondió su hermana,- vamos a cantarle al Santo.

Pusiéronse en seguida una al frente de la otra, y posando alternativamente un pie y levantando el otro, se pusieron a repetir en un recitativo que no era canto, ni era habla, esta plegaria:

San Isidro Labrador,
Quita el agua y pon el sol.

-Niña, -dijo el Padre Buendía, dirigiéndose a las chicas,- ¿qué hacéis aquí solas en esta tarde tan cruda?

-Estamos aguardando a padre, -respondió la menos chica de las dos.

-En aquella torre -dijo Raimundo, señalando una de las que allí se veían- está el moro Mustafá, que se lleva a las niñas a Berbería para que guarden manadas de leones.

La chiquita corrió a su hermana y se abrazó de ella, volviendo su angustiada carita hacia la torre, cuya negra entrada no prometía nada bueno; pero la más grandecita se echó a reír.

-¿Te ríes? -añadió al notarlo Raimundo.- ¡Pues qué! ¿No tienes miedo?

-¿Yo? No, señorito, ni a moros ni a cristianos. No seas tonta, Mariquilla, -añadió, desprendiendo de sí a su hermanita;- el señorito es guazón y ha comido melón, que pone a las gentes pesadas.

-¡Padre! ¡Ahí viene padre! -exclamó la mayor de las tres, echando a correr hacia la puerta de entrada, para ir a buscar la subida más accesible que debía tomar el que llegaba.

-¡Padre! ¡padre! -repitieron con júbilo sus hermanas menores, echando también a correr, aunque no tan rápidamente como pudo hacerlo la mayor.

El Padre Buendía y sus discípulos siguieron su paseo en la misma dirección que habían tomado las niñas, mientras decía éste a los distraídos muchachos:

-Dice el Eclesiástico: «Aquel que teme al Señor, honra a sus padres, y sirve como a sus dueños a los que le han engendrado. Honrad a vuestro padre en obras, en palabras y con vuestra sumisión, a fin de que os bendiga. El que enoja a su padre o a su madre, es maldecido de Dios.»

¡Qué de textos de Escritura sabe el Padre! -dijo Mauricio a Raimundo.

-Yo creo que los inventa, -respondió éste.

Vieron entonces a un hombre subir denodadamente y con paso firme por la áspera pendiente, mientras las tres niñas la bajaban, haciendo a cada paso hincapié, ya en una piedra saliente, ya en una mata recia.

Reuniéronse al fin aquellos seres, que ya unía el más puro, el más profundo, el más tierno, el más santo de los amores; amor el más semejante al augusto amor de Dios; amor a la vez instintivo y razonado, para el que no existe la inconstancia, pues con él nacemos y con él morimos; amor que es a la vez un precepto, una virtud, un lauro y una felicidad: el dulce amor a los padres, que sublimó el Dios HOMBRE en la Cruz.

Detuviéronse el padre y las hijas sobre una roca saliente, que en aquel despeñadero se presentaba como lugar de descanso. Entonces sacó el hombre de una espuerta tres ramos de flores silvestres primorosamente hechos, los que repartió a las tres niñas.

Nada podían oír los paseantes de las palabras que en aquella escena mediaron. Pero sí vieron que la mayor de las niñas cogió la mano de su padre y la besó repetidas veces sin querer soltarla, y que las dos chicas se pusieron a saltar de alegría. Volvieron en seguida a emprender su ascensión, llevando el padre a la menor en brazos, la que alzaba triunfalmente su ramo como un estandarte. Seguía en pos la segunda casi gateando, pero sólo con una

mano, porque en la otra llevaba su regalo. Y detrás de todas iba la mayor, que arrimaba las flores a sus labios, besándolas, y respirando su perfume.

No tardaron el Padre Buendía y los niños en emparejar con ellos; y el Padre dijo, sonriendo y dirigiéndose al jornalero:

-Vaya, José Flores, que no te cuadra mal el apellido, pues cargado vienes de ellas para tus niñas. ¡Bien hecho, hombre! Dar gusto a las criaturas en lo que es regular, es de buen padre.

-Señor Padre Buendía, -contestó José Flores,- ¡si parecen las chiquillas éstas abejas o mariposas, por lo que se despepitan por una flor!...

En este momento, Raimundo, que pasaba cerca de la mayor de las niñas, dio con una varita que llevaba, al ramo que ésta tenía en la mano, un golpe de lado tan bien asestado, que las tronchó todas.

La niña prorumpió en amargo llanto.

-Gracia, hija de mi alma, -le dijo su padre,- no llores; que mañana, si Dios nos da vida, te traeré otro.

-Otro mejor le llevará Raimundo mañana, -añadió el Padre Buendía,- como es su deber. Lo que acaba de hacer es contra el amor al prójimo y contra la caridad, y dice San Pablo: «Si charitatem nou habuero, nihil sum.» (Nada tengo, si no tengo caridad.) Y San. Agustín: «Qui diligit proximum, legem implevit.» (El que ama al prójimo, cumplió la ley.) ¿No es verdad que se las llevarás, hijo?

-¡Por supuesto! -contestó Raimundo.- Le enviaré todas las que están en el jardín de casa. ¿Para qué las quiero yo?

La niña, no obstante, no cesaba de llorar sus flores, cuyos destrozados pensiles conservaba en sus manos; y su corazón, encogido por la primera, grosera e inmotivada hostilidad que lo rozaba, permanecía oprimido.

-¡No parece sino que te he dado en los dedos!- dijo impaciente Raimundo.

-Más quería a mis flores que a mis dedos, -contestó la niña.

-¡Pues mire usted la zancona, con vara y cuarta de enaguas, llorar por flores! -repuso Raimundo.- ¿No te he dicho que mañana te llevaré un esportón?

-Pero no serán las que me ha cogido mi padre, -respondió en queda voz y meneando la cabeza la niña;- no serán mi ramo!

-¿Y qué particularidad tenía tu ramo?

-Tenía una estrella blanca.

-Sería -repuso Raimundo con una carcajada- esa famosa estrella de Vandalia, que no es más que una. En el jardín de casa hay un camino de Santiago de todos colores; así, consuélate, comadre llorona.

-Toma el mío, -dijo la chiquitita, que ya estaba cansada de llevar el suyo, y lo quiso echar de potencia medianera.

-Con Dios, José Flores, -dijo el Padre Banda;- niñas, adiós, hasta mañana.

-Adiós, llorosa estrella de Vandalia, -añadió Raimundo con burla.- Guarda tus lágrimas para llorar tus pecados, y así las emplearás mejor.

-Lo que has hecho es una mala acción, -dijo a Raimundo su preceptor cuando se hubieron alejado.

-¿El deshojar las flores? -repuso con burla el reconvenido.

-No: el hacer llorar a tu semejante sin motivo ni razón.

-Pues seré como la cebolla, que hace llorar sin querer.

-Si queriendo prueba esta crueldad, el hacerlo sin querer prueba grosería y dureza. Ve de evitar ambas cosas, pues ambas son odiosas, hijo mío.

Capítulo V.

En una de las calles que avencinan el molino de aceite, que se dice ocupa el punto culminante del picacho sobre el que está labrado Carmona, se veía por su abierta puerta el interior de una casa pobre y humilde, pero blanca y florida como la mente de sus moradores

Alzábase en medio de su alegre patio un olivo, modesto símbolo de paz y abundancia, que extendía sus ramas sobre las cabezas de los habitantes de la casa, como un padre sus manos, para bendecirlos. Hallábase a la sazón tan cubierto de esquilmo, como si la Providencia con un hisopo le hubiese salpicado de menudas flores que tornarán los meses y el sol en esa oliva, de poca apariencia, pero de más valor que las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, cuyo zumo nos alumbra, contribuye al culto religioso, y es el Ave María del Pan nuestro de cada día del pobre.

Por su tronco culebreaban, envolviéndolo en sus vueltas, algunas matas de campanillas; las que, lejos de atormentar a este Laocoonte, al llegar a sus ramas le sonreían con sus ojos azules y con sus bocas de color de rosa.

Veíase en un rincón una parra tan vieja, tan arrugada y tan corcovada, que inducía a creer que, así como Túbal era nieto de Noé, fuese ella nieta de la parra que plantó dicho patriarca. No tenía, en verdad, documentos con que probar su antigua nobleza, puesto que todas sus fes de bautismo y demás pergaminos de su propiedad, apenas amarilleaban, se los llevaba el viento revolucionario del otoño, al que nada resiste sino los pinos, que son los militares de la vegetación, derechos, bien guiados, uniformes, inmutables y serenos.

No obstante, la anciana no se daba por jubilada, ni era momia, como parecía a primera vista. Cuando llegaba Febrerillo el loco con sus días veintiocho, asomaban a la callacallarido en sus extremidades unas hojitas pálidas y tiernas, y detrás de ellas sacaban la cabeza unos racimitos microscópicos. Entonces el sol los acariciaba para animarlos, el viento los sacudía para fortalecerlos, y poco después las lozanas hijas rodeaban a su anciana madre, abrazaban su cuello, colgaban de sus brazos, y le presentaban sus nietos, los bellos racimos de que se gloriaban. La familia de la casa se encontraba su patio entoldado, sin trabajo, ruido ni costo, y la parra decía a su vecino el romero, al que prendía cariñosamente con sus sarmientos: «Yo también cumplo la misión de nuestro Criador», el romero respondía con su grave, suave y perfumada voz: «Gloria a Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra», las hojas susurraban, y los pájaros cantaban amén.

Entre las plantas, que tan comfortable como sosegadamente vivían en su arriate solariego, sin más incomodidad que la del fastidioso zumbido de tal cuál moscón inoportuno, se distinguía por su serena y perenne hermosura el ya mencionado romero, que es tan simpático y amigo del pobre, que jamás logra el pudiente verlo en sus cultivados y costosos jardines tan lozano como le tiene el pobre en su humilde morada. Nada allí le hace enfermar ni alejarse; ni las bestias que a su paso le rozan, ni los chiquillos que le tiran, le jalen y lo estropean; ni las excesivas contribuciones que se le sacan, ya para remedio en las dolencias, ya para purificar el ambiente quemándolo, ya para confeccionar ramos de flores, hechos o con objeto divino o con objeto profano.

¿Será esta predilección que demuestra el romero por las casas de los pobres, a causa de que en ellas se le considera como planta santa, por haber la Virgen tendido sobre sus ramas, para secarse, las ropas del Niño Dios, y porque agradece más este culto del corazón que el cultivo material del jardinero? ¿O será que, considerándose propiedad de los pobres, le sucede lo que a la yerbabuena, de la que se dice que si su dueño o su encargado no coge sus vástagos, se seca?

Al estampar esta encantadora creencia de nuestro pueblo, así como otras muchas que con tanto amor recolectamos, se nos ocurre que no faltará doctor sabijondo que las califique de supersticiones, de supina ignorancia; y hasta profesor de matemáticas que las declare irreverentes dislates.

¡Equivocados estarían los graves y doctos! Y quien se lo asegura con todo el aplomo de la convicción, es el no grave y no docto escritor de estas hojas. No engendraron estas

suaves creencias ni la ignorancia ni la superstición; pero sí las engendraron en sus primeros amores la imaginación casta, pura y florida, y el sentir rico y santo! Pues de este pueblo meridional, criado por el catolicismo, se puede decir que tiene una imaginación que siente.

Entre estas creencias las hay que se toman la libertad de ser ciertas, sin la autorización de la ciencia. Y si se nos pregunta si creemos en ellas, dejaremos a Carlos Nodier contestar, que lo hará mejor que nosotros:

«Me permitiréis -contesta a igual pregunta ese sabio e ilustrado escritor- no pronunciarme tan a la ligera sobre creencias apoyadas por el testimonio del pueblo, que se funda él mismo sobre la experiencia.»

Y en otra parte añade:

«El examen en estas materias es una operación del entendimiento, que demuestra ingratitud y desconfianza.»

Pero volvamos a la casa del pobre; ¡allí donde aún se cree, ama y espera con tan sano corazón! ¡Qué bien se respira allí! ¡Qué paz siente el alma, que está en armonía con cuanto allí la rodea!

Escuchemos a las golondrinas, que son tan queridas que cuando llegan, brotan las flores, y cuando se van, mueren las hojas. Escuchémoslas; pues aunque trabajan mucho, cantan aún más, porque también son pobres! Debajo de cada teja se veía una de sus chozas, labrando así una aldea en una casa. El gato, subido en la escalera del sobrado, con las manos guardadas en los bolsillos y las piernas encogidas, cerraba los ojos, y meditaba sobre los más o menos grados de calor que tenía el sol en tal o cuál paraje, sin dejar por eso de vigilar como buen guardia civil la puerta del sobrado en que había trigo, por si veía algún Caco ratonil echársele encima desenvainando sus aceros.

En el arriate, frente al Mediodía, se notaba un modesto cactus que levantaba en alto como dedos verdes sus penquitas, señalando a sus flores frías y yertas ese sol que tanto ama su dilatada familia, que mira a los trópicos como su tierra de promisión.

Estas flores, llamadas del lagarto son tan idénticas al animalito cuyo nombre llevan, hasta en la frialdad y aspereza de su contacto, que dejan al que las mira en la duda de si en una inobservada metempsícosis se unen las hojas de la flor, y sacando de su cáliz unos ojitos y unas patitas que guardan escondidas, se echan a correr por las paredes como flores calaveras; o bien de si los lagartos, cansados y contritos de su vida vagabunda, curiosa y entremetida, escalando tapias, haciendo lupanares y garitos de las venerables rajadas de los muros vetustos, profanando con sus locas carreras las augustas ruinas, forzando a la honrada yedra y al pulcro jazmín a ser encubridores de sus cuitas amorosas, entran al fin en sí, se desprenden de sus ligeras patas, cierran sus curiosos ojos, se encapuchan en su piel, y se vuelven flores frías e inodoras, flores trapenses en su convento de las Pencas. El que las mira, se pregunta, abstraída la mente en las reflexiones investigadoras que engendran: ¿qué será lo que contiene aquel oculto y encerrado cáliz? ¿Será acaso un corazón de lagarto

arrepentido, o unas patas de flor de emancipadas y libres ideas, que desean ponerse en rápido movimiento, siguiendo la marcha y doctrinas del siglo?

Por una parte, hay en favor de esta última versión, el que para morir no se deshoja la flor como sus compañeras, sino que envejece, se encoge y se seca lenta, tranquila y paulatinamente, como la vida en el claustro. Pero en favor de la primera versión, esto es, la de que sean lagartos exclaustros, hay que los lagartos salen de tierra cuando el sol los llama, y desaparecen cuando las escarchas los echan, lo mismo que las flores. Además, en pro de esta aserción es la notoria buena propensión del lagarto a la santidad; pues sabido es que, aún en la fuerza de su vida disipada, nunca se recoge sin bajar antes a besar humildemente la tierra.

Poseemos una maceta de esta planta esfinge, la que nos preocupa como un enigma inacertable. Por más que hemos observado la misteriosa flor al sol y a la luna, que es el astro de los duendes, por si eran flores de su naturaleza, ellas, metidas entre sus pencas, observan su regla, y callan como hijas de San Bruno; y ha sucedido que este arcano ha llegado a ser la constante preocupación de nuestra mente. Si alguien descubre la solución de este problema, agradeceremos que nos la participe.

Mas nos perdimos en un laberinto de flores. Pedimos perdón a los enemigos de nuestras digresiones y adversarios de los laberintos, conio si en cada uno hubiese un Minotauro! Dice Lamennais: «L'esprit revient sans cesse sur ce que le cœur aime». (Siempre recae el pensamiento sobre aquello que ama el corazón.)

Al frente tenía el patio la cocina, por la que se pasaba para ir al corral. Al lado de la puerta de entrada había una salita con su ventana a la calle, y su alcoba interior; al lado de ésta otro cuartito con puerta al patio.

Desde la calle se veía cerca de la cocina una escalera de ladrillo sin baranda y sin techar, labrada sobre un arco de material, que llevaba a un sobrado, en la que hemos visto ya al gato en el desempeño de sus funciones.

Estas escaleras rústicas que aparecen entre matas y flores dan a las casas en que se hallan un aire tan pintoresco, tan genuino, de viviendas pobres, campestres y sencillas, que causa el mirarlas el mismo dulce y simpático efecto que causan las construcciones de los Nacimientos.

Ansía uno por embutirse en aquella linda y candorosa pobreza; le parece a uno que así como el romero halla allí su adecuado y preferente lugar, lo hallaría uno igualmente. ¡Ah, feliz romero! superior en tu noble independencia al imponente Minos social, su alteza el Qué dirán, que con su multitud de ladrones canes, hijos del primitivo Cerbero, preside y dirige nuestras acciones, y juzga por su propia virtud al que quiere y al que no quiere ser juzgado en su tribunal, que por cierto, a pesar, o quizás a causa, de todos los gases modernos, suele estar muy mal alumbrado.

En la aseadísima salita se veían unas toscas sillas; de la pared colgaban unos malos cuadros de Santos, más admirados por ojos fervientes, que los de Murillo y Velázquez por

ojos artísticos, y ved por los Santos, como el romero, prefieren las casas de sus amigos los pobres.

Sobre una mesa había una imagen de bulto de la SEÑORA, bastante buena, cuyos flotantes vestidos, que eran también de talla, estaban primorosamente pintados y dorados, y de una manera tan sólida y permanente, que una incalculable serie de años sólo habían logrado amortiguar algún tanto su brillo. ¡Qué artistas, qué artífices, qué menestrales, los de la época del oscurantismo!

Capítulo VI.

A la puerta de la sala estaba sentada una anciana remendando un vestido de niña, reemplazando la destrozada espalda con un pedazo de tela de color y de dibujo distinto al del vestido.

Concluía su último sobrehilado, cuando se oyó bulla en la puerta, y las tres niñas que hemos visto ir al encuentro de su padre entraron presurosas, enseñando a la anciana, que era su abuela, los ramos de flores que traían.

-Y tú, Gracia, -preguntó la anciana, dirigiéndose a la mayor,- ¿no traes flores?

-Tenía el mejor de los tres ramos, que traía una estrella, -respondió Antonia, que era la segunda;- pero ese pícaro Raimundo, el hijo de la viuda de Trillo, se lo hizo pedazos con su bastón.

Gracia presentó a su abuela el destrozado ramo, sobre cuyas estropeadas flores brillaban como gotas de rocío sus lágrimas.

-No le hace, -dijo la anciana.- Con las que traen tus hermanas basta para llenar los floreritos, que para la fiesta de mañana, el Patrocinio de su santo Esposo, pondremos ante la SEÑORA. Aunque las flores, sean del campo, y aunque sean pocas, no importa; porque bien sabéis que la intención basta. Esto os lo probará un ejemplo que voy a referiros.

«Había en una huerta un pobre niño huérfano, que por caridad habían criado en ella. Todas las madrugadas venía al pueblo a traer la berza, y después de entregarla al revendedor, se iba a la iglesia de un convento. Allí se ponía de rodillas ante la imagen de una VIRGEN con mucho amor y fe, y no pudiendo traerle otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de las berzas que criaba. Los Padres, que notaron

esta extrañeza, parecida a un desacato, llamaron un día al niño y le preguntaron por qué hacía aquello.

El niño contestó que lo hacía por el grande y tierno amor que tenía a la SANTA MADRE DE DIOS, que miraba como suya por no tener otra.

-¡Y qué! -le preguntaron los Padres.- ¿No sabes demostrárselo de otro modo? ¿No sabes rezar?

El niño contestó que no. Entonces le dijeron que todas las mañanas entrase en el convento, y que ellos le enseñarían. Así sucedió; y el niño, en poco tiempo, aprendió a rezar, a leer, a escribir y otras muchas cosas, y ya no le llevaba las hojas de sus berzas a la Señora, porque le daba vergüenza. Pero sucedió que el niño cada día se fue poniendo más triste. Los Padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza, y se la preguntaron; a lo que contestó el niño que la Virgen no le quería ya tanto como antes.

-¿Y cómo sabes esto? -le preguntaron los Padres.

-Lo sé, lo sé, -respondió el niño.

-Pero ¿desde cuándo es que no te quiere como antes? -tornó a preguntar el Prior.

-Desde que tanto he aprendido, -contestó el niño.

-¡Pues qué! -le dijo el Prior.- Te mira mal la VIRGEN o te despide cuando formulas tus oraciones o cantas sus alabanzas?

-No, no, eso no, -respondió el niño.

-Pues entonces, -preguntó el Prior,- ¿por qué dices que te quería más antes?

-Porque antes, -contestó el niño,- cuando le traía las hojitas de mis berzas, se sonreía... y ya no se sonríe!»

Ved, pues, hijas mías, por qué dice el SEÑOR: «BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU», pues cuando son ricos de corazón, hay para ellos gracias excepcionales, negadas del todo a los soberbios fariseos y falsos doctores. Gracia, hija, las que más agradece la Señora son las flores cogidas en nuestro corazón, con las que diariamente le tejemos su corona.

En seguida pusieron las niñas las flores en los floreritos de cristal con algunas ramas de romero; hecho lo cual se arrodillaron las tres ante la imagen de la VIRGEN, y la abuela empezó a rezar la siguiente devoción:

CORONA DE ROSAS PARA ADORAR A MARÍA SANTÍSIMA.

Para alabar a María

Dadnos gracia en este día,
MARÍA, Reina gloriosa.

Las niñas respondieron en coro:

 Mi amor te ofrece esta rosa.

La rosa significa el Ave María, que en seguida empezó la abuela y concluyeron las niñas, siguiendo después de esta suerte:

 ABUELA. Virgen pura y candorosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. En tu concepción dichosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. DE DIOS PADRE HIJA amorosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. DE JESÚS MADRE piadosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. DEL SANTO ESPÍRITU ESPOSA,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. Luz de los cielos hermosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. Mujer fuerte y victoriosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. Santa la más milagrosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. Emperatriz poderosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

ABUELA. Mártir santa y silenciosa,

NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave María.

TODAS EN CORO. Guirnalda de rosas bellas
Pongo en tus sienes gloriosas;
¡Oh, MARÍA! logre por ellas
Quien te corona de rosas,
Vértela puesta de estrellas.

¿Quién habrá podido contemplar tres lindas e inocentes criaturitas arrodilladas ante la PURA MADRE DEL HOMBRE-DIOS, y oído sus suaves vocecitas ofrecerle sus oraciones bajo el símbolo de una corona de rosas, sin sentirse conmovido? ¿Quién entonces no habrá considerado, o más bien, sentido, que sólo es verdadera aquella religión que encuentra a Dios y le adora de este modo puro, espiritual, tierno, ferviente, elevado y dulce, con todas cuantas facultades, a su divina semejanza, puso Dios en la criatura que crió para obedecerle y amarle? ¿Qué hacéis vosotros, moralistas falsos, fríos escépticos, amargos filósofos, con estas divinas facultades? ¡Las ahogáis en hiel y en egoísmo!

-Mae abuela, -dijo la más chica de las niñas, volviéndose sin levantarse hacia uno de los cuadros que colgaban de la pared y representaba a Cristo en la cruz, -¿vamos a rezarle un Credito al Señor enclavao para que vuelva presto pae?

-Sí, hija mía, -contestó la anciana.

La que en seguida empezó a recitar el Símbolo de la fe con las niñas. Y apenas lo concluían, cuando, como si el Señor se dignase, sonriendo, conceder en el acto su amante e inocente petición a aquellos pequeños seres que en su peregrinación en la tierra llamó a sí, abriose la puerta, en cuyo umbral apareció la bella y bondadosa persona del que llamaríamos, si pudiésemos hacerlo sin irreverencia, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de aquella familia.

-¡Padre! ¡Pae! ¡Paecito!

Lanzando cada una de las niñas uno de estos gritos, se habían arrojado hacia el recién entrado, colgándose la mayor de su cuello, la segunda de su brazo, y abrazándose la más chica de una de sus rodillas.

-Mae, -dijo éste, dirigiéndose a la anciana,- ya me tienen rendido y sujeto, lo propio que los alanos al toro, ya no soy naide.

-Niñas, dejad sentar a vuestro padre, que vendrá rendido, -dijo la abuela.

-Padre, rogando estábamos a Dios para que volviese usted pronto, -dijo la mayor.

-Sí, al SEÑOR enclavao, -añadió la chica.

-Y diciendo amén, usted en la puerta, -prosiguió la segunda.- ¡Como que es ese Señor más milagroso!...

-Como que es este Señor un traslado del de la Vera-cruz, de quien dijo Juan Espera- en - Dios que era idéntico al Señor, -dijo la anciana.

-¿Quién es ese Espera-en-Dios, madre-abuela? -preguntó Gracia.

-Es el Judío errante.

-¿Y quién es ese judío, abuelita? -preguntó Antonia.

-Ese judío -contestó la abuela- es un zapatero que vivía en Jerusalén en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz acuestas, al llegar a la puerta de su casa, iba tan destrozado y exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño:

-¡Juan, sufro mucho!

Y Juan contestó:

-¡Anda, anda, que más sufro yo, que estoy aquí cosido al remo del trabajo!

Entonces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, le dijo al zapatero:

-¡Pues anda tú, anda... hasta la consumación de los siglos!

Al punto aquel hombre sintió que andaban sus pies sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entonces empezó a andar, a andar... y desde entonces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumación de los siglos, para que se cumpla la maldición de Dios que se atrajo.

Viendo aquello, conoció aquel despiadado que era un castigo del cielo por su dureza, y por aquella palabra cruel de «¡Anda, anda!» que le echara a la cara al maltraído que le pidió descanso, y se arrepintió con el alma de lo que había hecho, y empezó a llorar su culpa y a desesperarse. Y así anduvo, hasta que al año, un Viernes Santo a las tres de la tarde, se le apareció en lo más lejano de los horizontes, y entre los elementos y celajes, un Calvario con tres cruces. Al pie de la más alta, que era la de en medio, estaba una Señora tan hermosa como afligida, tan afligida como mansa. Esta Señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hacia él, y le dijo:

-¡Juan, espera en Dios!

Entonces sintió un consuelo muy grande, y siguió andando, y anda sin pararse jamás desde hace diez y ocho siglos. Y cuando se ve tan solo y desconocido a las generaciones que ve surgir y caer, sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra, que fue la del Dios de Israel, en poder de moros, su pueblo maldecido, desparramado, despreciado y mal visto, y que a pesar de todo, queda impenitente y descreído, con una señal en el rostro como

Caín, se acongoja y desfallece su corazón. Pero vuelve el tiempo santo y con él el Viernes Santo, y a las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes, y la Señora, que con su dulce voz le dice: «¡Juan espera en Dios!» Entonces recobra la esperanza, y con ella ánimo para cumplir su condena, y vuelve a andar y andar sin nunca pararse; por lo cual le nombran el Judío errante.

-Y ese Juan Espera-en-Dios, como que conoció a CRISTO nuestro bien, -dijo Gracia,- deberá saber Si el SEÑOR DE LA VERA-CRUZ se parece al que representa.

-Así es, hija mía, -contestó la anciana.- Así acaeció que cuando inauguraron su capilla, y llevaban a ella en procesión a la Santa Efigie, se vio pasar a un hombre, que era forastero y a quien nadie conocía, el que alzó la vista y miró al Crucificado; se le cayeron dos lágrimas por su tostado rostro, y dijo: «¡Cómo se parece al de la calle de la Amargura!» Todos los que lo oyeron se quedaron asombrados; y como aquel hombre prosiguiese andando sin pararse, no faltó quien le siguiese y viera cómo atravesaba el pueblo sin detenerse, y sin relantecer su marcha, ni aflojar el paso, desaparecía en la distancia.

Capítulo VII.

-¡Qué lastimosa es esa historia, abuela -dijo Gracia.- ¡Pobre Juan Espera-en-Dios! ¡Qué lástima me da!

-¡Toma! Para lo que hizo, bien poco castigo fue, -opinó Antonia.

-¡Ya! -repuso su padre, que se había sentado teniendo en sus brazos a la más chica de sus hijas.- Como que tú no puedas estarte quieta, te parece a ti que eso de andar sin descanso no es martirio.

-¡Ay, pae, que trae usted aquí una pulga! -exclamó la niña.

-Déjala, que pronto viene San Pedro, y se van todas las pulgas a cabildo.

-¡A cabildo! ¿Y por qué?

-Porque ya cobraron la contribución.

-Gracia, -dijo Antonia,- ¿a que no aciertas este acertijo?

Si la tienes la buscas,
Si no la tienes,
Ni la buscas ni la quieres.

La interpelada no contestó.

-¿No aciertas, chacha? -preguntó Antonia.

-Deja a tu hermana, a la que no divierten los acertijos, -dijo la abuela.- Hijo, -añadió, dirigiéndose al padre de las niñas,- ¿cobraste los garbanzos?

-No señora, madre. ¡Bien me pesa de haberle fiado a ese hombre, y no haber tenido presente que «oveja fuera, duro en la montera!»

-¡Válgame Dios! -exclamó la anciana.- Ese hombre tiene con qué pagar; y no hacerlo, es puramente mala voluntad. Pero debía tener presente el refrán que dice: «El que paga descansa, y es dueño de lo ajeno».

-Los cicateros el refrán que tienen presente, señora, es el suyo: «La vergüenza pasa, y el dinero queda en casa».

-Debías ponerlo por justicia, hijo.

-¡Qué, señora! Ese era el modo de que se fuera el dinero bueno tras el malo.

-¡Pero, hijo, si tu derecho está claro como el sol y tienes por ti la ley!

-Mas que asina sea. ¿No sabe usted aquello de: «¿Dónde vais, leyes? -Donde quieren Reyes». Señora, necios y porfiados hacen ricos a los letrados. Ello es que me ha sucedido como a Sebastián Cebada, que fue y vino y no le dieron nada. Pero no hay que apurarse, que todos los días paren las madres.

-¿Y dónde fue y vino Sebastián Cebada, pae? -preguntó la niña Antonia.

-A Madrid, a ver al rey.

-Paecito, cuéntelo usted, -rogó la niña.

-Pues han de saber ustedes, -contestó José Flores,- que era Sebastián Cebada el más gañán y el más bárbaro de su pueblo, en el que había muchos de su jaez. Púsosele entre ceja y ceja que había de ir a Madrid a pedir un empleo, y no hubo quien le pudiese sujetar, y en Madrid se encampó. Plantose ante el palacio real, aguardando a que saliese su real majestad, y conforme se tocó la marcha real, y se formó la tropa, y vio salir a su majestad, se puso a dar desaforadas voces gritando:

-¡Eh, eh, tío rey, tío rey!

Al oír aquellas voces, se volvió su real majestad y le dijo:

-¡Insolente, rudo, patán!

-Ya va su mercé cercano, pues me llamo Sebastián, -dijo el pretendiente.

El rey se echó a reír de tanta barbaridad, y le preguntó que qué era lo que quería; a lo que respondió éste muy en sí que quería un empleo.

-Bien está, -dijo su real majestad;- hágote administrador de la yesca.

Volvió Sebastián a su pueblo más alegre que unas carnestolendas, y más en sí que uno de los usías ingertos que usan a la presente.

-¿Con que -le dijo su mujer ende que entró- viste al rey?

-¡Vaya si le vide!

-¿Y te habló? -volvió a preguntar su mujer.

-¡Toma! Y me llamó por mi nombre.

-¿Y te dió un empleo?

-Y de los buenos.

La mujer se alborotó y llamó a las vecinas todas para decirles la buena nueva, y después de felicitarla con muchos parabienes, quisieron saber cuál era el decantado empleo.

Cuando les dijo el agraciado que era la administración de la yesca, se fueron riendo y refiriendo que Sebastián Cebada fue y vino y no le dieron nada.

Y yo, hijas, pasé por tres cabrerizas, me dieron tres quesos, y ahí queda eso.

-Padre, -dijo Gracia, tomando entre sus manos la cara de su padre, que dirigió hacia un lado de la pared del patio, en que en una teja, sujeta en ella, se veía un magnífico clavel, -¿le ve usted, medio blanco, medio encarnado, como las nubes a la puesta del sol?

-Ya veo, ya veo, -contestó el padre, mirando a su preciosa hija con inefable cariño.

Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel;
Y un padre cría una hija...
¡Sin saber para quién es!

-¡Pobre rosa!, ¡pobre maceta y pobre padre! -murmuró la abuela, que recordó una hija difunta que había casado con un mal hombre.

En este momento entró en la casa un vecino, que era un muchacho de diez y siete a diez y ocho años, no mal parecido de rostro, pero muy pequeño y diminuto; lo que había hecho

que le pusieran por apodo Peneque, apodo que le sacaba de tino, contra el que se resistía, se revelaba y protestaba con poquísimo éxito.

Mientras más se obstinaba en rechazarlo, más inherente se hacía el mal nombre; sucediéndole lo que al pobre pez, que mientras más esfuerzos hace por zafarse del anzuelo, más profundamente se le clava. Pocos días antes había acontecido que, exasperado a lo sumo, se había ido a quejar al alcalde: cuya entrevista se refería del modo siguiente. Es de advertir que el alcalde, que le conocía, que sabía que era un excelente chico, que desde pequeño mantenía con incansable afán a dos hermanitos y a su madre, enferma y viuda, le quería mucho, y le recibió con bondad.

Llegado a presencia de la autoridad el diminuto agraviado, diz que le dijo:

-A mí me llaman Peneque,
Señor alcalde; ¿qué haré?
-Vete tranquilo, Peneque,
Que yo lo remediaré.

contestó el alcalde, incurriendo, por la fuerza de la costumbre, en la demasía que le prometía refrenar.

Al entrar en la casa Peneque, mal y melancólicamente engestado y con un carrillo hinchado, se dejó caer de medio ganchete sobre una silla.

-¿Qué traes, Alonsillo, que parece que has probado vinagre? -le preguntó Flores, que era su padrino.

-¿Estás triste? -dijo Antonia.- Si estás triste, cuélgate un cascabel de las narices.

-¡Qué he de traer, padrino! -contestó Peneque, sin hacer caso de la escaramuza de Antonia.- Las penas se me empalman. ¡Ahora estoy malo!

-¿Pues qué te duele, hombre?

-¡Todo lo que se llama Alonso!

-Que eran treinta, y todos tontos, -observó Antonia.

-Hijo, si son dolores de frío los que tienes, -dijo José Flores,- pronto se te quitarán, pues nada los cura mejor que polvos de Mayo y cáscaras de brevas.

-No son dolores de frío, padrino; ¡es que tengo un golondrino! ¡Y esto en este mes, cuando más apremia la obra de zapatería, que tiene que estar lista para el Corpus! ¡Y el malhadado del maestro, que cuando se lo dije me respondió que era yo como los perros del Padre Lobo, que cuando salía la liebre, se les ofrecía ensuciar!

-Tú eres -dijo Antonia- como la vieja del Olivar, que cuando no tenía sarna, tenía postillas, Peneque.

-¿Qué Peneque? -exclamó éste, poniendo fiero su rostro desigualmente repartido.- No me llamo Peneque, que me llamo Alonso.

-Poncio Berengena, capitán de la manga llena, -repuso Antonia,- ¡bien sabes que todos te llaman Peneque, hasta el alcalde!

Los deslenguados no más, -exclamó el ofendido.- Mira como Gracia no me lo dice.

-¡Ya! -respondió la chiquilla.- Gracia es la paz vobis.

-Y cata ahí -dijo Alonso- por qué la quieren todos, por su angelidad. ¿No me ve usted la cara qué hinchada la tengo, tía Juana Poluceno?

Peneque quería decir Juana Nepomuceno.

-¡Vaya por Dios, hombre! -contestó la anciana.

-Tengo una influcción, -prosiguió Peneque.- Cuando se lo dije al maestro, me respondió con burla: «Al que le duela la muela, que se la saque o que rabie». ¿Le parece a usted eso rigular?

-Hijo, toma unas buchadas de romero cocido en vinagre.

-Yo te coceré el romero, -se apresuró a decir Gracia.

-¡Qué había de tomar buchadas, -repuso tristemente Alonso,- si tenemos que velar para concluir la tarea!

-¡Cómo ha de ser, hijo! -opinó la anciana.- El trabajo es la única herencia que nos dejaron nuestros padres desde Adán. Mira a mi hijo José, que se va a trabajar a la luz de la luna a su haza.

-Como que el trabajo es la honra del pobre, -dijo José Flores.

Ya lo sé, -repuso Alonso;- y que Gracia se va con su mercé.

-Como está entonces el campo tan solo, yo acompaño y velo a mi padre, -dijo Gracia.

-Y mira tú, Alonsillo, a un hombre favorecido, que tiene ángeles de guarda a pares, -añadió José Flores.

-¡Ay, pae! -exclamó Antonia.- Lo propio que usted dice la madre de Alonso.

-Así bendecirá Dios a Alonso, como su madre lo hará; y a Gracia como la bendigo yo.

-¿Y a mí, padre? ¿Y a mí, padre? -exclamaron las dos chicas.

-¡A las tres! -contestó el buen padre a sus hijas, que se habían abrazado de su cuello.

Capítulo VIII.

A la mañana siguiente, cuando vino Alonso a la hora de comer, a casa de su padrino, como tenía de costumbre, antes de entrar en la suya, se quedó sorprendido de hallar en ella al Padre Banda y a sus discípulos que le habían precedido. Mauricio tenía las manos en los bolsillos y bostezaba, y Raimundo en las suyas un hermoso ramo de flores.

El Padre se había acercado a la anciana, y le decía en este momento:

-Ayer tarde destrozó Raimundo el ramo que tenía su nieta de usted; y hoy le trae otro en compensación. El perjuicio que se ocasiona, se, resarce.

Antoñita o Antoñilla, según la nombraban, que, como hemos visto, era viva y despierta y nada tenía de tímida, se acercó el ramo y le echó mano.

-¡Arre allá! -dijo con su díscola grosería Raimundo.- El ramo no es para ti, sino para la otra; para la llorosa estrella de Vandalía, que es más bonita que tú.

-Nadie llora sin causa, ni aún las estrellas, -dijo de repente Alonso, cuya entrada no había notado nadie.

-¡Ay qué cara! -exclamó Raimundo, soltando una carcajada.- Oye, Peneque: ¿es tu madre gorda y tu padre flaco?

-Al pobre le duele una muela, -dijo la anciana;- si hubiese hecho lo que yo le aconsejé, ya estaría curado.

-¿Y qué fue lo que usted le aconsejó? -preguntó el Padre Buendía.

Que se enjuagase la boca con vinagre cocido con romero. Tomando calientes estas buchadas, nunca se pica la dentadura.

-No sabía yo que el romero tuviese esa virtud, -repuso el Padre.

-¡Señor, si las que tiene esa mata bendita son tantas que no se pueden contar! Era en su principio un yerbasco del campo; pero desde que la Virgen Santísima tendió a secar en ella la ropita del Niño, está siempre verde, se hizo oloroso, y adquirió sus muchas virtudes.

-¡Qué! ¿Tendió la Virgen las ropitas del Niño en un romero? -exclamó Raimundo, en quien despuntaba ya el amable, el elegante y simpático tipo del escéptico ignorante, del necio pedante. Juan Niega.- ¿Cómo lo sabe usted, señora?

-Todo el mundo lo sabe y lo ha sabido de unos en otros, -respondió la anciana;- y hasta la copla de Noche-Buena lo dice:

¡Lavando estaba la Virgen,
Y tendiendo en el romero;
Los pajaritos cantaban;
Adoremos el misterio!

Hay más, señorito: desde la muerte del Señor florece todos los viernes, día de su martirio, como para embalsamar su santo cuerpo. Trae ventura y santifica las casas que con él se sahúman la Noche-Buena. Ahuyenta su humo al enemigo, y purifica la atmósfera, evitando los perniciosos contagios: los polvos del romero secados, traídos sobre el corazón, lo alegran. La flor y las hojas, puestas entre la ropa, le dan buen olor y ahuyentan la polilla. Los cogollos más tiernos, comidos con pan y sal en ayunas, fortifican el cerebro y conservan la vista. El romero ahuyenta todo animal ponzoñoso. Bañar el cuerpo en agua en que ha caído romero, conserva la salud y fortifica el cuerpo. La flor del romero mezclada en miel blanca, espumada y hecha lectuario, limpia y fortalece el estómago. Las hojas del romero, cocidas en vino blanco, hacen un emplasto aparente para llagas envejecidas, y este vino sirve también para sujetar las raíces del cabello. El zumo del romero, aplicado en el oído, quita el dolor que proviene de frialdad. El humo que produce al quemarlo, es bueno para aire perlático y para dolores, es...

-¡Señora! -le interrumpió Raimundo.- ¿Por qué no dice usted de una vez que es el sánalo-todo? Por lo visto, el romero este que tiene usted aquí, y que en lo grande parece un lentisco, es el médico y el boticario de esta casa; aquí no habrá males nunca.

-Sí, señorito, que los hay, -contestó la anciana.- Dios, que le dio sus virtudes al romero, no le hizo más poderoso que su voluntad, la que alguna vez se le opone, porque así conviene.

-Niña sensible, -dijo Raimundo, dirigiéndose a Gracia, que tanto por cortedad, como por antipático desvío hacia aquel muchacho áspero y audaz, se había retirado lejos,- aquí tienes un ramo con tus lloradas estrellas. Vienen las mismas que, según dice la copla, hay en el cielo, esto es, mil y siete; con las dos de tu cara y la de Vandalia, son mil y diez. Si no quieres tomar las flores, aquí las meto entre las ramas del romero, por si padecen de algún achaque, que se lo cure. ¡Vaya contigo! que más pronta estás para llorar las flores cuando las pierdes, que para celebrarlas cuando se te brindan.

-Es que aquéllas me las trajo mi padre, -murmuró la niña.

¿Y eran por eso más hermosas que éstas? -preguntó con burla Raimundo.

-No; pero yo las quería más, -respondió Gracia.

-¡Ay! ¡Qué superfínica, superlatívica y supersupínica eres! -dijo Raimundo.

Y dirigiéndose a la anciana, añadió:

-Tía abuela, usted que le reconoce tantas virtudes al romero, que será preciso canonizarlo y rezar a San Romero, ¿me querrá usted decir si le reconoce alguna a las abulagas? Pues por mí no sé que tengan otra que la de quemarles las cerdas a los cochinos difuntos, y la de pincharles por detrás a los gatos cuando se acercan a las macetas de flores, en las que se las coloca a ellas como guardas de honor.

-Nada bueno sé de las abulagas, -contestó la anciana;- sí sólo sé que la calle de la Amargura y el Monte Calvario están hechos un espeso abulagar, desde que por ellos pasó el Señor con la cruz acuestas.

-¿Usted lo ha visto?

Esta muletilla de los sabios y entendidos, que no se las tragan como ruedas de molino, como nosotros los necios e ignorantes, se le ocurrió a Raimundo, a pesar de ser un zoquete. ¡Cosa más rara! Pero a fuer de verídicos, tenemos que consignarlo.

-No, señorito, -contestó la anciana.- Pero si sólo se creyese lo que se ve, los pobres ciegos no creerían nada.

-Bien dicho, tía Juana Nepomuceno,- dijo el Padre Buendía;- y mejor de lo que usted piensa. La fe no entra por los ojos, que entra por el oído: Præstet fides supplementum sensuum defectui.(Supla una fe viva a la escasez de nuestros sentidos.) Hágame usted el favor -añadió el Padre, dirigiéndose hacia el arriate- de darme unas ramas del romero; que me daré, según usted aconseja, un sahumero en esta pierna, en que me molesta un dolor reumático.

-¡Señor, cuantas quiera su mercé! Ahí está la mata a su disposición.

Y la abuela y sus nietas arrancaban a competencia ramas al romero.

-¡Basta, basta, señora! -dijo el Padre.- Que va usted a despojar al arbusto.

-Pierda su mercé cuidado, -repuso la anciana;- en cogiendo al romero sus ramas con buen fin, mientras más se le arranca, más mete. Le sucede como al rico limosnero, que mientras más da a los pobres, más aumenta Dios su caudal.

-Bien dicho, señora, -repuso el Padre;- que a nadie empobrece la limosna.

Cuando hubieron salido, dijo a los niños:

-¿Veis cómo está al alcance de todos la santa ley de Dios?

-¡Ya! -respondió Raimundo.- La definición de la limosna la tienen los pobres en la punta de la uña; como que les tiene cuenta, pues ellos son los que la cobran.

-Te equivocas, Raimundo, como siempre que habla por tu boca la malicia, -repuso el Padre.- Los pobres dan todos, sin excepción, a otros más necesitados, si a ellos acuden; y no todos, sino pocos, reciben limosna. Avergüenzan, pues, al rico, para el que es un precepto religioso, una obligación social, y la más dulce prerrogativa de la riqueza, el dar a manos llenas y sin contar.

-Todas sus rentas, aunque se queden sin ellas, ¿no es eso? -preguntó Raimundo con ironía.

-No, hijo, eso no. Expresa, el pueblo con su buen sentido en un refrán la justa medida en el dar, de esta forma: «Ni a ti que te luzca, ni a mí que me haga falta». Pero se debe dar cuanto no se necesite. Dice fray Manuel en su Carta portuguesa, traducida por Isidro Fajardo: «Quien gasta menos de lo que tiene, es prudente; quien gasta lo que tiene, es cristiano; quien gasta lo que no tiene, es ladrón». Dice San Lucas: «Dad a todo el que os pida. Haced bien, y prestad sin esperanza de recobrarlo.» Ésta es la ley de Cristo, hijo. Y ten presente que dice San Benito: «No soy cristiano en verdad, si a Cristo no sigo». Tú, Raimundo, -prosiguió el Padre,- eres, no sólo descortés, sino áspero en tu trato, lo que no deja de ser también una falta de caridad; y es preciso, hijo, ser cortés con todos, aunque sean inferiores; que esto, si es honra para quien la recibe, más es para quien la hace.

Antes de irse, y mientras cortaban la abuela y las nietas las ramas del romero para el Padre Buendía, se había acercado Raimundo a Alonso y le había dicho:

-Oye, Peneque: ¿con qué has entrado en la hermandad de la lezna?

Alonso no contestó.

-Como eres tan finito y repulido, -prosiguió Raimundo,- harás zapatitos de tabinete para las mujeres, y de tafiote encarnado para los niños.

-Hago zapatos de vaca para los hombres, ¿está usted, señorito? -respondió Alonso.- Que aunque le parezco yo a usted fino, soy recio para el trabajo y para cuando se necesita serlo.

-Y sobre todo, necesitas serlo para la vida que vas a llevar, -repuso Raimundo,- pues es sabido que los zapateros llevan una vida trabajosa.

Lunes y martes de chispa;
Miércoles la están durmiendo;
Jueves, viernes, mala gana,
Y sábado entra el estruendo.

Hoy es viernes; te toca mala gana, y bien se te conoce.

-No es mala la que tengo... -dijo Alonso, cerrando los puños de coraje.

Lo demás de la frase no lo oyó Raimundo, que le había vuelto la espalda.

-Cuando oigo y veo a ese señorito Raimundo, -dijo Alonso así que se hubieron alejado el Padre Buendía con sus discípulos,- se me pone el cuerpo envenenado y con una hormiguilla que me desatenta. Es más raído, más insultativo y provocante que un baratero. Más humos tiene que una hoguera sin llama, porque tiene dineros mal ganados, siendo un don Nadie, y levantado del polvo de la tierra ayer de mañana; que mi abuelo conoció al suyo arriero, andando tras de los burros.

-Calla, Alonso, -le dijo la buena anciana;- que haces malamente en echar juicios temerarios y decir que el caudal de los Trillos es mal ganado.

-Señora, quien dice la verdad, ni peca ni miente.

-No afirmes lo que no sabes, hijo. Tú no conoces a esas gentes de rejas adentro, y nunca han tenido en el pueblo mala nota.

-¡Mire usted que hacer burla de Gracia!... Sólo ese mal alma lo hace. ¡Buena prenda saldrá el niño, ese! Que por las vísperas se conocen los Santos.

-Raimundo es áspero y desamoretado, no digo que no, -dijo la buena anciana;- pero, hijo mío, cada tejadito tiene su jaramaguito. Él se enmendará; que para eso tiene a su lado al Padre Buendía, que es un señor muy docto y muy santo.

-¡Qué se había de enmendar, señora! -exclamó cada vez más exasperado Alonso.- La zorra mudará los dientes, pero no las mentes. ¡Mire usted que después de hacer llorar a Gracia, que es tan bendita, hacer burla de su llanto!...

-Ya ves cómo le ha traído en desagravio un hermoso ramo de flores, -observó la abuela.- Tú, Alonso, eres muy noble, y tienes el corazón muy sano; y así, son tus corajes como la risa del negro que se apaga al instante.

-No lo crea usted, -exclamó Alonso, a quien el golondrino, la muela y Raimundo, en unión y competencia, habían exasperado;- sino que como no tengo dinero, me llamo callar. Pero la procesión anda por dentro. Acuérdense usted de lo que le digo, tía Juana Poluceno. Por ese charran, por ese guapo de esquina, me ha de venir a mí algún mal.

-No seas caviloso, Alonso, -repuso la anciana,- ni abrigues enemistad; que eso es traer un judío en el cuerpo. El señorito Raimundo no te ha hecho mal; pero caso que te lo hubiese hecho, ten presente que dice la ley de Dios: «No tengas odio con quien te ha hecho mal; necia cosa es pecar tú por aborrecer al que pecó; y no se ha de castigar un pecado con otro».

Capítulo IX.

Pasaron algunos años. El tiempo, ese gran reloj al que Dios dio cuerda, y para el que no hay paradas, los fragua en su incesante andar, y los fraguará mientras el gran poder que le ordenó andar no le mande parar.

Estos años habían pasado sin traer mayor alteración en la vida y circunstancias de la familia de Trillo. La viuda había seguido ocupándose de la labor y de su casa. El Padre Buendía había perseverado participando su saber y sembrando su enseñanza, pero, menos afortunado que su parienta, sin recoger la más mínima cosecha. Sólo un suceso había marcado la época que pasamos por alto. Había muerto un hermano, viudo, de Doña Amparo, dejando un buen caudal y una hija, y a su hermana albacea del primero y tutora de la segunda, que, dicha señora había traído a su casa.

Esta niña era el engendro de lo indefinido y de la monotonía. En su físico eran su cuerpo y talante un conjunto de líneas rectas sin ondulaciones. Era indefinido el color de su tez, que no era ni blanca ni morena; el de su cabello, que no era ni rubio ni oscuro; el de sus ojos, que no eran ni negros ni azules; y toda ella ni era bonita ni fea. Su trato, de la misma conformidad: ni agradable ni desagradable, pues ni se alzaba a la gratitud, ni alcanzaba a la exigencia. Rodeábala un círculo de atmósfera impermeable. Así era que refería una maldad con severas palabras, pero sin la menor indignación; contaba una cosa graciosa sin reírse, y las más tristes sin inmutarse. Y tan nulo era su pulso interno, que siempre que hablaba sobre lances en los que su intervención hubiese podido ser útil o evitar un mal, y alguna persona le decía con energía: «Pero tú, ¿por qué no hiciste aquello o estotro?» contestaba indefectiblemente sin añadir más palabra ni razón: «¿Yo?»

Este yo, muy usual, es, según el tono con que se pronuncia, altanero, despreciativo, esquivo, tímido, o medroso. En ella no era nada de eso: era simplemente la expresión de la sorpresa.

Nombrábanla Trinidad, aunque habrían acertado mejor en llamarla Unidad. Tenía entonces catorce años, esto es, seis menos que Mauricio, que a la sazón contaba veinte; y era el sueño dorado de la viuda unir con toda legalidad a estos dos pimpollos, objetos de su cariño, y los dos caudales, objetos de su ternura. Pero ello es que la viuda tenía en su mano disponer que los mismos arados penetrasen en las tierras de distintas procedencias; mas no tenía la facultad de disponer que los mismos sentimientos penetrasen en aquellos corazones de diferentes dueños.

Doña Amparo nunca había oído hablar de imanes, de simpatías, de filtros, de atracciones magnéticas, ni aún de sortilegios; ni siquiera de medias naranjas. Todo esto, que en realidad es medio griego, era para ella griego entero; a no ser así... -no quisiéramos hacer juicios temerarios;- pero puede... puede que algún mal pensamiento se le hubiese ocurrido para llevar a cabo uno bueno. A pesar de las pocas esperanzas que le daban el pazguato Mauricio y la pánfila Trinidad de constituirse en amantes de Teruel, Doña Amparo se consolaba, con estas sensatas reflexiones:

-Son muy jóvenes: de aquí a dos años comprenderán lo que les tiene cuenta.

Y en esta confianza, la señora se dormía profundamente, hasta que el despertador de la casa ponía a todo el mundo en pie, con un quiquiriquí perentorio y sin apelación, lanzando en sus barbas a Morfeo.

Lo que es Raimundo, hacía una burla completa de su prima, a la que había puesto por apodo Jaletina, y con este nombre, una banderilla al flemático amor propio de su prima. Por vez primera en su vida Trinidad se había picado; de resultas de lo cual Doña Amparo proscibió en la conversación, como lo estaban de su mesa, toda clase de jaletinas.

Poco después declaró Raimundo un día a su madre que quería ser abogado, y para eso, pasar a Sevilla a estudiar.

La casa se alborotó. La viuda se opuso. El Padre Buendía se retiró de la peliaguda contienda, diciendo: «Velle suum cuique est, nec volo vivitur uno.» (Cada cual tiene su parecer, ni es uno solo el plan y la idea que hay para vivir.) Mauricio apoyó a su hermano mayor por tal que se fuese, y Doña Amparo tuvo que ceder contra toda su voluntad y convencimiento, como sucede a muchos padres de la era presente, de la que ha dicho un autor: «La revolución no modificó sólo las instituciones, sino que alteró las ideas y las costumbres. Debilitose entonces con otros principios el de la autoridad paterna, hasta ser reemplazado con no menos exageración por la tiranía filial. Antes el padre imponía sus opiniones a la familia; ahora obedece». Esto es, añadimos nosotros, que están los frenos trocados. ¡Y así anda ello!

Doña Amparo halló algún consuelo, al partir su hijo, en su consejo privado, que se componía de dos veteranos beneméritos.

Era uno el capataz, que fue de opinión con estudios finos se era un buen alcalde y se les ponía las peras a cuarto a los ensucia-tinta, abogados y escribanos, plagas del mundo; y que aunque la corriese algún tanto el muchacho, no debía apurarse su madre, en vista de que carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda.

El otro consejero, que era un antiguo criado gallego, muy simpático a su ama, fue de la misma opinión, y dijo a su señora: «Déjelu ir, mi ama, si le da jana; la llave se echa a lus cuartos, e non a lus mozus.»

Es preciso decir algunas palabras de este gallego, que era persona de alguna importancia en casa de Trillo. Esta importancia, que él sabía hacer valer, no la debía por cierto, ni a su

finura, ni a sus lisonjas. Blas Sampayo no medraba por semejantes medios de mala especie; la debía a sus servicios y a su hombría de bien, y poco le importaba que estuviesen contentos sus amos o no. Lo que le importaba era que marchasen las cosas bien y derecho; es decir, que, como los gatos, amaba a la casa sin querer mucho a sus amos. Habría llorado un peso duro que hubiesen perdido; pero si uno de los niños se hubiese roto un brazo, le habría dicho con mucha indiferencia: «Bien empleado se te está; ¿e pur qué te caes?»

Tenía Blas la fidelidad, pero no la abnegación de los suizos; que la avaricia y el egoísmo son gemelos que crecen a la par. Daba sin que le pidiesen su opinión -la cual era, si bien no siempre entendida, siempre recta y honrada- sobre lo que era de su incumbencia y sobre lo que no era también. Para él no había predilecciones ni oposiciones: eran para él las cosas antes que las personas; el cálculo antes que el sentir. La señora le entendía. Mauricio no le escuchaba, y Raimundo le mandaba callar, a lo que no obedecía jamás el fiel servidor, que había criado muchas alas, sin dejar por eso de ser muy pesado.

Cuando primero se presentó para ajustarse, empezó Doña Amparo por enumerarle las faenas que tenía que hacer; y a cada cosa contestaba: «Está bien, está bien». De suerte que la señora fue cargando la mano de una manera tan extraordinaria, que si hubiese tenido el día cuarenta y ocho horas en lugar de veinticuatro, ninguna hubiese quedado para el fámulo vacante y sin ocupación. Discutióse en seguida el renglón de la comida; pero el gallego le cortó el hilo de la conversación a la señora, asegurándole que en ese particular sólo miraba la cantidad, y no la calidad. En seguida preguntó:

-¿Y la paja?

-¡La paja! -repuso la señora.- ¡Vaya una pregunta! ¿Qué te importa la paja?

-Impórtame mucho, mi ama.

-Pero ¿para qué la quieres?

-¡Tuma! Para mí.

-¡Pues qué! ¿Tienes acaso algún borrico a quien dársela?

-Nun tengo burricu; es para mí.

-¡Extraña exigencia!

Más extraño es querer tener mozos e non darles paja.

-Pues yo no doy paja a mis criados.

-E yu nun trabajo sin paja.

-¿Quién ha visto a un sirviente exigir paja?

-¿E quién ha vistu a un amu querer que le sirvan sin dejar la paja?

La señora se impacientó; el gallego se indignó; y habríanse separado furiosos, a no acertar a entrar el capataz, que explicó a Doña Amparo que la paja era la paga.

Estando en el cortijo por temporada, la señora, que era religiosa, que tenía mucho arreglo y que no permitía se quedasen sus criados sin misa los días festivos, envió un domingo a Blas al pueblo para que oyese la misa de doce, montado sobre una burra, que a su vuelta debía cargar con comestibles.

La burra era vieja, y por más que Blas la arreó, llegó tarde a la puerta de la iglesia, y no pudo alcanzar la misa.

Desesperado Blas, se volvió hacia la burra, y tirándole con coraje el sombrero que en la mano derecha tenía, «¡sobre tu alma va!» le dijo.

Hizo tan buena alianza con Doña Amparo, y se identificó tanto con la casa, -con esa ley y esa buena fe anejas a los gallegos,- que pasaron años y años sin regresar a su tierra, ni acordarse de su mujer, la que al fin mandó una requisitoria para recuperar judicialmente su perdido bien. No hubo escapatoria: Blas tuvo que ir a dar cuenta de su persona a su Dido.

Pero fue el caso que llegó en el fatal momento en que se había acabado de morir una de las dos vacas con las que araba la mujer su campo. Ésta, que era una virago intrépida, puso a su marido, que quiso que no, a ocupar al lado de la vaca viva el lugar de la vaca muerta, y el campo se aró y se sembró. Blas llevó este papel de comodín a regañadientes; pero al fin se conformó. Mas como en seguida los vecinos le quisieron hacer alcalde, con eso no se conformó, y bajo la impresión de su pánico, echó a correr, sin volver la cara atrás, hasta llegar a Vigo y embarcarse en el vapor. Y una vez en éste, se metió en las más profundas entrañas del barco, en amor y compañía con el carbón de piedra, y no sacó su garbosa persona a luz hasta haber anclado el vapor en la bahía de Cádiz.

Así fue que regresó Blas de pésimo humor, merced al resultado de su viaje, que fue dejar en Galicia un campo arado, un hijo más, y una vara de alcalde desairada; todo lo cual le costó seiscientos reales, que lloró siempre harto más amargamente que sus pecados.

Raimundo partió. Llegado que hubo a Sevilla, y siguiendo sus buenas y finas tendencias, se matriculó en la sociedad del tabaco, y no en la Universidad; se dedicó a las francachelas, y no a las cátedras; frecuentó garitos, y no frecuentó aulas; intimó con las cigarreras, y no con los profesores; abrió muchas botellas y pocos libros, hallando para todo dinero; porque el dinero, si ha de servir para vicios, no se hace de pencas, como lo hace cuando ha de servir para buenos fines. No parece sino que esas monedas pálidas y sucias, esos napoleones encanallados, esos pesos, a los que con tanta propiedad se les añade la calificación de duros, se retiran y se niegan cuando se les busca con buenos fines, y que sonrían bailan, se prestan y van al encuentro de los malos.

Capítulo X.

un encanto de inocencia

Mientras estos sucesos tenían lugar en la casa de Trillo, la de José Flores era presa de la gran calamidad de los pobres, de la que tras sí arrastra todas las demás, la enfermedad. José, víctima en toda la fuerza de su robustez y actividad, de la parálisis, yacía sin movimiento sobre su lecho.

Sólo los ángeles del cielo vieron y pudieron contar las desgarradoras lágrimas y las selectas pruebas de cariño que el amor materno y el filial prodigaron a porfía, y unas tras otras sin intervalo al paciente. Así es que aquellos ángeles, compadecidos, traían a veces consuelos que se notaban en la dulce sonrisa del enfermo y en la infinita felicidad que estas sonrisas comunicaban a los que le rodeaban.

Quien era el incansable ayuda de estas desvalidas y consagradas criaturas, era Alonso. Siempre que salía del trabajo, se apresuraba a acudir allí; hacía sus comisiones, pagaba la botica, traía de cuando en cuando al enfermo media libra de chocolate o su cuarta de bizcochos, y los distraía y consolaba a todos, contándoles cuanto sabía y cuanto se le venía a las mientes.

Mas los recursos iban escaseando, y un día la pobre anciana llamó aparte a Alonso, y le dijo llorando:

-Algún buen ángel te ha traído aquí, hijo. Sin ti, ¿qué sería de nosotros?

-¿Quiere usted callar, señora por María Santísima? -contestó Alonso, al que se le iba oprimiendo su hermoso corazón.

-Oye, hijo, que tengo que decirte, -prosiguió la anciana.- Ya sabes, Alonso, que donde sale y no entra... el fin se le ve. Ya, hijo, todo se ha ido en la enfermedad, y no nos queda más remedio que vender el haza; y yo quisiera que me buscaras comprador. ¡Cómo ha de ser! Dios nos la dio, y por eso siento tanto más perderla.

-Dios lo da todo, -dijo Alonso.

-¡Verdad es! -repuso la anciana.- Pero has de saber que esta haza vino a nuestro poder de una manera extraña, y que como a son de trompa nos la dio la Providencia. Un día que pasaba yo por la lotería con una vecina, instome ésta a que echase con ella. Yo no tenía más que tres reales, y mi hijo estaba trabajando en un cortijo, y hasta el sábado no venía a

holgar, ni había quien entrase un real por mis puertas. Alonso, hijo, me desvanecí, y eché veintiún cuarto con la vecina.

Apenas llegué a casa y me hallé con sólo cuatro cuartos en la faltriquera, cuando conocí mi desacierto, y me pesó en el alma haberlo cometido. Llegó entonces un pobre a la puerta, y le despedí con poco agrado y sin compasión.

Salí poco después para mercar siquiera cuatro cuartos de habas para poner un potaje a mis niñas, cuando al salir, lo primero que me eché a la cara fue al pobre anciano que me había pedido limosna, arrimado a la pared de enfrente, en un rayito de sol, comiéndose un tronco de col. Yo no sé lo que sentí, Alonso; pero mi espíritu se perturbó, y el corazón se me oprimió como puesto en prensa. Corrí a él, y le di los cuatro cuartos. Entonces, Alonso, me dijo por tres veces: «¡Dios se lo pague a usted! ¡Dios se lo pague a usted! ¡Dios se lo pague a usted!» Y si aquella voz no fue la misma de Jesús, fue una voz que llegó a él; que si bien aquella noche nos acostamos sin cenar, a la mañana siguiente pagó Dios la deuda del pobre, con muchas creces, como paga Su Divina Majestad, pues había puesto en mis números un premio de quince mil reales de vellón.

Con ese dinero, hijo, remediamos muchas miserias propias y ajenas; hicimos a la casa aquel soberado, una función de gracias al SEÑOR DE LA VERA-CRUZ, y compramos el haza. ¿Fue o no fue milagro?

-No se descorazone usted, tía Juana, -respondió Alonso.- Dios tiene que dar de lo que ha dado. No faltarán socorros; y el haza no se vende viviendo yo y teniendo desempeñado mi mayorazgo.

Y el excelente joven señaló sus brazos.

En seguida trajo doscientos reales, que a cuenta de trabajo pidió a su maestro. El haza no fue vendida. José, lo supo, y no pudiendo hablar, expresaron su sentir dos gruesas lágrimas; y haciendo seña a Alonso para que se acercase, puso trabajosamente sus manos sobre la cabeza que éste inclinó, y levantando sus ojos al cielo, hizo una oración mental para bendecirle. Así lo comprendieron su madre y sus hijas, porque cuando José volvió a bajar la vista, las vio arrodilladas, y las oyó decir: «Amén».

Alonso salió del cuarto con tal congoja, que después de beber el agua que se apresuró a traerle Gracia, reclinó y escondió su rostro en el seno de la anciana, que le había seguido.

¡Dios mío! ¿Qué es el alambicado, redicho, recalcado sentir y las emociones ficticias de las gentes melancólicas, extremosas, descontentadizas o malhumoradas, comparadas con el primitivo y enérgico sentir de la naturaleza en sus puras y genuinas fuentes?

Si mientras más tiempo pasaba, miraba Alonso con más amor a Gracia, ésta a su vez miraba a Alonso cada día con más gratitud y más ternura, porque no pertenecía Gracia a aquella especie de mujeres de descarriadas inclinaciones, a las que no atrae ni ilusiona lo bueno y lo honrado. No, al contrario; lo bueno y lo honrado era lo que simpatizaba con su noble y puro ser. Añadióse a esto, que cada uno de los cuidados que Alonso prodigaba a ese

padre que ella adoraba, era una nueva raíz con la que se profundizaba en su corazón aquel amor, hijo de su gratitud y aprecio.

Una noche entró LA MAJESTAD en la casa del pobre, sin séquito ni apariencia, como para ejemplo de humildes anduvo por la tierra hecho hombre.

Nuestro joven y su hermano llevaban dos faroles; un monacillo tocaba una campanilla. Dios venía pobre como anduvo por el mundo; y como entonces, acudía a los pobres y mansos; como entonces, adorable, consolador, SALVADOR Y GRANDE.

Verdad es que si aún hubiese estado viviendo hecho hombre, por su propia voluntad hubiese venido a aquella pobre casa, en la que con tanto amor se le llamaba, con tanta esperanza se le aguardaba, con tanta fe se le recibía.

Cuando llegó Alonso de vuelta de acompañar a LA MAJESTAD, José, que no podía hablar, le hizo seña de que se acercase. Entonces fijó sus ojos en el altar, que para el augusto acto habían prevenido. La desconsolada Gracia, que con su manso valor de cristiana reprimía su inmenso dolor, por tal de no separarse un momento del lado de su padre, comprendió, o mejor dicho, adivinó lo que deseaba, y puso ante sus ojos el cuadro del SEÑOR DE LA VERA-CRUZ que adornaba el altar.

José movió los labios como si quisiese hablar.

Gracia, que estaba acostumbrada a comprender su mudo lenguaje, dijo:

-Palabras.

José, hizo una señal afirmativa y alzó tres dedos.

-¿Tercera palabra? -preguntó Gracia.

-¡MUJER, VE AHÍ A TU HIJO! -murmuró entre sollozos la anciana, recordando las de la Cruz.

José volvió a hacer una señal afirmativa, y miró con sus expresivos ojos, primero a su madre, y después a Alonso.

Éste, penetrado del pensamiento del moribundo, se acercó a la pobre anciana, a quien abrazó diciendo:

-¡HOMBRE, VE AHÍ A TU MADRE!

En el semblante de José brilló un santo gozo y una tierna gratitud.

Después miró a Gracia, y en seguida a Alonso; ambos comprendieron; Gracia bajó los ojos, y Alonso dijo en queda y conmovida voz:

-¡Si ella quiere!...

José miró al SEÑOR en la CRUZ y dio un suspiro. Gracia alzó la vista y lanzó un grito; la cabeza de su padre había recaído sobre la almohada; sus ojos estaban cerrados; con aquel suspiro de amor y gratitud había volado su cristiana, honrada y amante alma al seno de su Criador. La muerte iba borrando poco a poco con su austero sello aquella dulce y santa sonrisa, última expresión de su buena vida.

Innecesario es, así como es imposible, pintar el dolor de aquellas amantes y desvalidas criaturas, cuando en la casa no quedó ni aún el cadáver del que tanto amaban.

El dolor exalta la juventud y abate la vejez; es más déspota en su reinado cuando lo considera temporal, como sucede con el de los jóvenes, que no cuando lo sabe perdurable, como lo es en los ancianos. Así, la abuela fue la que, ayudada por la conformidad cristiana, vertió sus consuelos y enseñanzas a sus nietas.

-No desconfiemos, hijas mías, -les decía;- que Dios no abandona a quien en él confía. Él es Padre de los huérfanos, y esto os lo probará el ejemplo que voy a contaros:

«Cuando Dios andaba por el mundo, caminaba un día con San Pedro, cuando acertaron a pasar por una casa en que estaba una niña que lloraba amargamente.

-¿Por qué lloras? -le preguntó el Señor.

-Porque se me han muerto mis padres, -contestó la niña.

-Será también, -dijo San Pedro,- porque no tendrás ahora quien te mantenga.

-No pienso en eso, -respondió la niña.

-¿Pues quién te va a mantener? -le preguntó el Santo.

-No me cuido de ello, -contestó la niña;- que Dios me crio, Dios me mantendrá.

Poco después pasaron el Señor y San Pedro por una casa en que estaban dos ancianos, marido y mujer, trabajando con mucho ahínco.

-¿Por qué trabajáis con tanta ansia y afán, si no tenéis necesidad de ello? -les preguntó el Señor.

-Es preciso -contestaron los viejos- pensar en el día de mañana.

Más valiera que pensaseis menos en el día de mañana y más en la eternidad, y que confiaseis más en la Providencia, -les dijo San Pedro.

Cuando el Señor y su discípulo se pusieron a comer, sacó el primero un platito de su comida, y le dijo a San Pedro:

-Anda, llévale este platito de comida a la niña que confió en su Criador, y dile que nunca le faltará.

Así lo hizo el Santo, y cuando pasó por delante de la casa de los viejos ricos y codiciosos, vio que habían entrado en ella unos ladrones, que por robarlos habían muerto a sus dueños.»

Ya veis, hijas mías, que no tenemos que desconsolarnos. Tenemos a Alonso que mirará por nosotros, y ustedes que saben coser y bordar, se ayudarán con sus manos.

Efectivamente, las niñas, en particular Gracia, cosían y bordaban con perfección.

Parece increíble cómo sobresalen muchas jóvenes en los pueblos en estos trabajos de mano, sin más que su buena disposición y la enseñanza que reciben en las pobres AMIGAS, en que se canta la doctrina en aquel monótono e infantil sonsonete, en el que alternan las grandes que preguntan, y las chicas que contestan; en aquellas Amigas en que aprenden las graciosas relaciones tan naïves, esto es, sencillas y cándidas, que desprecia y rechaza la época, y que se van disolviendo en el olvido. ¡Cuán cierto es que el escepticismo hostil y el racionalismo rastrero traen consigo por primer ayudante el prosaísmo, por primer resultado el desencanto, y por consecuencia la preponderancia de lo material sobre lo espiritual!

¿Qué han adelantado aún los menos apóstatas con su Teodicea, sino anular la revelación, extinguir la fe y crear este gran caos de ideas incoherentes, confusas, alambicadas, incomprensibles y contradictorias? ¡Disidentes! no enturbiéis la fuente que estancó vuestra sed.

El tierno corazón de Gracia había hecho, como ya hemos dicho, del aprecio y del agradecimiento que le inspiraba Alonso, un amor puro, suave, modesto como lo era ella, y tan exclusivo, que todo el universo se encerraba para ella en aquella humilde casita en que habían nacido y habían muerto sus padres, en la que se veía rodeada de su buena abuela, de sus hermanitas y de Alonso. Mas desde la muerte de su padre, este amor, que en ambos jóvenes vivía sentido y no expresado, como música sin palabras, se había declarado a todos con la buena fe y franqueza que existe en estas materias en el pueblo de campo. La última voluntad de su padre había consagrado este amor, y Gracia se apresuraba a acudir a la reja, cuando de noche oía la voz del honrado y feliz Alonso, que llegaba cantando:

Oprímeme el corazón

Verle vestida de negro

Que la sombra de tu pena

A mí me da sentimiento.

¡Malhaya la ropa negra,

Y el sastre que la cortó!

Que mi niña tiene luto

Sin haberme muerto yo.

Capítulo XI.

Un día de otoño estaban en casa de la viuda de Trillo, en el comedor, sentados a la mesa de pino sin pintar, esta señora, el Padre Buendía, Trinidad y Mauricio.

Cubría la mesa una mantelería primitiva, tal cual se ven en posadas y paradores; mantelerías que están mandadas recoger y no se recogen; las que, si son de lino, parecen de punto de aguja, y si son de algodón, pueden servir de cobertores, que pesan sobre las faldas, y lastiman los incautos labios que se les arriman. En eso hacen bien; les dan una lección de elegancia, pues los labios pulcros nunca deben estar en el caso de necesitar servilleta.

Cubría el mantel una abundante comida, bien condimentada, aunque sin serlo a la francesa, ni con elegancia, puesto que la viuda dirigía las hornillas de su casa con el mismo tino certero con el que dirigía su labor.

La loza era de la fábrica nueva de Cartuja, extendida ya y usada en toda la provincia.

La cristalería era una legión extranjera, de variadas edades y hechuras. La plata, buena y pesada; el vino, malo y ligero, y el mismo para todas las botellas, en las que estaba como Periquito entre ellas.

Una nube de tristeza reemplazaba la uniforme calma antes aneja al rostro de Doña Amparo. Tres años había que su hijo Raimundo estudiaba en Sevilla, -al menos así lo creía la pobre señora,- y no sólo no escribía a su familia, ni iba a visitarla, sino que no ignoraba del todo su madre la vida de calavera que llevaba, puesto que en varias ocasiones había tenido que pagar por reclamaciones apremiantes, sumas que, aunque no eran muy considerables, visto el círculo ordinario y mezquino a que había descendido su hijo, eran suficientes a demostrar sus extravíos.

Mauricio, aunque había seguido achacoso se hallaba a la sazón un tanto robustecido, merced a los baños minerales de Chiclana, que le habían prescrito los médicos.

Lo que Doña Amparo con su buen sentido había previsto, se había verificado. Fuese por la natural inclinación que engendra el trato, fuese por el apego, hijo de la costumbre, fortalecido por el convencimiento de que le convenía, Mauricio se había apegado fuertemente a su prima. Menos explícitamente había sentido lo mismo Trinidad, a la que la

ausencia de su primo en su viaje a los baños había dejado un vacío, así en la casa como en la mesa, que la llevó a desear su regreso, a la manera que desean las personas adeptas de lo cómodo y de la uniformidad, que las cosas que se quitan de su lugar vuelvan a ocuparlo.

Así es que, cuando lo dispusiese la viuda, estaban ambos muy prontos a casarse, sin que entre ellos mediasen ni antes ni después palabras de amor, de pasión ni de celos, estimulantes que graduaba Doña Amparo tan innecesarios en los buenos matrimonios, como el de las especias finas en sus amasijos. Y razón llevaba la señora en su sensata prosa; que el puro arroyo corre siempre claro, tranquilo y sereno, mientras apacible y sin nubes está la atmósfera.

El Padre Buendía y Mauricio acababan de regresar de su expedición al principio de este capítulo, y Mauricio refería durante la comida los pormenores y las impresiones de su viaje; que las impresiones están al alcance de todos los que viajan.

Ya había relatado el viajero las maravillas del vapor, que era un estrado metido en un barco, el que andaba como los molinos, por medio de ruedas; las sacudidas que le dio el mar, que parecía una dehesa de agua que nunca se está quieta, ni de día ni de noche, y echa espuma como ojo de jabón. Había contado cómo las casas de Cádiz tenían al menos diez cuerpos, uno encima de otro como torres; y cómo era Chiclana un campesino muy acicalado, con muchos señores de frac y gabán y muchos toros de cuerda, y los primeros con las lenguas tan sueltas, que era fama intercalaban hasta en el Padre Nuestro voces que en tiempo de nuestros padres jamás manchaban los labios de la gente decente.

-Madre, -añadió,- no sabe usted lo mejor del cuento. Una tarde que estábamos durmiendo la siesta el Padre y yo, nos despertó un alboroto que se oía en la calle; nos asomamos al balcón, y vimos que los que lo causaban eran unos estudiantes de la tuna, que venían cantando con guitarra, palillos y pandereta, y traían un séquito de chiquillos que llenaban la calle. Entre los estudiantes los había buenos mozos. Pero, señora, ¡qué fachas! De propósito se habían desgarrado los vestidos y los manteos, que traían terciados. Tenían atravesados los sombreros de tres picos, y las caras más alegres que unas pascuas. Cantaban con sus voces claras y recias como clarines, y muy bien por cierto, estas coplas que se me han quedado impresas:

Cuando un estudiante llega

A la esquina de una plaza,

Dicen los revendedores:

¡Fuera ese perro de caza!

-Anda, vida mía, no comas tomates,

Que ésa es la comida de los estudiantes.

Un pobrecito estudiante

Se puso a pintar la luna,

Y del hambre que tenía

Pintó un plato de aceitunas.

-Anda, vida mía, súbete al tejado,
Verás una vieja peinando un lagarto.

Dirigiéndose al balcón frente al nuestro, al que se habían asomado unas señoras, cantaron:

Si en el libro hubiese damas
Como las que estoy mirando...
Toda la noche de Dios
Me la llevara estudiando.

-Anda niña mía, súbete a la torre,
Mira la veleta, y el aire que corre.

Viéndonos a nosotros, se encaró uno de ellos con el Padre Buendía, y cantó:

¡Caballero generoso!
Denos usted una peseta;
Que tenemos la barriga
Como cañón de escopeta.

Pero quisiera, madre, que hubiese usted visto la cara del Padre cuando el estudiante levantó la suya al presentarle su sombrero, que tomó en la mano, para recoger la moneda. ¿Quién piensa usted que era? ¡Raimundo! Raimundo en persona, que conforme miró y reconoció al Padre, se puso a cantar:

Vamos, compañeros.
Larguémonos presto,
Que en aquel balcón
Esta mi maestro.

Al oír estas palabras, el tenedor y el cuchillo cayeron de las manos de la pobre madre, y un vivo carmín se extendió sobre su honrado rostro.

-¡Mi hijo! ¡Raimundo! -exclamó,- ¡hecho un estudiante de la tuna! ¡rodando por caminos, calles y mesones! ¡viviendo, sin vergüenza ni empacho, de la bolsa ajena! ¿Así se ha avillanado? ¿Así está infamando a su familia por su conducta? ¿Así está perdiendo lo que, una vez perdido, no se recupera: su buen crédito?

Y la pobre madre se echó a llorar amargamente.

El Padre Buendía, que estaba, si cabe, más escandalizado que la señora, y tan avergonzado maestro como ella avergonzada madre, no halló una palabra de consuelo en español; y dijo en latín: «Non pudet ad morem discincti vivere Nattœ». (No tiene vergüenza de vivir como Natta.)

Doña Amparo aseguró que no volvería a ver en su vida a aquel mal hijo que deshonraba a su familia, y que, usando de sus derechos de madre y de tutora, le retiraría la pensión que le daba y que despilfarraba con escándalo. Y como toda persona que tiene la íntima convicción de que obra en razón y según su conciencia, es firme en sus resoluciones, ni el pacífico y condescendiente Padre Buendía, a quien escribió Raimundo para interesarle en su favor, ni otras personas que lo intentaron, pudieron lograr que variase la señora de propósito; de lo que resultó que al cabo de dos meses el hijo pródigo, sitiado por hambre, se cansó, no de guardar puercos, sino de guardar abstinencia, y emprendió la vuelta a sus lares.

Las iras de una madre, por muy mujer fuerte que sea, son tormentas de verano, detrás de las cuales está el sol de la misericordia ansiando por esparcir sus rayos, desde que la lluvia ha ablandado la tierra.

La tierra, que en esta ocasión debía recibir los rayos de misericordia maternos no se presentaba muy blanda. Pero la buena madre le echó otra encima, dio un último, triste y tierno recuerdo a las fanegas de trigo y arobas de aceite que, convertidas en sonantes especies, había echado su hijo en el pozo Airon de su no debatido presupuesto, y sentó a su hijo en la cabecera de la mesa, mediante a un perdón condicional e interino, que concedió la señora al Padre Buendía, que en nombre, pero sin la anuencia de Raimundo, prometió la enmienda.

Todo entró en su lugar. La borrascosa vida de Raimundo hacía pansa, como el viento antes de tomar otro giro.

Doña Amparo decía con satisfacción: «Quien quita la ocasión, quita el pecado; y a puerta cerrada, el diablo se vuelve».

El Padre Buendía exclamaba con el rey David: «Beati quorum remissæ sunt iniquitates». (Bienaventurados aquellos a quienes son perdonadas sus iniquidades.)

Blas, a quien la escapada de Raimundo con los estudiantes de la legua había hecho gracia, al ver una crecida cuenta de botas de charol, aconsejó a su ama que encerrase al señorito en los Toribios.

Conociendo lo difícil que es volver a traer al orden lo desordenado, murmuraba el capataz: «Escoba desatada, persona desalmada... Quieto se está; pero esto es, en los de su calaña, descansar para tornar a beber».

Lo que es las gentes en general, al saber que después de tres años, aparentemente dedicados a estudiar, volvía Raimundo a su pueblo sin un grado siquiera, fueron de opinión que era éste como otro, que zoquete fue a Madrid, y zoquete volvió a venir.

La parte femenina de las gentes le halló muy mejorado de persona, muy airoso y desenvuelto; y cuando volvió a vestir el traje andaluz, que tan perfectamente sentaba a su cuerpo y a su talante, pareció tan bien, que vino a ser el figurín de modas macareno, el conde de Orset de Carmona.

Capítulo XII.

Raimundo había regresado hecho el tipo del insolente. Y para darle a conocer en todo el desarrollo que había adquirido en sus tres años de emancipación, haremos la fisiología del insolente, que es hoy un tipo tan generalizado, que todo el que nos lea pensará que hemos querido retratar a su vecino de la derecha, y copiar al de la izquierda.

El insolente brilló en todas épocas; pero en la nuestra deslumbra y se generaliza como el gas. Ha reemplazado al hipócrita; pues nadie se toma ya la molestia de serlo, desde que no se respeta lo bueno y lo santo. Este respeto a lo bueno y a lo santo originaba en los malos la hipocresía, que llamó La Rochefoucauld un homenaje que rendía el vicio a la virtud. Hoy día el cinismo ha libertado al vicio de todo homenaje, y le ha dicho: «¡Nada de coronas! La gorra; con la cual estarás más a tus anchas. ¡Nada de togas, ni uniformes! La piel de oso. ¡Nada de vara de justicia ni bastón de mando! El zurriago, el látigo. ¡Nada de pulidas ni corteses armas! La porra. ¡Fuera respetos, esos vasallajes morales, relegados a las ominosas épocas del oscurantismo!» Así acontece que el insolente, que encumbra el yo y menosprecia el vos, lleva el cuerpo derecho y la cabeza erguida. Si no es alto, se le figura que lo es; y si lo es, se le figura que es gigante. Si anda unido a otro sujeto, toma por un impulso espontáneo la acera. Cuando encuentra a un amigo, y aunque sea una amiga, y se para a hablarle, él es el que toma siempre la iniciativa de la despedida. Pregunta, no por curiosidad, ni menos para demostrar interés, sino por el gusto de ostentar que ni atiende ni escucha la respuesta. Si se sienta, será el primero en hacerlo, y en el mejor asiento; si es en la mesa, será en el puesto más alto que halle vacante, con preferencia a otras personas de más edad, de más saber, de más categoría, y hasta de más caudal, la más incontestable superioridad en nuestra era positiva.

Si se analizase su derecho a la preeminencia, se hallaría que era éste el ser de él, añadiendo que no reconoce superioridad. Que el rico tiene la suya en la bolsa, el sabio en las academias, el viejo en los consejos; pero que toda superioridad adquirida deja de existir en el trato social, en el que sólo figura la individual, debida al carácter y ascendiente de la persona genuinamente superior, o a la que sabe colocarse de por sí en su puesto; lo que quiere decir: «eso es mío, eso me toca a mí». Por lo cual el insolente lleva a mal que le falten, y lleva igualmente a mal que otros exijan de él que no les falte.

El insolente trata a todo el mundo en su cara con un sans façon en extremo chavacano (a pesar de que por vestir bota charolada y llevar guante nuevo, lo cree en él aristocrático), y a espaldas trata a todas las personas y todas las cosas con un desdén que hiere más que la calumnia. Llama mujeres a las señoras; a las señoritas, muchachas; a las mujeres, tías; a una persona conocida, Fulano; a un título, por su apellido; y así sucesivamente rebaja los tonos de la escala social, representando en ella un enorme bemol. ¡Oh, juventud! ¡Cuándo te convencerás de que es en ti el respeto la mayor prueba de aristocracia moral, de finura, de buen gusto y buen sentir, de pureza, de alma y de corazón, que es el sello de superioridad intelectual, y la que realza y hace amable, mientras que la insolencia rebaja y hace odioso al que lo es!

La insolencia da margen a represalias; y cuando esto sucede, el insolente se echa a reír, tornando en chanzas sus impertinencias; esto es, que hace bailar al oso que antes embestía. Las gentes delicadas huyen del baile, como evitan las embestidas.

Tiene el insolente un repertorio de insolencias groseras, que llama oportunidades y chistes, que desea sean repetidas, lucidas y conservadas en la memoria, como lo son las célebres y entendidas agudezas de un general Castaños, de un Talleyrand.

El insolente tiene para su uso particular unas armas agresivas y ofensivas que le suministraba su osadía, como en los pugilatos ingleses a los luchadores se las proporciona la fuerza de sus puños; armas que a una persona realmente culta y delicada le es tan imposible usar en su defensa, cuando se ve atacada, como difícil sería al armiño revestir las púas del puerco-espín. Consisten éstas en:

Un ksss que silba como una culebra.

Una risa que abofetea como una granizada.

Un desentenderse, interrumpir y contradecir, que ofenden, secan y hostigan como el simoun.

Un ¡qué! que le tira a la cara al más pintado, como un diploma de Juan Lanas.

El insolente está persuadido de que el motor ascendente del hombre es la hostilidad. Y la suficiencia propia y la época que ellos han formado les da razón, siendo hoy las palabras, y no las acciones, las que encumbran al hombre. Derriban por insolencia, y a su vez son derribados por ella.

Siendo las leyes de la finura y de la delicadeza en el trato social realzar a los demás y rebajarse a sí mismo, es evidente que ambas cosas, delicadeza y finura, son para el insolente desconocidas, pues es su tendencia la de realzarse a sí mismo, darse una importancia ficticia y rebajar a los demás. Así es que, creyéndose altivo como un príncipe, es grosero como un patán.

Para el insolente -de que era el tipo Raimundo- no hay respeto de ninguna clase, no hay consideraciones de ningún género; no reconoce obstáculos de ninguna especie a su omnívota voluntad. Al divinizar la insolencia filosófica, el individualismo ha hallado a todas las malas tendencias dispuestas y oficiosas para vulgarizar y poner al alcance de todos su mal espíritu anticatólico, audaz y rebelde.

Raimundo encontró a su prima mudada en mejor; la jaletina había adquirido consistencia. Había embarnecido, se peinaba y vestía con algún más esmero; en fin, sin que precisamente le agradase, dejó de chocarle como sucedía antes. Los diez y nueve años habían ganado la palmeta a los quince, caros a los poetas, pero que en realidad. tienen todavía un pie en la edad que define el prosaísmo, justa pero antipoéticamente, con la denominación de la edad de la chinche.

Entre calavera y hombre positivo no hay, que sepamos, incompatibilidad. En la época nuestra de toda clase de asociaciones, se ven en este género las más heterogéneas. Entre estos nuevos vínculos, -que se forman a medida que se disuelven otros bellos y santos,- se ven los de la vanidad y de la economía, y los del calavera y el hombre positivo. Estas cosas separadas eran tolerables, porque al menos tenían, si no los defectos de sus cualidades, las cualidades de sus defectos. El vano era espléndido; el económico, sencillo y modesto; el calavera, desprendido, el hombre positivo, razonable y ordenado. Hoy día se han unido, como les sucede a los malos, para acabar de pervertirse unos a otros.

Así sucedió que Raimundo pensó que le tendría cuenta casarse con su prima, cuyo caudal en manos de Doña Amparo, del capataz y de Blas Sampayo, había ganado y se había mejorado en la misma proporción que su dueña. Verdad es que estaba su hermano Mauricio de por medio. Pero ¿qué obstáculo era éste para un hombre sin conciencia, sin respetos ni cariño de familia?

Fácil es colegir que el agraciado y currutaco Raimundo suplantaría a poca costa al desairado y doliente Mauricio en la afición de su prima, que si bien no tenía pasiones ni sensibilidad, tenía ojos y amor propio; cosa que ni aún las jaletinas dejan de tener.

Toda esta intriga se tramó pronta y secretamente; y dispensaremos al lector de sus insulsas peripecias, en las que Trinidad siguió el impulso que con más despotismo que cariño le imprimió Raimundo.

Cuando se empezaron a hacer las diligencias para pedir la dispensa a Roma para casarla con Mauricio, y cuando se hallaban reunidos con este objeto en la sala de Doña Amparo el cura, el escribano y la familia, entró de repente Raimundo, diciendo con la mayor calma que se presentaba allí con el solo objeto de advertir que se pusiese en la solicitud, en lugar del nombre de Mauricio, el de Raimundo.

Grande fue el efecto causado por este golpe teatral, ideado por Raimundo para comprometer públicamente a su prima. Había calculado con su perspicaz criterio, que si el asunto se discutía en la familia antes de hacerse pública la decisión, su madre y su hermano tendrían bastante persuasión para convencer a Trinidad de que lo que hacía era una villanía, una inconsecuencia, un capricho injustificable y una mala cruel partida, a que no había

dado lugar, ni era acreedor Mauricio; y que estas sensatas razones tendrían bastante influencia, y poder sobre la inconsistente y blanda índole de Trinidad, para hacerla desistir de su nuevo propósito.

Al oír la perentoria declaración de Raimundo, el escribano se había quedado parado, el cura absorto, el Padre Buendía terrificado; y Doña Amparo, como herida de un rayo, se hubiese quedado muda y petrificada, si en el mismo instante, al agolparse su sangre a su corazón, no hubiese sido Mauricio acometido de una horrorosa hemorragia, causada por el rompimiento de una ignorada aneurisma.

Trinidad se había alejado asustada e inquieta, por el efecto que había causado una cosa que Raimundo le había pintado tan sencilla, como a ella misma, pobre limitada, le parecía. Así fue que cuando Raimundo, sereno e impassible, fue a buscarla, la halló llorando.

Su primer y amable impulso al verla llorar, fue incomodarse, pero lo reprimió, y le hizo notar lo bien restablecido que estaba su hermano, en quien la primera contrariedad producía un vómito de sangre, y que ella habría hecho un desatino sacrificándose a sí misma, si se hubiese casado con semejante valetudinario.

-¡Pero es tan bueno! -dijo Trinidad, en quien el remordimiento despertaba la lástima.

-Cuando estamos enfermos, todos somos buenos, -repuso Raimundo.- Mi madre quiere más a Mauricio que a ti y a mí. Por esto nos quiere sacrificar a ambos a él, en vista de que el egoísmo materno es más feroz mil veces que el personal. Ya que es mi madre tan casamentera, que case a su Benjamín con la Fuente Amarga de Chiclana, que es la que le da la salud.

Mauricio, que había sido siempre uno de aquellos seres tranquilos, cuyas índoles se comparan a aguas mansas y dormidas, había despertado dolorosamente por cuantos estímulos pueden conmover una naturaleza inerte. Su tranquilo amor se alzaba grande e irritado, al verse traidoramente arrebatado a la que amaba, en la que cifraba todas sus esperanzas; pues para Mauricio no existía en el mundo más mujer que Trinidad. La indignación del engaño sufrido, la energía de los celos, la irritación que le causaba su impotencia para impedir su desgracia o castigar la traición, pusieron al enfermo en un estado tan alarmante como cruel.

Que no alterasen su sangre, ni el ejercicio, ni emociones violentas, había sido la primera y más encarecida prescripción de los médicos. Pero ¿cómo procurarle el sosiego y calma moral que requería su estado?

Doña Amparo perdía la cabeza en las extrañas y dolorosas circunstancias que la rodeaban, las que no alcanzaba a dominar su sencillo buen sentido, que hasta entonces tan buen piloto le había sido en su cotidiano círculo de afición.

Como todo alteraba al enfermo, los médicos prohibieron que, a excepción de su madre y del Padre Buendía, ninguna otra persona entrase a visitarle. Mas a pesar de éstas y otras

precauciones, a los pocos días murió el infeliz en los brazos de su madre, ahogada su débil vida en la sangre que a borbollones vertía su corazón.

A los seis meses asistía Doña Amparo, enlutada su persona y enlutado su corazón, al casamiento de su hijo Raimundo y de su sobrina. La buena madre quería persuadir a los demás, y así misma, que estaba contenta; ¡pero no lo conseguía! La mortaja que envolvía el cadáver de su difunto y desgraciado hijo, había envuelto para siempre su vida. En vano procuraba separar en su mente la sangre y la culpa. Veíalos siempre unidos en su fuero interno, y culpaba a todos, a Trinidad, a los médicos, a sí misma, por tal de descargar de la cabeza de Raimundo parte de la responsabilidad que sobre ella pesaba; pues el amor de madre es un sublime sofista. Así es que dice el pueblo, ese recto y justo apreciador de amores: «¡AMOR DE MADRE!... QUE LO DEMÁS ES AIRE».

Capítulo XIII.

Doña Amparo había perdido a un tiempo la energía moral y la robustez física, que la prometían una tardía, sana y activa vejez. Había envejecido y decaído en poco tiempo más de lo que habría hecho en veinte años felices. Movida por su decaimiento, y otras razones, había levantado la mano en todo, así en la dirección de la labor, como en el manejo de la casa. Y si algo le sonreía aún en esta vida, era un nietecito, que al año vino, como vienen los ángeles a las casas; estrechando los lazos de la familia, trayendo consigo el amor, la unión, la esperanza y todos los sentimientos dulces.

Cuando se intentó vestir al niño de corto, procuraron las señoras que viniese una obrera hábil para que lo hiciese con lujo y primor.

Con este motivo, fue requerida Gracia Flores, como la más sobresaliente bordadora y costurera del pueblo.

Ésta vino, traída por su abuela, y se encargó con tanto primor como asiduidad a su faena.

Hallábase instalada con todos los avíos y requisitos de su costura en uno de los corredores cerrados, y en el extremo de éste se hallaba la puerta del comedor.

Un día que, como siempre, se estaba sentada en su silla baja, y como siempre, callada y sin levantar cabeza, acabado de comer que hubieron los señores, Raimundo, al salir del comedor, dio sin causa ni razón tal puntapié a un pobre perro de la casa, que estaba acostado en el corredor, que el animal prorrumpió en lastimeros quejidos.

Al oír aquellos aullidos, Gracia, compadecida, levantó la cabeza, saliendo involuntariamente de sus labios una exclamación de lástima.

Raimundo volvió la cara y la miró, y quedó sorprendido.

Gracia, sencillísimamente vestida con un traje liso de tela de algodón lila, con un pañuelo de seda de la India, a cuadros, fondo carmelita, con su magnífico cabello, primorosamente alisado y sencillamente recogido, tenía una belleza tan cumplida y tan grave, que el verla causaba una admiración profunda y prolongada.

Así fue que por un rato calló Raimundo; pero de repente, sonriendo a un recuerdo, exclamó:

-¡LA ESTRELLA DE VANDALIA!

Gracia volvió a bajar la cabeza con la misma austera gravedad con que la había levantado, y siguió cosiendo, sin que desplegase sus labios ni palabras ni sonrisa.

-Tú eres sí, tú eres -prosiguió Raimundo, acercándose a ella- la que llorabas por las flores que jugando te destrocé. ¡Qué hermosa te has puesto! Si hoy te murieras tú, las flores todas serían las que llorarían por ti.

Gracia no levantó la cabeza, ni contestó.

-Mírame, Gracia, -dijo Raimundo,- que recuerdo que Gracia te llamabas, aunque mala la tienes conmigo. ¡Y qué! ¿Me guardas aún rencor? ¿Por qué no contestas?

Gracia estaba sobre ascuas. Toda la repulsa que había inspirado a su dulce y delicada índole cuando niña aquel muchacho osado e insultante, surgía más enérgica y angustiada bajo la mirada audaz de aquel hombre.

Las mujeres delicadas y castas tienen instintivas antipatías hacia ciertos hombres que las profanan sólo con mirarlas. Las naturalezas elevadas se encogen en la cercanía de las naturalezas bajas, porque las presienten.

-Mucho me haces esperar tu respuesta, -añadió Raimundo, viendo que Gracia no contestaba.- ¿Será para retenerme?

-No estoy acostumbrada a gastar conversación con señoritos, -respondió la acosada Gracia.- Así, dispéñeme usted que no le responda.

-Cuando se es tan hermosa como lo eres tú, -replicó Raimundo,- se tienen las llaves del sacristán. Así, no me ofendo, aunque lo que me das se llama un tapaboca. Pero si no estudias para monja, compláceme en levantar la cara; que te prometo no hacerte mal de ojos.

Gracia ni contestó, ni levantó la cabeza.

-Mira que te pasas de esquiva, y llegas a huraña. Dime: ¿te ha dado Dios la hermosura para que te avergüences de ella? Vamos, alza la cara, a fin de que yo la mire; no temas a mi vista, que no soy basilisco.

-Señor, me estáis mortificando, -repuso Gracia, fatigada por la insistencia de Raimundo.

En este momento se oyó la voz de Doña Amparo.

-¡Que te mortifico! -dijo exasperado y precipitadamente Raimundo.- ¡Pues ahora empiezo! -añadió, con esa mezcla de crueldad que ponía en cuanto hacía y en cuanto decía.

Y así sucedió. Porque desde aquel día Raimundo, primero con la tenaz voluntariedad del indómito, y después con toda la pasión de un carácter enérgico y violento, siguió persiguiendo a Gracia, exaltándose su amor por los mismos insuperables obstáculos que hallaba en las graves y decididas repulsas de Gracia.

Aunque la pobre huérfana huía cuidadosamente las ocasiones de estar sola con su perseguidor, no siempre le era posible evitarlas.

-Gracia, -le dijo éste un día,- ¿con que decididamente... me desprecias?

-Señor, -contestó ella,- lo que hago decididamente es ser honrada y no dar margen ni oídos a palabras, que serían atrevidas en un hombre soltero, y que son criminales en un hombre casado.

-¿Y porque soy casado no me quieres?

-Aunque fueseis soltero no os querría.

-Pero ¿por qué? ¿Se puede saber? -preguntó irritado Raimundo.

-¡Válgame Dios, señor! ¡Qué manera de apremiarme! ¿No tiene acaso su voluntad libre el pobre como el rico? ¿Impónese la voluntad? ¡Dejadme... por Dios! ¡Dejadme!

-No puedo, Gracia, no puedo. Quiero que me quieras, como yo a ti te quiero. Y cuenta que está por ver que lo que yo haya querido no lo haya logrado. Para Raimundo Trillo no hay imposibles.

-El mar es bravo, señor, y la humilde arena lo para, -repuso con modesta firmeza Gracia.

-Serás mía, -recalcó Raimundo.

-¡Antes muerta! -repuso Gracia.

-¡Y no de otro; yo lo juro! -añadió con violencia Raimundo.

-Señor, -respondió Gracia, cuya voz temblaba de indignación,- Dios puso la impotencia del hombre como dique a sus desbarros. Pero yo no volveré a esta casa, en la que se ofende y amenaza a una pobre honrada, no porque se la ama, sino porque se la desestima, en vista de que el lenguaje que gastáis no es el del amor, sino el del desprecio.

-Ves desprecio donde hay amor, porque no sabes sentirlo, -repuso Raimundo.- Gracia, correspóndeme, y te juro y afirmo de no amar a otra que a ti. La necia de mi mujer no puede estorbarte. Pero si así lo hiciese...

-Señor, quien en esta casa estorba soy yo, -dijo Gracia levantándose;- aquí soy yo la piedra del escándalo, y antes que éste se aumente y se divulgue, debo cortarlo de raíz.

Gracia dio por pretexto a las señoras para dejar de venir el que los males de su abuela no la permitían llevarla y traerla, y no volvió.

Como se podrá colegir por las muestras que hemos dado, no era por cierto Raimundo un amante fino, pues lo fino se va extinguiendo hasta en el que por su esencia debía ser su último santuario; pero para la insolencia no hay santuarios. Dice un autor francés, M. Edmond About, hablando de su país, del que con tanta propiedad ha dicho Masegosa que sirve de modelo a todas las pasiones revolucionadas: «El payo caballero es un tipo ridículo de otras épocas: en cambio tenemos en la nuestra el del caballero payo». En España tenemos ahora la ventaja de disfrutar de ambos tipos a la vez. ¡Nuestra época no es estéril, no; es fecundísima en todo: en obras, en pensamientos, y sobre todo... en palabras!

Capítulo XIV.

Eran las doce de la noche. Todo estaba silencioso e inmóvil, cual si hubiesen dejado de existir a un tiempo el ruido y el movimiento. Miraba la luna a la tierra de lleno y tan tristemente, como miraría una suave y solitaria anacoreta un campo de batalla después del combate.

Gracia estaba en su reja, aguardando con alguna inquietud a Alonso, que tardaba; y aún cuando éste llegó en breve, su inquietud no se disipó, sino mudó de causa, porque contra toda su costumbre, lo halló triste y preocupado.

-¿Qué tienes, Alonso? -le preguntó con su suave voz.

-Nada, -contestó el interrogado.

-Me engañas y me afliges, Alonso.

-¿Por qué te aflijo?

-Porque me quitas una creencia; y cada creencia que se pierde, es una flor del corazón que se aja, -repuso Gracia con su poético sentir y su culto lenguaje; porque hay seres privilegiados que tienen la cultura en su pensar, instintiva, y la tienen en la expresión por intuición.

-¿Y cuál es esa creencia que tenías, y que te quito yo? -preguntó Alonso, que era todo lo bueno, lo noble y lo delicado que es dable, sin salir de su esfera sencilla y campesina.

-La que tenía de que entre tú y yo no era posible que cupiese engaño.

-Pues si quieres que te diga la pura verdad, -repuso Alonso,- hace días, Gracia, que me da el corazón golpes que me sacan de tino. Y has de saber que decía mi abuela que los golpes del corazón son avisos.

-¿Y qué crees tú que puede avisarte? -preguntó ella.

-Mira, Gracia, desde entonces se me ha clavado en el pensar que, valiendo tú más que yo, yo no te merezco, y que no has de llegar a ser mujer mía.

-¡Que yo valgo más que tú! -exclamó Gracia con expansión y sinceridad.- ¿Quién, quién, dime, vale más que tú?

-Gracia, no se me oculta que mi persona es ruin.

-Alonso, los hombres no valen, ni se quieren por la talla. Además, la bendición de mi padre te hace a mis ojos más alto que hombre ninguno.

-Tú en cambio, Gracia, -prosiguió Alonso,- eres la muchacha más bonita de Carmona.

-Calla, Alonso; deja las lisonjas a los que no tienen amor.

-No son lisonjas; es la pura verdad. Hoy lo decían todos en la tienda, y Antonio Pérez, el oficial mayor, refirió que eso mismo dicen los señoritos, y que D. Raimundo Trillo (pillo, debería decirsele) te había puesto por nombre la Estrella de... qué sé yo que estrella; la que está pintada en los blasones de la ciudad, en esos blasones que le dieron sus moradores remotos a este pueblo. Y otras cosas decían; pero por aprender ésta de la Estrella, las otras las dejé ir.

-Alonso, -dijo Gracia, disimulando la cruel mortificación que le causaron las palabras que oía,- ¿quién hace caso de las burlas y vaciedades de los señoritos ociosos, que, no teniendo en qué pensar, se divierten y pasan el tiempo con palabras vanas?

-¿Quién hace caso? -exclamó el honrado Alonso.- ¡Caramba! Yo, que no quisiera que los tales señoritos pusiesen los ojos, ni menos tomasen en boca, ni para mal ni para bien, a la que ha de ser mi mujer. Y menos que ninguno ese señorito Raimundo, que es más malo

que cuantos Barrabases pagan sus culpas en gayola; y como ha estudiado, es un ideísta del demonio.

-Alonso, ¿no sabes que es casado?

-Verdad es; pero tan buen marido es como fue buen hermano.

-No murmures, Alonso.

-No murmuro; digo la pura verdad. «No la hagas, y no la temas. -Quien oculta o disculpa lo malo, no sirve a la caridad, sino al pecado.- La pura verdad no la ataja Dios, porque no quiere; ni el diablo, porque no puede. -El que hizo lo de Caín, podrá hacer lo de David.» Yo no quiero que vuelvas allá a coser. ¡Ojalá... y que nunca hubieras ido!

Ha días que no voy, y que me traigo a casa la costura.

-¿A que ha sido porque te requebró ese mal nacido?

-Fue porque abuela se puso mala, y no podía llevarme y traerme.

-¡Bien hecho, Gracia! Y no salgas más de tu casa; que estarse en su casa es honestidad. Y bien sabes que siempre se ha dicho:

En el cielo no hay faroles,
Que todas son estrellitas.
¡Qué bien parece, señores,
La honestidá en las mocitas,
Y la razón en los hombres!

-Pues ya ves, Alonso, -repuso Gracia,- que si enseña la copla la honestidad a las mocitas, enseña también la razón a los hombres. Y es carecer de ella dejarte perturbar por habladurías de casquivanos.

-Pero hay más, Gracia, para meterme una devanadera en los cascos y un gusano en el corazón. No me parece que estás contenta ni satisfecha. Muchas veces te veo llorar.

-¡Siempre que hablamos de mi padre!

-Nunca te veo reír.

-Verdad es que me río poco. Alonso, tenemos dos ojos para llorar, y sólo una boca para reír. Así como no tenemos sino un corazón solo para amar, en el que no cabe sino un solo amor.

-¿Me quieres de veras? -preguntó Alonso conmovido.

-Todo lo que hago es de veras. Si no fuera por lo que te quiero, Alonso, entraría en un convento, que es donde en la tierra se está más cerca del cielo.

-¿De verdad? -exclamó Alonso.- Y si yo me muriese, ¿te entrarías monja?

-Tan cierto como lo es el que tú eres el solo hombre que he querido y el solo que querré.

-Gracia, -dijo Alonso con todo su corazón,- bien sé que dicen que yo no te merezco. Pero tan fijo como hay Dios, que menos te merecen ellos. Gracia, casémonos pronto, porque me parece que mientras estés moza, has de andar en boca de esos guardacantones de las esquinas.

-¡Si aún no están las cosas prevenidas, Alonso!

-¿Qué le hace? ¿Qué cosas hay que prevenir para que entre yo con mi jornal en esta casa de huérfanos y desvalidos, y que se sepa que ya no lo sois? Habla con tu madre Juana, y verás como dice lo propio que yo; y mañana mismo empiezo a sacar los papeles y a menear la cosa.

Así sucedió, y el domingo siguiente se corrió la primera amonestación.

Raimundo lo supo, y nunca pudieron la combinación de tan varias y violentas pasiones crear una ira desesperada como la que se apoderó de él. Mas en vano buscó la ocasión de desahogarla; en vano quiso hallar el medio de impedir esa boda que le desatinaba, y que se juraba a sí mismo, como lo había hecho a Gracia, que no se verificaría. Alonso seguía modesto en su perpetuo trabajo. Gracia encerrada en su puro y austero hogar; inútilmente rondó aquel casto nido de humildes palomas. A nadie vio, de nadie pudo dejarse oír.

Así pasó la semana.

El domingo siguiente, que debía leerse la segunda amonestación, Raimundo se levantó antes del alba, se envolvió en su capa, y se puso en acecho en la esquina de la calle donde vivía Gracia.

Lo que había previsto, sucedió. A poco salieron de su casa Gracia y sus hermanas para oír la primera misa. Por desgracia, aquel día la pobre anciana estaba indispuesta, y no acompañaba a sus nietas.

Raimundo les salió al encuentro; Gracia retrocedió sobrecogida.

-Una palabra, Gracia, -dijo Raimundo con voz sosegada;- una palabra, Gracia. Es para un encargo de mi mujer.

Las dos hermanas menores, sin malicia, e ignorantes de lo que oculto había quedado entre Raimundo y Gracia, siguieron adelante.

-¿Te casas? -dijo éste cuando estuvo a su lado en quedas, pero profundas y recaladas palabras.

Gracia contestó con un sí sereno, modesto, pero decidido.

-¡No te casarás! -repuso temblando de ira Raimundo.

-¿Por qué?

-¡Porque yo lo impediré!

-Dios sólo puede impedirlo, -contestó indignada, pero siempre serena, Gracia.

-¡Y yo, te digo!

-¿Quién os da ese derecho, y cómo hallaréis los medios?

-El derecho me lo tomo; el medio será cerrar con tiempo y para siempre los labios al que se atreviese a decir sí a la pregunta de si te recibe por esposa.

Gracia retrocedió aterrada, y nunca efígie alguna representó cual ella, a la VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

Es cierto que el semblante de Raimundo asustaba.

La ira, que no se advertía ni en su voz, pues hablaba quedo, ni en sus ademanes, pues estaba inmóvil, se notaba en sus ojos, que ardían cercados de negras ojeras, y en su semblante, que parecía solemnizar esa palidez de cadáver, que a veces usurpan a la muerte el furor y el espanto en sus paroxismos.

-¡Amenazas!...-exclamó con desfallecida voz Gracia.

-Que cumpliré, aunque pierda mi alma. ¡Tú unida a otro! No sucederá en mis días. ¡Desprecias mi amor y te crees por eso libre de mí!... Pues entiende que no lo estás.

-¡Señor, por Dios! ¿Por qué no soy libre?

-¡Porque no se puede inspirar pasión tal como la que por ti siento, y desoír!a!

Las hermanas de Gracia, viendo que ésta se detenía, retrocedieron y se incorporaron con ella en este instante, y Raimundo se alejó.

El efecto que esta escena causó a Gracia fue terrible; pero en toda la semana que siguió, se fue borrando su impresión. Considerada la amenaza de Raimundo a la serena luz de su razón, le parecieron bravatas efervescentes y vanas de enamorado, dichas sólo por ver si la retenía de casarse, pero que no podían ser premeditados, ni menos cumplidas. Y acabó por

culpase a sí misma de crédula y pusilánime, y de que acaso daba ella más importancia a estas amenazas de la que les diera el mismo que las pronunció.

Al siguiente domingo fue Gracia a misa con su abuela, y a hora que estaban las calles concurridas; y en este día se corrió la tercera amonestación.

Debiendo pasar las veinticuatro horas prefijadas, para meditar entre éstas y el casamiento, se dispuso su celebración para el lunes en la noche.

En la del domingo acudió, como siempre, Alonso a la reja.

-¡Qué despacio viene el día de la boda!- le dijo a Gracia.- Sobre que parece el tiempo, en su andar, una babosa.

-No arrees el tiempo, Alonso, -contestó ella.- ¡Quién puede saber lo que trae consigo!

-Trae la boda nuestra. Pero tú estás tan parada, que parece no la deseas.

-¡Temo desear, Alonso!... Que los deseos a veces espantan las cosas que quieren venir con sosiego y sin repiques.

-Ello es que tú no estás alegre, Gracia.

-No; pero estoy contenta... que es mejor.

-¿Y por qué?

-Porque la alegría tiene alas, y el contento tiene asiento.

-¡Tú tienes mucho sentido, Gracia! Pero yo, aunque con peores explicaderas que tú, te diré que el contento, cuando es mucho, se vuelve alegría.

Fuese Alonso, y Gracia se recogió a su alcoba. Halló aún a su abuela levantada y ocupada en algunos preparativos de la boda.

-Hija, acuéstate, -le dijo la anciana,- que tienes que levantarte temprano para ir a confesar y pedir a Dios que sigas cumpliendo las obligaciones de tu nuevo estado, tan bien como has cumplido las anteriores.

-Dios me quita el mérito en cumplirlas, haciéndomelas tan dulces, madre Juana, -contestó Gracia.

En este momento sonó un tiro. Gracia y su abuela se arrojaron a la sala y a la ventana, que abrieron. La calle estaba desierta y silenciosa.

-¿Le parece a usted una gracia el descargar una escopeta a esta hora? -dijo cerrando su postigo la vecina de enfrente, que se había asomado también a su ventana.

-¡Cosas de chavales! -respondió la anciana.- Gracia, hija mía, vámonos a acostar.

Gracia la siguió y se acostó, pero sin que se sosegasen los violentos latidos que en su corazón produjo la explosión siempre siniestra de un arma de fuego.

Un pensamiento que graduó de insensato había atravesado su mente, rápido, fulgurante, aterrador, como un relámpago. Y no pudo conciliar el sueño, a pesar de que repetidas veces oró:

¡Oh, JESÚS, mi dulce Dueño
Y REDENTOR de mi alma!
¡Dadle a mis ojos el sueño,
Y a mi corazón la calma!

A la mañana siguiente, de madrugada, se levantó la anciana para traer de la plaza los comestibles que habían de preparar para la cena de la boda. A alguna distancia de su casa, y en una encrucijada, vio, a pesar de lo temprano de la hora, gentes arremolinadas. Apenas se acercaba, cuando destacándose del grupo una mujer, se vino a ella, y le dijo con la brusca franqueza del pueblo:

-Tía Juana, ahí está un muerto; ése le mató el tiro que anoche sonó. Le ha atravesado la cabeza de sien a sien, debió caer sin decir Jesús, pues nadie de los vecinos ha oído otra cosa mas que el tiro... ¡Y es el novio de su nieta de usted, Alonso! ¡Qué dolor de mozo!

Al recibir, cual otro tiro, esta nueva, la pobre anciana quedó trastornada; se sintió desfallecer, y hubo que llevársela entre dos a su casa.

Al verla entrar, Gracia lanzó un grito agudo.

-¡Alonso es muerto! -exclamó- ¡El tiro de anoche le mató!

-Pero criatura, -preguntó una de las vecinas que sostenían a la anciana,- ¿quién te lo ha dicho?

-¡El corazón... que no miente!

-¿Y quién que fuese aquel tiro?

¡El corazón... que no engaña! -respondió la noble criatura, que aún en medio de su desesperación, retuvo con generosa prudencia lo que hubiese podido comprometer al infame que sabía ser el alevoso asesino del compañero que tanto amaba.

La noche antes había entrado Raimundo tarde en su casa; venía embozado hasta las cejas, y no se desembozó sino después de entrar en su cuarto, que cerró con llave. Entonces arrimó a la pared una hermosa escopeta de dos tiros, con la que solía ir a cazar.

-¡Uno bastó! -murmuró.- Tengo la mano certera. Pero si un tiro hubiese marrado, otro quedaba en la escopeta... y firme la voluntad!

Raimundo apagó su luz, y se echó sobre su lecho. Un rayo de luna que descendía de una ventana alta cayó de lleno sobre la escopeta, aún negra del tiro. Un pensamiento pareció ocurrírsele a Raimundo, pues de repente se levantó, cogió la escopeta, salió de su cuarto, subió con precaución al granero; en seguida, trayendo una escalera de mano, la sacó al tejado, la arrimó a la torre de que hemos hecho mención, cuya escalera de material se había desmoronado, la apoyó en la pared, tomó la escopeta, subió, y la tiró en aquel abandonado mirador. Al oír el golpe que dio al caer, una multitud de pájaros nocturnos y de mal agüero levantaron el vuelo graznando lúgubrementemente.

Capítulo XV.

Hay personas cuyas conciencias están oprimidas por graves pesos, y hasta por losas sepulcrales, ¡y se las ve llevar un semblante sereno, hablar y aún reír!

¿Es acaso que se ha borrado de su memoria su culpa?

No. Es que son pocas las naturalezas vigorosas que, bueno o malo, pueden sostener un mismo templo y conservar una misma impresión. Algunas hay o ha habido, es verdad.

Pero los conventos de los Rancés y Franciscos de Borja, las casas de locos y el suicidio, han sido el amparo de las naturalezas elevadas, de las medianas y de las descreídas que no han podido hallar la calma de la debilidad, que es el indolente descuido, el que encubre, aunque no borra, lo que el remordimiento o el pesar estamparon en el corazón con lágrimas o con sangre. Obsérvese al que abriga la convicción de su maldad, aunque sea esta oculta. Por distraído que se halle, dedicado a intereses generales, si por casualidad viene a tocar una palabra, una alusión, una referencia aquel recuerdo desatendido, aquella cuerda aflojada, se verá la instantánea sombra que oscurece su semblante, se oirá decaer su voz, poco antes recia y decidida, y su mirada huir de la de los demás, temiendo que por ella se trasparente el oculto pensamiento que en su mente ha surgido.

Oírsele a veces retar a la conciencia con el cinismo del árido despecho. La conciencia, cual un reloj que obedece sólo a su propio impulso, no contesta a su reto, pero sigue su uniforme y constante golpeteo para sonar a su hora señalada. Pídale el pecador a Dios que esta hora le halle con vida y con voz para clamar: «¡Misericordia!»

Uno de estos retos que daba Raimundo a su conciencia, era éste: El deshacerse de su enemigo es un derecho natural; la sociedad se le otorga, y le hace ley; las naciones le adoptan, le llaman gloria en sus guerras; el individuo le consagra en sus desafíos, y le llama honra. Sólo la Religión dice: «No matarás»; como dice otras muchas cosas muy buenas y santas, pero poco practicadas.

¡Y no obstante!... quien hubiese visto a Raimundo algunos años después de la catástrofe que hemos referido, y cuya causa y autor habían quedado ocultos, no le hubiese conocido. Su manera petulante había desaparecido; su vida bulliciosa y aventurera había cambiado. Aislado, taciturno, brusco, irritable, hostil a toda cosa y a toda persona, en particular a su mujer a quien odiaba, había llegado a ser un ente tan mal visto como temido.

Es cierto que Raimundo era muy desgraciado, y que esto le agriaba; pues sólo las personas que no han hecho mal a nadie, y sí todo el bien que han podido, tienen el excelente privilegio de no agriarse en la desgracia. Lo que verdaderamente agría los caracteres son los remordimientos, esa convicción interna de la culpa y de la maldad, que se desfogan en hostilidad, en descontento de otros y de nosotros mismos, como lo hemos hecho observar en otra ocasión.

Raimundo hacía ostentación de desdén y de indiferencia. Su madre había muerto, sin que una señal de cariño y de dolor por parte de su hijo hubiese dulcificado sus últimos momentos, y sin que éste hubiese vertido una lágrima sobre su sepultura. Había dejado salir de su casa al anciano pariente, al amigo de su madre, al respetable religioso, que con tanta paciencia y bondad había sido su maestro, cuando obtuvo el curato de una miserable aldea, sin procurar retenerle, sin sentir su ida, sin echarle de menos. Hacía alarde de dicha indiferencia y desdén hacia su mujer, como si le fuese en todo inferior; como si quisiese abrumarla con la cadena que a él mismo tanto le pesaba. ¡A este estado de acerba desgracia le habían traído sus pasiones desenfrenadas, esas calenturas de la humanidad, con frenesí y delirio, que la destruyen!

La sola flor que perfumaba aún el devastado y seco corazón de aquel hombre, era el apasionado amor que tenía a su hijo. Aquel niño era la única sonrisa de su triste y adusta vida, la única esperanza de su árido y negro porvenir, la única estrella que lucía en el cielo de su amor, en el que había brillado la ESTRELLA DE VANDALIA, desaparecida a su vista para siempre, absorbida en el gran sol de vida, la religión, en que había entrado.

Gracia había logrado entrar en el convento, ese asilo de la inocencia y de la desgracia, ese amparo de débiles, esa grey de desvalidas que se agrupan humildes alrededor del altar, para pedir a Dios protección, y a los hombres únicamente olvido! ¡Y este rebaño de inofensivas reclusas se ven atacadas y perseguidas en su institución! ¿Puede esto creerse? Anticatólicos, ¿acaso os pesa no haber contribuido o contribuir a que estas santas vírgenes aumenten la horrorosa falange de prostitutas que de otras habéis formado?

Pero Dios vela sobre ellas, y ha puesto como guarda, a las puertas de esos santos asilos de inocentes desvalidas, la opinión pública, tan compacta e imponente, que os hace retroceder y bajar los ojos.

En este refugio respetado había huido Gracia de la infame pasión adúltera, que había perseguido y amargado su existencia; en esta clausura -inviolable mientras haya quien sostenga aunque sólo sea la equidad profana- había ido la infeliz, víctima del despotismo de un amor odioso y criminal, a llorar su soledad y desgracia; allí, que era donde podía permanecer pura y virtuosa, sin persecuciones osadas y criminales.

Raimundo, pues, vio su atentado sin más resultado que el de satisfacer sus celos. Mas esto sólo le hubiese bastado para cometerlo.

Trinidad era infeliz, y cada día se empeoraba y se agriaba más su carácter con la intolerable existencia que le hacía sufrir su despótico y acerbo marido.

Contaminada por la constante hostilidad y contrariedad que hallaba en él, mientras más crecían los extremos que éste demostraba a su hijo, más disminuían los de ella; porque las personas contrapuestas acaban por someterlo todo al espíritu de oposición. Esto, ¡quién no lo ha notado con dolor!

Como ya no se divertía Raimundo con sus amigos, como su interior doméstico le era insoportable, como, en fin, todo le era odioso, pasaba largas temporadas en el campo, dedicándose a las tareas agrícolas, buscando en esta actividad material alguna diversión a la interna.

En estas excursiones llevaba siempre a su hijo, que crecía alegre, robusto y hermoso, y tan travieso y sobre sí, merced a lo que él le consentía, que su madre, no pudiendo sujetarle, siempre veía partir con gusto tanto al hijo como al padre.

Un día que había ido Raimundo al campo sin su hijo, regresó luego por el ansia de verlo.

Apenas se apeó del caballo, cuando preguntó por el niño; pero no pudiendo satisfacer los criados a su pregunta, entró en el cuarto de su madre a preguntar por él.

-¿Qué sé yo? -contestó Trinidad a su pregunta.- ¿Acaso le puedo yo sujetar? Estará en el corral con la cabra, o en el jardín buscando nidos de pájaros.

-¿Es ese -exclamó su marido- el cuidado que tienes con tu hijo? No sólo eres cuerpo sin alma, pero cuerpo sin corazón.

-¡Mire quién habla de corazón! -repuso exasperada Trinidad.- ¡El hijo, el hermano y el marido modelo!

-¡Soy buen padre... y basta!

-No basta, no basta, -repuso su mujer.

-No quiero sino a mi hijo, -prosiguió Raimundo,- porque él sólo se lo merece.

-Pues permita Dios -exclamó desesperada Trinidad- que ese amor te cueste todas las lágrimas que tú has hecho derramar a los que te han querido.

En este momento sonó un tiro.

Raimundo se estremeció hondamente.

-¿Qué es esto? -preguntó, saliendo al patio, a los criados que allí se habían reunido, alarmados por la explosión.- ¿Quién en mi casa ha disparado ese tiro?

-El tiro ha sonado hacia la torre, -dijo el capataz.

Raimundo levantó la cabeza: una lívida palidez se extendió sobre su rostro. Había visto en el tejado, arrimada a la torre, una escalera de mano, tal cual en la noche de funesta recordación la había puesto él, para ocultar allí a sí mismo y a los demás el instrumento de su crimen! La escopeta tenía dos tiros: uno había bastado a su intento; otro quedaba en el cañón... El niño buscaba nidos de pájaros, y éstos abundaban en la torre... Todos estos pensamientos unidos pasaron a la vez como roja exhalación por su estremecida mente.

-¡Mi hijo! -gritó, precipitándose cual el huracán hacia la escalera, subiendo al tejado y trepando por la escalera de mano.

En el suelo del mirador yacía el cadáver de un niño en un mar de sangre, y a su lado se veía la escopeta de su padre... negra como la culpa, inflexible como la justicia, certera como la expiación.

Epílogo.

Poco sobrevivió Raimundo a su hijo.

Si en el tiempo que aún vivió sufrió su dolor, agrio y seco como castigo infructuoso infligido por el Destino, a estilo pagano, o si lo llevó mansa y resignadamente como expiación, según el espíritu y la fe cristiana, Dios, su confesor y él lo sabrán.

Pero piadosamente pensando, como dice nuestra hermosa frase familiar, conjeturamos que Dios no pronunció su terrible fallo de justicia distributiva, sin darle su doble misión de castigar lo pasado y mejorar lo venidero para el contrito sumiso. Y son pocos los cristianos que en los momentos supremos de temor, de desamparo y de dolor, no levantan su corazón a Dios, implorando del cielo el socorro, el amparo y el consuelo que no pueden hallar en la tierra.

La noticia de la fúnebre catástrofe penetró las paredes del convento en que estaba Gracia.

Ella fue la sola que vio patente el dedo de Dios en el trágico suceso; y con renovado fervor oró por vivos y muertos, por amigos y enemigos, por el descanso de los buenos y la conversión de los malos, repitiendo cada día con más dulce convicción:

¡Dichosa el alma que en sagrado anhelo
Desprecia los engaños de esta vida,
Por sólo una verdad... que es la del cielo!

FIN.

¡Pobre Dolores!
Capítulo I.

Entre Sanlúcar de Barrameda, que despide al Betis, y la pulida Cádiz, que se abre paso entre las olas, como para ir al encuentro de sus escuadras, en una saliente elevación de terreno, se ha asentado Rota, pueblo que, aunque tranquilo y modesto, es de noble y antiguo origen, como lo atestiguan la historia y su magnífico castillo perteneciente a los duques de Arcos, tan bien conservado y tan cuidado... que han pintado sus rejas de verde: Los seculares cantos sillares que forman los robustos muros del castillo, y el fresco verde casero con que han cubierto sus sólidas rejas, forman no sólo un contraste, sino una disonancia que las personas entendidas y de buen gusto comprenderán mejor de lo que nosotros pudiéramos decir.

Hacia el lado que mira al Sudoeste, esto es, el que hace frente al Océano Atlántico, el elevado terraplén en que se asienta el pueblo desciende abrupta y perpendicularmente desde una gran altura hasta la playa. Ésta presenta el uniforme aspecto que da el contacto del mar a la tierra que lame; muertas arenas alternativamente bañadas y abandonadas por las olas, en las que se busca con indistinto ahínco algún curioso secreto del mar lanzado de su profundo seno, algún triste vestigio de un ignorado y solitario naufragio, pero en las que sólo se hallan inocentes y lindas conchitas; algunas estrellitas del mar, que perdieron su luz con la vida; espumas que, arrojadas por las olas que les dieron ínfulas y brillo, decaen mustias y deslustradas; pesadas y transparentes aguas malas metidas en su masa de flema cristalina, como la yema del huevo en la clara, pobre pólipo que no se sabe si está vivo o está muerto, porque en él tan inerte es la vida como la muerte; algún torpe cangrejo que alza su deforme mole sobre sus delgadas patas, para correr con el esfuerzo y desmaña del lisiado, que se vale de sus muletas; gran cantidad de algas, que escupen a la tierra las olas que las desdeñan; algún pedazo de cordel o de servida madera, que no son pavorosas ruinas

de barcos, sino sencillamente sus desechos, y un lindo arabesco que dibujan en la tersa arena las finas huellas de las gaviotas; esto es de lo que se componen esas playas que engarzan a España; campo neutro que no adorna la tierra y que no cubren las olas, siendo así suelo sin flores y cama de mar sin perlas.

A la izquierda del pueblo se entra el mar a pasear por la tierra, formando una ensenada, que haría un buen puerto a no tener tan poco fondo, que en la baja mar se queda en seco, y presenta una ancha extensión de negro y pedregoso cieno.

Cuando crece el mar, llega hasta las casas, guarnecidas de sus embestidas por una valla natural de piedras, contra las que baten y se agitan con violencia sus olas, como las pulsaciones de un corazón oprimido.

En la punta del triángulo que forma el pueblo está el muelle, y en él los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres a Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos, que van al encuentro de los ricos huéspedes de la bahía de Cádiz, para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Lo apartado que está Rota de todo camino, no siendo tránsito para ninguna parte; lo incomunicado que se halla con otros pueblos; sus ningunas pretensiones y lo poco que figura, le dan un sosiego y una índole tranquila y patriarcal poco común, sobre todo en puertos de mar.

Un pueblo campestre, sosegado y tranquilo, asentado a la orilla del mar, que le aturde con su gran e incesante ruido, que le distrae con su inquieto y continuo movimiento, semejante al del siglo en que vivimos, y al que surcan atrevidos barcos, cada cual con su distinto gallardete, ya empujados, ya contrarestados por las olas y las corrientes, como los hombres que actúan en la época presente; un pueblo en estas condiciones, nunca ha podido completar para nosotros el ideal de lo campestre. Simpatizamos más aquel que por horizontes sólo tiene sus campos de trigo y sus olivares, por ruido únicamente el canto de sus pájaros, el cacareo de sus gallos, el murmullo de sus árboles y el toque de su campana, y que por vecino más cercano sólo tiene otro pueblo a quien llama compadre.

La mar y la tierra son contrapuestos, como lo son lo tranquilo y lo agitado, la estabilidad y el movimiento, la seguridad y el peligro; como lo son lo que produce y lo que destruye.

No obstante, difícil sería hallar otro lugar más pacífico que Rota, y que tuviese habitantes más laboriosos e industriosos en agricultura, que es la industria genuina del país.

Todos los roteños tienen su tierra propia, que cultivan; porque hay pocos labradores en escala grande. La uva, el melón, la sandía, y toda clase de legumbres, que son siempre tempranas y muy buenas, constituyen sus principales ramos de cultivo. Entre éstas sobresalen, por su tamaño, cantidad y buena calidad, las calabazas y los tomates, cuya abundancia ha valido a los roteños el apodo de tomateros; así como es igualmente notable la enorme cantidad de canastos puestos allí en uso para la traslación de sus cosechas.

Los andaluces, que, como es sabido, hacen burla de todo, sin exceptuarse los unos a los otros, y que con este fin inventan una innumerable cantidad de cuentos, sobrenombres, chascarrillos y coplas, tienen un abundante repertorio, en que son víctimas los buenos roteños.

Entre los muchos, sacaremos unos cuantos, no sólo porque nos parecen muy graciosos, sino también porque son una muestra legítima de la clase de chiste y del giro de ideas de este agudo e ingenioso pueblo andaluz.

En una ocasión quisieron hacer los roteños una función a su santo patrono San Roque. Con este motivo convidaron a un predicador de fama y a otros dos clérigos, que vinieron a hospedarse en casa del alcalde.

Averiguado por éste que lo que querían cenar sus huéspedes era chocolate, llamó a la cocinera y le mandó hacerlo.

-Pero ¿qué se le echa? -preguntó aturrullada la cocinera.

-Agua, -contestó su amo.

La cocinera se quedó suspensa; mas acordándose que allí cerca vivía una mujer que tenía fama de ser la mejor cocinera del pueblo, se fue allá y le preguntó que cómo se hacía el chocolate.

-¿Y qué te ha dicho tu amo? -preguntó la profesora.

-Que lo haga con agua.

-¿Con agua no más? -repuso la otra.- ¡Jesús! Sépaste, mujer, que quien le quita al chocolate el tomate, le quita toda la gracia.

Tema que han puesto muy bien enversado de la manera siguiente:

Una señora fue a Rota

Para buscar cocinera,
Y la encontró desde luego;
Pero le advertía ella
Que no sabía guisar
Con tocino la puchera,
Sino con pringue de olivo
Y con salsa tomatara.

Éste es otro:

Los roteños se propusieron escalar el cielo con sus canastos. Al intento, los fueron poniendo unos sobre otros, de manera que pasaron más alto de la luna y las estrellas. Sólo les faltaba uno para llegar al cielo, y ese uno no lo tenían, por estar ya todos colocados.

Para no dejar por tan poca cosa de conseguir su intento, sacaron de debajo de todos el primero que habían puesto, con lo que todos los demás se vinieron al suelo.

A lo que acompaña la misma idea en verso:

Un roteño de los listos,
Sobre canastas quería
Subir al cielo, por ver
Si tomares allí había;
Mas para llegar al cielo
Una canasta faltó,
Agarró la de debajo...
Y junto a Londres cayó!

Y éste el tercero:

Una vieja de Rota se encontró en un camino con uno del Puerto, que venía cantando el romance del Gran Capitán, y ambos se encararon en el momento que el del Puerto cantaba:

Aquella sangrienta espada
Que a los bárbaros derrota.

-¡Los del Puerto serán los bárbaros, so tunante! -le dijo furiosa la vieja.

En cuanto al sinnúmero de coplas, sólo unas cuántas daremos por muestra:

No se ha podido saber,
Ni se sabrá a punto fijo,
Los borricos que hay en Rota,
Porque llega a lo infinito.
Los roteños a sus novias
Acostumbran regalar
Pepitas de calabaza,
Que son confites allá.
Un hombre sabio de Rota,
Estaba pensando un día,
Que si no hubiese tomates,
El mundo se acabaría.

En fin, para concluir, hasta en la calamitosa época de los franceses les sacaron ésta:

Si a Rota le apuntaran
Las baterías
Ella con sus tomates
Las hundiría.

Capítulo II.

Nada recrea más la vista ni alegra más el corazón, que ver al caer la tarde volver del campo a los labradores. Cada cual viene montado en su burra, que las más veces es seguida de un ruchillo que corre y salta, gozando de su corta niñez, como si le avisase un instinto profético que esa alegría, ese solaz, esos alegres saltos, serán los primeros y los últimos en su triste vida de trabajo y de desprecio. Traen los labradores sus serones llenos de frutas y de legumbres, coronados de frescos tallos de maíz, que son la cena de su buena compañera: ésta apresura su lento paso al ver llegar a los niños, que salen al encuentro de sus padres. Completa la comitiva un perrito basto y feo, pero humilde y fiel, que se cuenta como de la familia, y que no dejaría el pedacito de pan que le da su amo por todos los manjares de un palacio. Unos padres alzan al más pequeño de los niños y le sientan delante de sí, mientras los mayores abrazan y retozan con el ruchillo. Otros se apean, sientan en la burra a los mayores, y llevan en sus brazos al más pequeño; y cada uno de estos variados grupos se dirige a su casa, en que les aguarda la madre y la esposa feliz.

¡Oh! ¡Qué de veces hemos mirado con profundo enternecimiento estos cuadros de íntima y pura felicidad, que no se ostenta ni se oculta, que no brilla ni se esconde, como la suave luz de la luna! Y nos hemos preguntado con amarga melancolía: ¿Por qué la cultura material, con su insaciable ambición, su refinamiento de goces y su estúpida elegancia de formas, ha reemplazado estos santos y puros goces, con otros que tan poco satisfacen al corazón, a la poesía del alma ni a la conciencia? Porque, despreciando esta felicidad que Dios nos brinda y enseña, ha concebido otra facticia, que con sus anhelos por lo irrealizable, osa echar el desprestigio sobre aquella que nuestro destino, Dios y la razón nos señalan.

¡Cuándo comprenderemos que lo ideal no se debe buscar en los aires, en un globo sin dirección y sin rumbo, llevado al soplo de las pasiones; sino que el que nos debe servir de norma y de anhelo está bajo nuestra mano, como flores con que Dios siembra la senda que nos ha trazado! ¡Cuándo se convencerán los poetas, esos ruseñores que cantan y nos alegran en los días claros, y nos consuelan en las noches mustias de que se compone nuestra existencia, que mientras exalten, exageren e idealicen las pasiones del hombre podrán agradaarle y lucirse, pero que no contribuirán, como deberían hacerlo, a su bienestar y a su mejora!

No es decir por eso que no existan las pasiones. Ellas en lo moral, así como las calenturas en lo físico, son males de la humanidad, que no llegan a destruir ni los esfuerzos de los moralistas, ni los trabajos de la medicina; y sería difícil -a no escribir un idilio- el pintar escenas de la vida humana sin que en ellas, tarde o temprano, ocupasen un lugar. Pero la mala y extraviada propensión está a nuestro entender, en graduar de bello, noble o interesante, el estado en que nos ponen; y aún es peor el craso error que las pinta como propias de almas superiores. Las almas superiores las moderan, si son buenas; las vencen, si son malas.

Venía hacia el pueblo de Rota, una suave tarde de verano, un anciano montado en su burra. Seguíanle dos mozos bien parecidos, morenos y airosos, llevando sus azadas al hombro. Ya cerca de su casa, vieron venir a un niño de cinco años que traía a remolque una

niña de tres, sofocado y colorado con los esfuerzos que hacía para apresurar la marcha, aún vacilante de su hermanita. Parose el jinete, y el mayor de los mozos, cogiendo a los niños, que eran sus sobrinos, colocó el uno al lado derecho, y el otro al lado izquierdo del anciano; hecho lo cual, la burra, sin recibir aviso, volvió a emprender su pausada marcha hasta llegar a una casa, a cuya puerta se paró sin ser necesario que resonase el ¡soo! en sus orejas gachas.

Antes de entrar en esta casa, que pertenecía al anciano jinete, es preciso describirla y dar cuenta de quiénes eran sus moradores.

Entrábase, al atravesar la casa-puerta, en un gran patio entrelargo, empedrado de menudos chinos: a la derecha tenía un gran arriate, en que se aglomeraban tantas flores, arbustos y enredaderas, que parecía un congreso de plantas; a la izquierda lo cubría un espeso emparrado, del cual colgaban racimos colosales; al frente estaban las puertas de la cocina, cuadra y corral, y una escalera maciza de ladrillo sin techar, que llevaba a un sobrado o desván. A la derecha de la puerta de la calle había una salita y una alcoba; a la izquierda otra igual, a las que seguían unas cuantas habitaciones con salida al patio. Cerca de la cocina, y con ventana al corral, tenía otro cuartito tranquilo e independiente.

Esta buena y desahogada casa, a pesar de repetir su dueño, el tío Mateo López, muy a menudo: «Vecina, ni Santa Catalina», tenía todas cuantas podía contener.

El partido de la izquierda lo vivía su dueño con su familia, incluso su hija Catalina, casada con un yegüerizo, y madre de los niños que hemos visto venir a recibir a su abuelo.

Tenía arrendado en seis reales al mes el sobrado a la viuda de un infeliz marinero que se había ahogado, y había dejado a su mujer enferma y con dos hijos, la que no se lo pagaba nunca; el tío Mateo tampoco le pedía los caídos, haciéndose esta buena y juiciosa reflexión: «¡Si no tiene la desdicha, ¿cómo ha de pagar?»

El cuarto inmediato a la cocina se lo tenía dado de balde a un pobre fraile desde la exclaustación.

La sala de la derecha se la tenía arrendada en diez reales a un carabinero y su mujer; y éstos eran los únicos que pagaban.

El carabinero era un excelente hombre, llamado Canuto, y a nadie le venía mejor el nombre, porque no se dio nunca hombre más flaco, más tieso ni más vacío. Había sido soldado, y siempre un soldado grave, serio y de pocas palabras; pero desde que era carabinero, esto es, hombre de confianza del Gobierno, había llegado su gravedad a lo inmutable de la de un Catón de mármol.

Señor Canuto, que no había tenido desde que nació voluntad propia, era el más celoso de su autoridad, y no se mudaba chaleco sin preguntar a su mujer cuál era el que debía ponerse. Había sido cincuenta años atrás blanco y rubio; mas el pícaro del tiempo y los malvados trabajos no habían dejado, por vestigios de estas dos ventajas, sino unos bigotes que parecían dos estropajos. Pero su mujer decía que había sido su marido más blanco que

una azucena y más rubio que unas candelas, y que, aún a la presente, en sus espaldas se podía escribir como sobre un pliego de papel.

Pepa, que así se su mujer, era mucho más joven que él, y una de esas mujeres modelo, que tienen de suyo los más bellos dotes para prestarlos y dedicarlos a sus maridos, más por amor que por deber; mejor dicho, por la fusión del amor y del deber; fusión tan dulce y santa, como sabia y admirable. Tienen talento para guiar a sus maridos y enmendar sus torpezas, cuando las hacen, haciéndolo de modo que les persuaden, así como a los demás y a sí mismas, que son ellos los que aciertan y llevan razón; la prudencia para temprarlos, sin que conozcan la intención, como las madres tienen sus cantos para dormir, distrayéndolos, a sus hijos; la resignación, para inculcársela con la palabra y el ejemplo; el sumo orden y limpieza, para que estén ellos siempre bien atendidos y vistan con lujo y primor: la condescendencia hasta ocultar el propio sacrificio, por no hacer parecer exigente al que los impone; y sobre todo, el apego, la abnegación y el propio anonadamiento, a punto de que, si no fuese tan respetable su origen, llegaría a ser ridículo cuando el marido no es acreedor a ello.

Señor Canuto casi nunca abría la boca; en lo que hacía muy bien. Pero cuando sucedía, era hablando lacónicamente, por sentencias, y con gran aplomo, persuadiéndose que todos los oídos eran tan benévolo como los de su mujer. Y en realidad, en cuanto a los habitantes de la casa en que vivía, no se equivocaba del todo nuestro buen carabinero.

Capítulo III.

El exclaustrado que había recogido la excelente familia de López se llamaba el Padre Nolasco, y era un buen señor. No había inventado la pólvora, ni la imprenta, ni era colaborador de ninguna enciclopedia; pero sabía lo que tenía que saber para el cumplimiento de sus funciones. Si le faltaba un algo de dignidad, sobrábale celo y conocimiento del pueblo, de sus costumbres y de su lenguaje para atraerlo a la senda del bien; lo que lograba alguna vez con un ¡caramba! dirigido a los mayores, y con un sosquín aplicado a los chicos. Como el instinto del pueblo es tan justo y perspicaz, por lo mismo que no tiene esa espuma de cultura, -que no basta para penetrar, y sobra para extraviar,- conocían que el Padre no perdía la derecha. Así es que le querían y veneraban, aunque a veces se reían de sus cosas.

Atento a esto, haremos una salvedad al mismo tiempo que una observación; y es: que hay dos clases de risas muy distintas, o mejor dicho, contrapuestas: la risa benévola, y la risa despreciativa. La primera es dulce, alegre e inofensiva; la segunda es amarga, poco alegre y zahiriente. La primera nace de un corazón sano, como los claros borbotones de un manantial de aguas claras; la otra nace de un corazón duro y acerbo, y filtra como un licor corrosivo que quema y ennegrece cuanto toca. La una se corona de flores; la otra se reviste de púas. Inútil es añadir que la que inspiraba las cosas del buen Padre, que era queridísimo de todos, era la primera.

El Padre Nolasco estaba un poco sordo; lo que le hacía trabucar a veces las cosas que le decían. Por lo cual solía acontecer que sus exhortaciones en el confesonario servían a dos fines: como tales, para el penitente; como pláticas, para el concurso. No podía darse un hombre más sin hiel: sin que por eso dejase de tener su buena dosis de malicia; que no se la pegaba tan fácilmente el que quería engañarle. Nunca tampoco se vio otro más franco y verídico; lo que hacía que, sin gastar tono de superioridad, ni menos tener agror, decía a cada cual, cuando le parecía, que iba errado y obraba mal, sin que nadie se ofendiese por eso.

En cuanto al exterior, parecía el Padre Nolasco una de esas caritas de goma elástica que se hubiese estirado cuanto daba de sí a lo larga, tenía larga y angosta la cabeza, larga la nariz, larga la barba, largos los dientes, largos los brazos, y las manos, las piernas y los pies. Vestía desde la exclaustación una chaqueta, un chaleco, y unos pantalones negros de cúbica, que le habían sido dados de limosna por un favorecedor venido de América, llamado D. Marcelino Toro: cuyas ropas, a fuerza de servir y ser cepilladas por su buena patrona, habían adquirido un brillo que las hacía aparecer de hule.

El Padre Nolasco, aunque contaba más de setenta años, era ágil; y a excepción de algunos flatos que se curaba con la thé, gozaba de buena salud, gracias quizá a su frugalidad y a la sencillez de sus alimentos. La hermana de su favorecedor, Doña Braulia Toro, le regalaba cada mes dos libras de chocolate, de a treinta cuartos; el que, con unas tostaditas secas, componía sus almuerzos. Su compadre, el rico tío Gil Piñones, le regalaba garbanzos por que enseñara a sus hijos a ayudar a misa; y aquéllos, con media cuarta de carne y con media onza de tocino que le daba el serrano por que le escribiera sus cartas, formaban el puchero que comía los trescientos sesenta y cinco días del año, del que guardaba una taza de caldo para cenar, y otra daba a la pobre viuda que vivía en el sobrado.

Por de contado el Padre Nolasco tuteaba a cuantos habían nacido en el siglo de las luces. Un día el médico, que era un joven que la echaba de importante, le hizo notar que esa libertad que se tomaba era contra la dignidad del hombre.

-¡Dignidad del hombre! -contestó el Padre Nolasco.- Eso han sacado ahora. ¡Vaya! ¡Dignidad en las palabras, e indignidad en los hechos! ¡Con que tuteo a mi seráfico Padre San Francisco, e iría yo a darle merqué o señoría a un barbilampiño como tú! Anda, curatbardillos, y no me lo des a mí; que no me he de poner al uso del día; que está ya el alcacer duro para pitos, ¿estás?

Pero con quien sostenía el Padre Nolasco una hostilidad perenne era con el hijo de la pobre viuda, gracioso, vivo, bonito y simpático muchacho de doce años, que quería ser marinero contra la voluntad de su madre. Ésta, que había perdido a su marido en un naufragio, se estremecía con la idea de que se embarcase su hijo; y había acudido al Padre Nolasco, a fin de que le prestase su auxilio para disuadir al niño de su intento. Pero éste había sido ineficaz; mientras más le había encomiado el Padre las prerrogativas de la tierra firme y las ventajas de la vida sosegada, más se había entusiasmado el aventurero muchacho por los azares del mar y por los largos viajes sobre las inseguras olas. El Padre Nolasco, en venganza, le había puesto por nombre Montevideo. Ya sabemos que para

ciertas gentes se encierran los largos viajes de mar en el de América, y que para ellos el Finisterre es Montevideo.

-No irás a la mar, no, -le decía el buen Padre.

-¿Y por qué no, señor? -respondía con una sonrisa tan alegre como dulce Tomasillo; sonrisa que era peculiar a él y a su hermana, en la que se unían la alegría y la dulzura, como se unen en el sol el brillo y el calor.

-Porque la mar es enemiga del hombre, bien lo sabes; y que en ella murió tu padre. Así es que no sé, testarudo, cómo tienes valor de embarcarte.

-¿Y el padre de usted, Padre Nolasco, dónde murió? -preguntó Tomasillo.

-¡Toma! En la cama muy descansado, -respondió el Padre.

-¿Pues cómo tiene usted valor de acostarse en una cama, Padre Nolasco?

-No me vengas con entraditas de pollo inglés, Tomasillo. Bien sabes que de diez que van a la mar, se ahogan nueve en la flor de su vida, y mueren sin confesión; lo que a ti, que eres más malo que ninguno, te vendrá peor que a ninguno también. Si dejas ésta por otra, el mal ha de ser para ti, pues en lo demás poco se pierde; para ti digo, y para tu pobre madre, que te ha de sentir; como que te parió. Y que es preciso que tú la mantengas.

-¿Pues qué quiere usted, Padre Nolasco, que vuelva yo a andar como anduve a principio de verano por las recortas del manchón del tío Mateo, con un cencerro en la mano ahuyentando pájaros, con la cantinela:

Al agua patos,
Que se comen el trigo los gurupatos?

-¡Vaya! ¿Pues qué peligro hay en eso?

-A mí me gusta el peligro, Padre Nolasco.

-¡Calla, pez volante! que quien ama el peligro, en él perece. Hablé con mi compadre tío Gil Piñones, y me dijo que te tomaría de porquero.

-Que no voy. ¡Qué! ¿Había yo de guardar puercos? Que los guarde su amo.

-¿Con que no quieres trabajar, so malandrón? ¿No quieres ser hombre de bien y ayudar a la pobre de tu madre? ¿Di, libertino?

-Sí señor, si señor. Pero no quiero ser espachurra-terrones, ni pasar mi vida en mi casa como caracol burgado. ¡Si me muero... tanto me da! Pero no quiero que me llamen tomatero, eso no.

-Y mejor será que te llamen Montevideo, o bien

Que te llamen pocas penas,
Pariente de mala gana,
Y por apellido tengas
A mí no se me da nada!

Ya veremos si vas al cortijo del compadre tío Gil Piñones. Yo en propia persona te voy a llevar; y si te repercutes, te llevo cogido de una oreja. ¡Vaya! ¡Después de los pasos que he tenido que dar y del empeño que he puesto!... ¿Cuándo te podías tú figurar, peje-sapo, que habías de llegar a ser porquero del compadre Gil Piñones? Con que ya te puedes alistar para mañana con la fresca coger la vereda.

A la mañana siguiente el chiquillo se escapó, se metió en una barca. Y no hubo quien de allí le sacase. Como era tan bonito, tan alegre, tan dispuesto y tan simpático, le hizo gracia al patrón, que le conservó en su barca, y a la sazón había ascendido a la dignidad de cuarterón; nombre que dan a los muchachos ya enseñados y que alcanzan estipendio, por ganar la cuarta parte de lo que gana un hombre.

-Montevideo, -le dijo el Padre Nolasco cuando le volvió a ver,- eres como las piñas de la Rápita, que estuvieron siete años dándoles golpes, y el primer piñón les saltó un ojo.

-Padre Nolasco, -respondió Tomasillo,- «tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia, mar, y Casa Real».

Capítulo IV.

Después que hubieron cenado, se reunieron todos los vecinos de la casa en la puerta de la calle, menos la pobre viuda, a quien sus males y sus quehaceres retenían en el sobrado.

En un banco, a la derecha, se sentaron el Padre Nolasco, el señor Canuto, a quien no tocaba la guardia en los puestos aquella noche, y el tío Mateo. Entre sus rodillas estaba su nietecito, que tenía extendidos sus brazos sobre los muslos de su abuelo.

-Tío Mateo, -le decía Pepa,- hasta el suelo se le cae a usted la baba con ese chiquillo.

-Verdad es, -contestaba el tío Mateo, que era zumbón.- No lo puedo negar: tira la sangre; y que hijo de mi hija, ser mi nieto: hijo de mi hijo, no saberlo.

En el banco de la izquierda se sentaron: Esteban, que era el mayor de los dos hermanos que hemos visto volver con su padre del campo, y contaba veinte años; su hermano Lorenzo, que contaba diez y ocho, y al lado de ellos María Dolores, la linda hija de la pobre viuda, a quien todos querían con extremo, lo mismo que a su hermano. Así era, que cuando el tío Mateo decía: «¡Qué hechizo tiene ese Tomasillo! Es más alegre que un fandango: se acuesta y levanta cantando como los pájaros», respondía la tía Melchora, su mujer:

«Verdad es; pero... ¿y María Dolores? ¡Qué ángel tiene! Esa se acuesta y se levanta como los serafines, alabando a Dios!»

Contaba Dolores catorce años; edad en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha unión, que necesitan a veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlas.

La tía Melchora estaba sentada en el escalón de la puerta de la calle, y junto a ella su nietecita, que había dejado caer su cabeza en la falda de su abuela, y sin soltar de su mano un racimo de uvas, se había quedado dormida, como una pequeña Bacante.

Pepa la Carabinera y Catalina, la madre de los niños, que estaban estrechamente unidas por lo que a éstos quería Pepa, habían traído sillas bajas y estaban sentadas de frente. Catalina tenía dormido en sus brazos al hijo más pequeño, al que criaba.

-Paréceme que quiere llover, -dijo el carabinero;- que apunta el levante, y por este tiempo siempre que viene el levante echa agua. ¿Qué le parece a usted, tío Mateo?

-Que no dice usted malamente, -respondió éste.- Hoy es jueves, día de señal como el domingo; y en acostándose en estos días de señal el rubio entre cortinas, mudanza de tiempo.

-¿Te vienes, Lorenzo? -dijo Esteban a su hermano, al que quería con ternura.- Es sábado, los mozos tienen una guitarra y una fiesta armada.

-No voy, -contestó lacónicamente Lorenzo.

-Pues no vengas, -repuso Esteban;- así como así por todo armas camorras. Con que más vale que no vengas: siempre estás que parece que te deben y no te pagan. ¿Te duele algo?

-La cabeza, de oírte.

-¡Pues, hijo, con Dios! Al que le duela la muela, que rabie, o se la eche fuera.

Esteban se alejó.

-¿Por qué no vas? -le preguntó Dolores.

-Porque me gusta más quedarme aquí.

-¿Por qué?

-¡Qué sé yo!

-Pues si yo pudiese ir donde hubiese guitarra, no me quedaba yo aquí, no.

-Si tú hubieses estado cavando todo el día...

-¡Quita allá, flojón! ¿No lo han estado los otros lo mismo que tú?

-¡Los otros! Los otros no van por la guitarra, que van por la novia.

-¿Y tú no tienes novia, Lorenzo?

-Yo no, -respondió en tono brusco el muchacho.- Mira, Dolores, -añadió después de un rato,- desde ahora te digo que cuando me llegue a enamorar, ha de ser de ti. Y en mi vida de Dios he de tener más novia que tú.

Dolores empezó a reírse en sonoras carcajadas.

-¿Te ríes? -preguntó muy picado Lorenzo.

-¡Pues no me he de reír! ¡Tú mi novio! ¡Ay qué reidero!

-Pues no siempre ha de ser para ti un reidero. Porque en siendo tu novio, te he de poner las peras a cuarto; y no has de estar siempre riéndote como Juanilla la tonta.

-Es que no seré tu novia, -dijo con decisión Dolores.

-¿Que no? ¡Ya veremos!... Aunque no quieras, lo has de ser.

-Que no.

-Que sí.

-Que no.

-Que sí.

-¡Que no, ea! -exclamó medio llorando la niña.

Oyose entonces una alegre y clara voz que venía cantando:

¡Bendito sea Dios, madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

-Ese es mi Tomás, -dijo Dolores con júbilo, corriendo al encuentro del que cantaba.

-Buenas noches, señores, -dijo Tomás, que traía un canasto con pescado.

-Dios te las de, muy buenas, hijo.

-Tía Melchora, aquí tiene usted un rape que sé que le ha de gustar para hacer sopa. Señá Pepa, tome usted estos salmonetes. Padre Nolasco, tome usted estas pescadillas para cenar, -dijo el niño, repartiendo casi todo el pescado que traía.

-¡Qué! ¿Ya estás de vuelta, Montevideo? ¡Vaya, qué pronto has venido! Andas más que una mala noticia. ¿Qué dices? -dijo el Padre Nolasco.

-Que tome usted estas pescadillas para cenar, Padre, -gritó Tomasillo.

-No, no, no quiero sino mi sopa; que en mis años vale más caldo de carne, que carne de pescado.

-Dios te lo pague , Tomasillo, -dijo la tía Melchora.

-Gracias, -añadió Pepa.

-No hay de qué darlas: quien esto da, diera cosa mejor si la tuviese, -respondió el cuarterón.

-¿Has estado lejos, Tomasillo? -preguntó el tío Mateo.

-¡Jesús! Hasta Gibraltar, que es tierra de ingleses.

-¡Pues qué! ¿Has estado en Inglaterra? -preguntó Catalina.

-No, que el Peñón es de España, y es de los ingleses; y eso es como si dijese usted que mi mano era suya. ¿No es verdad, Padre Nolasco?

-Chiquillo, -dijo la tía Melchora,- no se dice Nonasco, que se dice Nolasco; te lo he dicho más treinta veces.

-Nonasco; así le dicen en Cádiz, que es gente pulida. ¿No es verdad, señor Canuto?

El grave y callado carabinero, obligado a contestar a esa pregunta directa, respondió en voz hueca:

-No se dice Nonasco.

-¿Lo ves?

-Ni tampoco Nolasco.

-¿Lo ve usted?

-¿Pues cómo se dice?

-Se dice Nonato.

-¡Qué, señor! Ese es San Ramón, -observó la tía Melchora.

-Es que los dos llevan un mismo apellido, -repuso con aplomo el señor Canuto.

-Cuando señor Canuto lo dice, verdad será; pues sabe su mercé más que Seeneca, -dijo Catalina.

-¡Oiga! ¿Y quién es Seeneca? -preguntó el cuarterón.

-¡Qué se yo! -contestó la yegüeriza. -Será un abogado.

-Padree Nonasco, -gritó el marinerillo,- dígame usted, ¿quién es Seeneca.?

-¿Rebeca? -respondió el Padre, que no oyó bien. -Es una pastora de las de Belén.

-No pregunto eso; -contestó el cuarterón,- sino quién es Seeneca.

-No lo sé, -contestó el buen señor;- ese santo no está ni en el añalejo, ni en el martirologio.

-Señor Canuto, -prosiguió preguntando Tomasillo, -sáqueme usted de curiosidad, y dígame quién es Seeneca, que esto pica en misterio.

-Seeneca -respondió con todo aplomo el carabinero- es un sabio de los moros, que ayuda y guía a su rey, como por acá el Papa al nuestro.

-¡Vaya! No sabía yo eso, -dijo su mujer.- Aunque siempre he oído decir que los moros saben mucho.

-¡Como que encierran a las mujeres! Mire usted si serán avisados, -observó el tío Mateo.- ¿No es asina, Padre Nolasco?

-¡Por supuesto! -contestó éste.-La mujer honrada, la puerta cerrada. Pero hoy día son más callejeras que el humo, que siempre está buscando por dónde salir.

-Toda la vida de Dios ha sido asina, Padre Nolasco, -dijo el tío Mateo.- Oye, cuarterón, -prosiguió:- ¿has visto por esas mares anchas a la Sirenita del mar?

-Yo no; lo que querrá usted decir son tiburones o goifines, tío Mateo.

-No, no, -intervino la tía Melchora.- La Sirenita es una muchacha muy sin vergüenza, que andaba por esas playas enamorando a los marineros con su buen parecer y sus cantos, hasta que su padre la maldijo, deseando que se volviese pez; y así sucedió, volviéndose pescado de medio cuerpo abajo. Metiose avergonzada en la mar, y se fue lejos por sus centros, en los que canta siempre como en las playas hacía, para atraer a los hombres a su perdición. Y así es que dice la copla:

La Sirenita del mar

Es una pulida dama:
Por maldecirla su padre.
La tiene Dios en el agua.

-¿No sabías, Tomasillo, que cuando saltan los delfines y cantan las Sirenas, es señal de tempestad y presagio de naufragio?

-Yo no, señora, no he oído más que los ronquíos de la corbina. Esa Sirena será pez de otras mares, digo yo. Ea, voy a ver a madre, y a decirle que me embarco de gurumete en una fragata tamaña como el castillo.

-¡Muchacho! ¿Y adónde vas?... -exclamaron todos.

-A lo más remonto de la América.

-¡Jesús! -volvieron a exclamar todos.

-¿Qué dicen? -preguntó el Padre Nolasco.

El tío Mateo se lo dijo en recia voz.

-¡No lo dije! -exclamó el Padre Nolasco.- ¡A las Indias, a Montevideo! ¡Si no había de parar hasta lograrlo, ese atronado, más aturcido que unas carnestolendas! ¡Mire usted que dejar de ser porquero del compadre Gil Piñones, para ir a ser pasto de peces!... ¿Se podrá creer?...

-¡Dejar nuestra madre la tierra por esa madrastra la mar! -dijo la tía Melchora.

-Señora, el dinero no se gana tendido. Y yo quiero ganar dinero mucho y aprisa, para que mi pobre madre tenga la vejez descansada, -respondió el cuarterón.

-Tomasillo, el que quiere ser rico en un año, al medio le ahorcan, -observó el tío Mateo.

-¡Ay, Dios mío! -dijo echándose a llorar Dolores.- ¡Hermano de mi alma, no te vayas tan lejos por esos mares, sepulturas de cristianos!

-Calla, calla, Dolorsiya, que voy a volver como D. Marcelino, con mucho oro.

-Sí, del que depone el moro, -murmuró Lorenzo.

-A madre le voy a traer una caja de azúcar para sus jarabes; a ti un loro, y al Padre Nolasco un negrito para que le ayude la misa.

-Déjate de negritos, -repuso el Padre Nolasco,- y acuérdate que quien ama el peligro, en él perece. Pero a unos no basta el arre, ni a otros el so.

-Padre Nolasco, la gloria y el dinero son para quien los gana.

-¡Sí! ¿Y si para lograrlos pierdes la vida o la salud?... ¿Y si no vuelves?

-Volveré, sí, señor, volveré!... con salud y pesetas, que es salud completa, -repuso alegremente el cuarterón, entrándose a ver a su madre.

Capítulo V.

Nada pudieron sobre el emprendedor y decidido muchacho las reflexiones de sus amigos, ni las súplicas y lágrimas de su madre y hermana.

-Quien no se arriesga, -respondía,- no pasa la mar. ¿No sabe usted que dice la copla:

Si no te ha dado tu suerte

Un mayorazgo en España,
Embárcate en un jabeque,
Y pásate a la otra banda.

Tomás partió. No hay pinceles que pinten, ni palabras que expliquen la aflicción de su pobre madre, cuya vida entre el dolor de lo pasado y la angustia de lo presente se extinguía, como la de la encina que estuviese a un tiempo herida de un rayo y roída de un gusano.

Así pasó un año.

Un día entró en casa de la pobre viuda un piloto, antiguo conocido de su marido. Este hombre traía una carta; esa carta era dictada por Tomás, y fechada del famoso Montevideo.

Escribía más alegre que nunca; decía que había hecho un viaje de damas; que estaba tan contento como el pez en el agua; que había crecido media vara, y que volvería con el mismo barco y el mismo capitán, que le quería mucho. Desde aquel día la viuda no faltó uno en ir a la playa y recorrer con la vista la desierta y brillante extensión azul, en la que había de dibujarse, como un aro de perlas que engasta un brillante, la fragata que le traía a su hijo. Habían querido disuadirla, porque esos inútiles viajes dañaban a su debilitada salud; pero fue en vano. Cuando la realidad niega toda felicidad, el corazón se ase a una ilusión... y no la suelta; pues sólo por ella vive. Pero pasaban los días, las olas y las nubes... ¡y Tomás no volvía!

Era una noche del equinoccio. Partía el brillante y luminoso verano, dejando la tierra seca y agostada, y llegaba el frío y severo invierno a reanimarla, sacudiéndola con sus huracanes, y a fertilizarla con sus claras aguas. Anunciábase con un temporal estrepitoso, que todo lo conmovía... ¡hasta los ánimos!

¡Oh! ¡Cuán dichosa es aquella familia que en semejantes noches se reúne completa alrededor de la lumbre, y que después de dar gracias a Dios por tamaño beneficio, cruza sus manos y ruega por los que sufren o peligran, pagando así su tributo a los lejanos y desconocidos sufrimientos de nuestros semejantes!

No era éste el caso en que se encontraba la infeliz viuda. El hijo que idolatraba se hallaba embarcado, y cada ráfaga de vendaval arrancaba a sus ojos sus últimas lágrimas, como a los árboles sus últimas hojas, ¡y levantaba olas de angustias en su corazón, como olas amargas en el seno del mar! En este estado de congoja había pasado la noche; por la mañana no se hallaba capaz de levantarse.

Su hija, después de traerle la taza de sopas que le hacía guardar el Padre Nolasco de su pobre puchero, se fue a escoger trigo en casa de una rica panadera.

El Padre Nolasco hacía aquella obra de caridad sin graduarla de tal. Y como en otra ocasión hemos dicho que ver sufrir injusticias sin graduarlas de tales entornece profundamente, decimos lo mismo en cuanto a las obras de caridad que se hacen sin conceptuarlas así. Sufrir lo injusto sin necesitar resignación, y hacer buenas obras sin sensibilizarse, son, mirándolo reflexivamente, la perfección en ambos géneros; esto es, conformarse sin que ayude la fuerza de la virtud, hacer bien sin el arrastre de un corazón impresionable, andar derecho sin báculo, caminar al fin sin brújula. Es hacer uno su deber, como canta el pájaro y como embalsama la flor.

Apenas se halló sola la pobre viuda, cuando no dejándole sosiego su angustia, se levantó y se fue a la playa.

¿Quién no ha visto con terrorífica admiración el espectáculo grandioso del Océano cuando a la vez lo arrojan sobre las playas los vientos, la marea y el empuje que unas de otras reciben sus inmensas olas, que, como dice Shakespeare, se levantan rizando sus monstruosas cabezas? ¿Quién no ha creído ver vibrar su ira en la vacilante hinchazón de sus olas, y oírla en su hondo mugir de acosada fiera? ¿Quién no se ha estremecido al considerar su poderío, que en la tierra nada contraresta? ¿Quién al mirar morir una ola en la playa, y seguirla tan luego otra mayor, no le ha comparado a aquella hidra fabulosa, que ninguna pérdida disminuía, ninguna derrota debilitaba?

El horizonte parecía cerrado con un muro de lluvia; la que, empujada por el viento, formaba sesgadas líneas entre las que desaparecían Cádiz y su faro, como si borrarlo intentase del gran mapa del mundo la poderosa mano del temporal. El peso de las nubes les robaba su ligero vuelo y airoas formas, y caían de prisa, como todo lo que desciende.

La pobre viuda parada en la playa, azotada por el huracán, que pegaba sus pobres ropas a su demacrado cuerpo, miraba al mar, y nada veía sino esa gran convulsión de la naturaleza, entre la cual había desaparecido todo ser viviente, como barrido por las ráfagas, a las que aquella débil mujer resistía, como si su amor de madre le prestase sus últimas fuerzas. Así era que no se movía, creyendo distinguir en cada cresta espumosa con que se coronaban las olas, las blancas velas de un barco que buscase el puerto.

Capítulo VI.

Aquella tarde entró muy de prisa el señor Canuto en su casa, y hallando que su mujer había salido, se sintió muy contrariado. Daba algunos pasos, se paraba y se rascaba la oreja, formando una especie de gruñido impaciente.

-¿Qué trae usted, señor Canuto? -le preguntó la tía Melchora.

-Traigo... traigo un entripado, -contestó el carabinero.

-¿Y qué es, señor? Pues usted no es de los que se descoyuntan por poca cosa.

-¡Es... es que me he hallado en la playa una mujer muerta!

-¡Jesús María! ¿Matada?

-No señora, muerta legítimamente, de muerte física. Pero no es eso lo peor, sino que esa mujer es su vecina de usted, la tía Tomasa.

-¡María Santísima! Señor Canuto, ¿qué está usted diciendo?

-La verdad sin círculos madroños, tía Melchora. Y no es eso lo peor, sino que tengo que dar parte.

-Eso es lo de menos, -dijo echándose a llorar la tía Melchora.

-¡No es lo de menos, vaya! ¿Le parece a usted que un parte es un buñuelo que se echa a freír? ¡Y Pepa que no está ahí! ¡Me lo temí! -añadió el carabinero, viendo reunirse la familia y las vecinas oyendo sus voces de lástima y desconsuelo.- Escriba usted un parte con esta horna! Pocas veces hablo, y no hablo una que no me pese. ¿No habrías podido callar, Canuto, parlanchín del dianche? ¿No sabes que en la boca del discreto, lo público es secreto?

Por fortuna entró en este momento su mujer, a la que pidió la llave, abriendo en seguida el cuarto, en el que se encerró para escribir su parte.

-¡Para la pobre, -dijo la tía Melchora - es una suerte haber dejado de sufrir! Y como era una santa, y una mártir, buen zarpazo habrá dado en el cielo. ¡Dichosa ella!

-Y dice usted bien, tía Melchora: como que dicen los autoiores que el castigo que ha dado Dios a Caín es el de no morir: unos dicen que está debajo de tierra, y otros que está en los cuernos de la luna: pero morir no puede. La muerte ha sido para la pobre Tomasa un premio.

-La ida de su hijo la acabó de hundir, -dijo Catalina.- A la que hay que compadecer es a la pobre de su hija.

-Señá Pepa, -dijo una de las vecinas,- usted que la quiere tanto y no tiene hijos, bien podría prohijarla.

Ya ese hermoso y caritativo pensamiento había surgido en el corazón de aquella excelente mujer; pero no pudiendo determinar por ella sola, ni queriendo demostrar un buen deseo, que si no se llevaba a cabo, echaría sobre su marido toda la culpa de la negativa, contestó:

-La ayudaré en lo que pueda; pero eso de cargar con hijos ajenos, es un cargo de los grandes; y por lo mismo que es voluntario... tanto más obligatorio. Dice el refrán: «Brasa trae en el seno, quien cría hijo ajeno».

-¿Y quién le dice a la pobre Dolores la muerte de su madre? -preguntó apurada Catalina.

-Se lo dirá el Padre Nolasco cuando vuelva de la iglesia, -contestó la tía Melchora.- Siempre para estos casos apurados se cuenta con los Padres, y nunca se echan fuera.

Pepa había entrado en el cuarto, en que halló a su marido cerrando el parte que laboriosamente había escrito; luego salió para enviarlo con un propio juez al Puerto de Santa María, partido a que corresponde Rota.

-¿Sabe usted lo que decíamos?-le dijo buena anciana.- Que a esa pobre niña que queda huérfana y desvalida le había Dios de enviar un amparo, y ése podría ser usted, pues Pepa la quiere mucho.

-¿Y Pepa qué ha dicho? -preguntó el carabinero.

-Ha dicho que eso de cargar con hijos ajenos era un caso de los grandes; pero si usted quisiera...

-¡Yo querer!!! -exclamó el carabinero abriendo unos fieros ojos. -No valía más!... ¿Soy yo algún mayorazgo de los millonarios para meterme a amparar huérfanos como la reina? Vaya, tía Melchora, tiene usted unas cosas... que son cosas. Sepa usted que dice la sentencia:

Ni fíes ni desconfíes.

Ni hijos ajenos críes;
Ni pongas viña, ni domes potros,
Ni tu mujer enseñes a otros.

Diciendo esto, se entró el carabinero con aire terrible en su cuarto.

-¿Con que, Canuto, no respiraba ya la pobrecita cuando la hallaste? -le preguntó llorando su mujer.

-Tan muerta estaba como si hubiese estado tres días en la playa; y la marea que subía le mojaba ya los pies.

-¡Pobrecita! ¡Pobrecita! ¡Si siquiera antes de morir te hubiese visto, tú que eras una cara amiga!

-¡Verdad es, mujer!

-¡Si siquiera hubieses podido dulcificarle sus últimos momentos diciéndole: «Muera usted descansada, que yo me hago cargo de su hija, y le diré a Pepa que cuide de la pobre Dolores!»

-Dices bien, mujer, -repuso el carabinero, cuyo aire fiero había sido reemplazado por un aire compungido al ver llorar a su mujer.

-¡Qué dolor, hombre, que no diese tiempo a que hicieses esa buena obra, tan propia de tus buenas entrañas!

-Pero, mujer, ¿no dijiste tú a la tía Melchora que hijos ajenos eran cargo de los grandes?

-Y no me desdigo. Pero no he dicho que yo los huyese; y más teniendo presente la máxima de Dios, que dice. «Amparaos los unos a los otros». Y más te digo; y es: que me había de alegrar que lo hubieses hecho. ¡Bien sabes que siempre he deseado tener una hija! Dios no nos la ha dado, quizás porque nos tenía destinada a esa desgraciada.

-Pues me parece que sería una obra buena, Pepa; y todavía estamos a tiempo. Sí, sí, me parece bien; te ayudará, y así podrás tú descansar.

-Por eso no lo hagas. Canuto; pero hazlo por caridad; que quien bien hace, para sí hace. Si yo fuese tú, iría a cuidar de que a la pobre ahogada la recogiesen y llevasen a la iglesia, donde se ponga con decoro y con sus blandones, pues la pobrecilla no tiene a nadie propio que cuide de eso.

El carabinero se encasquetó su morrión de hule, salió al patio, y dijo a la tía Melchora, con prosopopeya:

-Tía Melchora, yo me hago cargo de la niña; que Dios dice: «Amparaos los unos a los otros», y esa niña podrá ayudar a mi Pepa.

-¿Pues no dijo ella que no? -repuso atónita la buena mujer.

-Yo mando en mi casa, tía Melchora, y mi Pepa no tiene más voluntad que la mía. ¿Ahora se desayuna usted con eso?

Diciendo esto, salió el señor Canuto a paso de marcha real.

Entró a poco el Padre Nolesco, a quien fue referido todo lo que había pasado.

El Padre Nolasco, tenía esa impasibilidad, tan apreciable y útil en los cirujanos para las dolencias del cuerpo, como en los sacerdotes para las dolencias del alma. Bien sea ésta originada en hombres superiores por una gran fuerza y elevación de alma, o en los adocenados por la costumbre de su triste misión, esta impasibilidad es inapreciable, y da muy benéficos resultados.

-¡Anda con Dios! -dijo el buen Padre, cuando de todo estuvo enterado.- Hoy tú, mañana yo, todos tenemos que andar ese camino. No es lo peor que se haya muerto, sino que haya sido sin los Sacramentos, como un moro de Berbería. Pero aquella pobrecita era una justa, y no ha de ir donde van los perversos, no.

Oyeron entonces a Dolores, que volvía de en casa de la panadera de escoger trigo, y que llegaba cantando alegremente.

-Dios les dé a ustedes buenas tardes. Padre Nolasco, la mano, -dijo al entrar.

Y levantando la cara, como viese cerrada la puerta del sobrado, añadió:

-¿Y madre? ¿Acaso ha salido?

La niña miró con ojos asombrados a las mujeres allí reunidas, que sólo con lágrimas contestaron a su pregunta.

-Pero... ¿qué hay? -preguntó con ahogada voz.

Nadie contestó.

Entonces pareció que toda la sangre agolpada en su corazón le impedía latir y la sofocaba.

-¡Mi madre! ¡mi madre! ¿Dónde está mi madre? -gritó al fin.

-Tu madre está donde todos quisiéramos estar, -dijo el Padre Nolasco.- Ya eso no tiene remedio. Con que así... a encomendarla a Dios como buena hija y buena cristiana. Lo demás no es sino faltar a la santa conformidad, que es nuestro Cirineo.

Dolores dio un agudo grito, y se precipitó hacia la escalera. Catalina y Pepa corrieron tras ella, y la agarraron por los brazos, diciéndole:

-No está allí, hija, no está allí.

-¡No está allí! -dijo fuera de sí la pobre huérfana.- ¡No está allí! ¿Pues dónde está?

-En la iglesia.

La niña se desprendió de las manos que la sujetaban, y se arrojó hacia la puerta de la calle.

Catalina y Pepa la siguieron.

-¡No detenerme! ¡No sujetarme! -gritaba la pobre niña, haciendo esfuerzos por desasirse de las manos que la sujetaban.- ¡Quiero verla! ¡Quiero ver a la madre de mi alma!

-No vas; que te lo mando yo, que soy tu confesor, -dijo, acercándose, el Padre Nolasco.- ¡Pues qué! ¿Quieres alborotar el pueblo y armar escándalo en la iglesia? ¿Qué ibas a remediar con ir? Vamos, hija, sosiégate; que todos hemos de morir, y la muerte no asusta sino a los malos.

Dolores cayó, prorrumpiendo en gritos y sollozos, en brazos de Pepa y de Catalina, que la acostaron en la cama de esta última.

Pronto llegaron del campo el tío Mateo y sus hijos, a quienes la tía Melchora había mandado avisar. Venían consternados; acercáronse a la cama en que yacía Dolores, que seguía gritando entre sollozos:

-¡Quiero ir con mi madre! ¡Que me dejen ir con mi madre! ¡Quiero verla; que después que la entierren no podré más verla! ¿Quién tiene derecho para impedirme? ¡Mi madre está sola, sola, en la iglesia, sin más compañía que cuatro luces: sin más ruido que el del viento que sacude las ventanas; sin que vele más que la lechuza que está en el campanario! ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Yo quiero ver a mi madre!

-No te aflijas, Dolores, que allá voy yo a velar a tu madre, -dijo Lorenzo.

-Y yo también, -añadió Esteban.

-Dios y María Santísima, y todos los Santos del cielo, os paguen esa santa obra de caridad, -exclamó Dolores, que empezó a verter un nuevo torrente de lágrimas, pero cuya desasosegada desesperación se mitigó, cayendo en seguida inerte y con los ojos cerrados sobre la almohada.

Al cabo de un cuarto de hora se alzó de repente, y apoyando ambas manos sobre su corazón, gimió con ahogada voz:

-¡Qué va a ser de mí!!!

-Lo que de mí fuese, -dijo Pepa abrazándola, porque no nos separaremos; que si una madre has perdido, en mí hallarás quien procure hacer sus veces, hija mía.

Dolores echó sus brazos alrededor del cuello de Pepa con apasionada gratitud, sin poder expresarla más que con sus lágrimas.

Capítulo VII.

Eran las doce de la noche. Un profundo silencio reinaba en el pueblo, sólo interrumpido por el chapaleteo brusco y sonoro de las aguas del mar, empujadas por la creciente marea contra las piedras y las rocas. Esparcíase la fría y pálida luz de la luna, como se esparce suave el eco de un lejano sonido; y el pueblo se habría asemejado a un reloj parado, si de cuando en cuando no hubiese lanzado el gallo con descoco sus tres notas agudas como un «¡centinela alerta!» dirigido a sus camaradas.

En el patio de la casa del tío Mateo estaba un joven reclinado contra una de las rejas que daban a él. Por el lado de adentro se veía el rostro de una linda joven, el que, cubierto exteriormente por la luz de la luna, e interiormente por una expresión de tristeza, aparecía pálido y grave, con una mirada apagada y profunda, que le hacía asemejarse a la imagen de la Meditación, que a un tiempo simbolizase un triste pasado y un triste porvenir.

El muchacho, al contrario, tenía el rostro sereno y enérgico del hombre de acción, la mirada fija y ardiente del hombre de fuertes pasiones, y la frente altanera del hombre indómito que no se deja arredrar, pero sí reta a todos los obstáculos con brutal arrogancia.

-¿No te lo decía yo? -dijo el joven.- ¿No te lo decía que habías de ser mi novia? Lo que yo quiero ha de ser... por la fuerza de mi voluntad! Tú te reías, o te enfadabas.

-Entonces era yo una niña, -contestó ella.

-¡Entonces!! Como quien dice, ha un siglo; y hay tres años.

-No sé el tiempo que hay. Lo que sí sé es que desde entonces dejé de ser una niña, y que entonces hiciste tú una cosa que te ganó mi corazón y te habría ganado ciento que hubiese tenido.

-Yo no quiero que me quieras por agradecimiento, Dolores; que ese amor es como deuda que se paga, y no como don que se hace.

-Si el agua que bebes satisface la sed de tu corazón, ¿qué te importa el manantial de que brota?

-Impórtame, para saber su calidad.

-La calidad es buena, Lorenzo.

-Eso está por ver, que aún no se ha experimentado. No puedo remediarlo; pero no creo que me quieras.

-¿Por qué, criatura?

-Porque siempre estás triste; lo que prueba que mi amor no te satisface.

-Mira, Lorenzo, que un amor que a todos los demás borra, no es de buen metal; y que un corazón sin memoria, nunca es firme en el querer.

-Es que tampoco será de buen metal el que por lo que ya pasó, olvide lo presente, Dolores; y tú te gozas en tus recuerdos, como hacerlo debieras en tus esperanzas, si bien me quisieras.

-¡Ojalá y pudiese borrar de mi memoria el cuadro que en ella encuentro a todas horas! Este cuadro es el de mi madre de mi alma, agonizando sola y desamparada sobre la dura y fría arena del mar, sin oír otros auxilios que los bramidos de sus olas que se acercaban cada vez más, cada una adelantando a la otra, y mojando sus pies; de manera que moriría más de angustia que de sus males! ¡Y yo, que no estaba allí!!! ¡Yo, que no la vi después de muerta!!! Eso, Lorenzo, son dos clavos que me atraviesan el corazón, y que nada puede arrancar de la llaga! De mi gente sólo me queda el hermano de mi alma; ¡y Dios sabe si la mar, que no pudo hacer presa de mi madre, se vengue en hacerla de su hijo, como la hizo ya de mi padre! ¿Cómo he de estar alegre, ni olvidar?

-Por esa cuenta, como que todos tenemos difuntos, no debería nadie quitarse el luto.

-¡Verdad es! -dijo suspirando Dolores.

-Pues entonces, ¿a que crió Dios los colores, me querrás decir?

-Para los niños, los pájaros y las flores, Lorenzo, -contestó ella, apoyando su frente en la reja.

-María Dolores, -dijo Lorenzo con aspereza,- quien tanto ama a los muertos y a los ausentes, poco cariño puede quedarle para los presentes.

-¡Te engañas, Lorenzo! Que el mismo sol que da vida al ciprés, se la da también a la rosa. Pero, creeme, tu desconfianza ha de ser la hiel que amague tu vida y la mía.

-La desconfianza no la teme ni la moteja sino aquel a quien le estorba.

-Yo no la temo, pero me avergüenza, como al hombre honrado que le registran, ni más ni menos que al contrabandista.

-¿Y sabes por qué es eso? Porque muchos, sin ser contrabandistas, hacen contrabando.

-¡Y había yo de hacer contrabando, Lorenzo! -preguntó ella con dulce reconvención.

-Dice el Padre Nolasco que las mujeres mienten sin querer, y engañan sin otro fin que engañar.

-Lo dice de las malas; pero no lo dirá de mí.

-¡Ya! ¡Cómo lo ha de decir de ti, si eres su ojito derecho!... Quien tiene al padre alcalde, seguro va a juicio.

-Pues si el Padre Nolasco, que es desamoretado y no es de los blandos, me fía, razón llevará. ¿Y siempre has de ser así, Lorenzo?

-¡Siempre! A no volver a parirme mi madre.

-Mira que llevar constantemente un judío en el cuerpo, es un mal; y que del mal que el hombre tiene, de ese muere.

-Y tú sábetete que lo que hay que esperar de la mar es la sal, y de las mujeres mucho mal; y la mujer hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

-¡Quiera Dios que siempre lleven todos con la paciencia que yo tus malos juicios, Lorenzo!

Apegada por su exaltada gratitud, sufrida por su dulce índole, esclavizada por el despotismo de Lorenzo, Dolores inauguraba así una vida, como se hallan muchas entre las santas esposas y madres del pueblo.

A los pocos días se puso al público un edicto. Era éste un puñal que a todos los habitantes hería, que iba a destruir muchas felicidades, a cortar muchos lazos, y a clavarse hondamente en el corazón de las madres. ¡Este edicto anunciaba el sorteo!

No son tristes calamidades para el campesino el trabajo por que ansía, ni las privaciones, que le afectan poco, ni los muchos hijos, que ama; el drama de la vida del campesino es la quinta, la bien denominada contribución de sangre. La mano del ministro que firma el decreto que la ordena, temblaría si supiese los torrentes de amargas lágrimas que va a costar, los corazones que va a partir, y las existencias que va a destrozar.

¡Cuándo querrá Dios que veamos a la civilización echarse en los brazos del cristianismo su padre, y unidos lograr que no se armen los hombres sino voluntariamente, y con el solo fin de rodear el trono para su decoro, y la justicia para su fuerza!

La tía Melchora estaba en un estado que participaba de la más desconsolada desesperación y del más profundo abatimiento, pues sus dos hijos entraban en suerte, porque tenía otro hijo mayor casado en Chipiona.

Esteban había salido libre en otro sorteo, y por lo mismo pensaba que no concede dos dichas la inconstante suerte. En cuanto a Lorenzo, decía él mismo que tenía presentimientos de que por su propia mano le vendría el mal. Y no se equivocaron en sus previsiones ni la madre ni el hijo, porque ambos hermanos cayeron soldados.

Capítulo VIII.

La panadera donde solía ir Dolores a escoger trigo era una joven viuda que se había prendado de Lorenzo. Buscaba constantemente pretextos para ir en casa de la tía Melchora, y los hallaba igualmente para atraer a Lorenzo a la suya, ya para llevarle el trigo al molino, ya para hacerle acarrear el que compraba, de algún granero a su casa. El natural desvío que era peculiar a Lorenzo, y que con ella, a pesar de ser joven, rica y buena moza, rayaba en hastío e impertinencia, no bastó a hacerla desistir de su intento; al contrario, la aferró más en él.

El día que había caído soldado fue Lorenzo a llevarle unos melones de su cojumbral que le había encargado.

Subiólos éste al sobrado, y volvía a irse sin hablar una palabra, como solía hacer, cuando le llamó la viuda.

-¿Con que... -le dijo- has caído soldado?

-No podía fallar, -contestó Lorenzo;- que tengo la fortuna mocosa.

-Vamos a ver, -prosiguió la viuda:- ¿y si hubiese quien te diese a mano para que te librases?

El corazón saltó en el pecho al joven, como si le hubiese tocado la pila de Volta.

-¿Y sabría usted quizás de quien me emprestase ese dinero? -preguntó con ansia.

-Sí, sí, -contestó la viuda,- y quizás de quien te lo diese; teniendo presente que real que guarda a ciento, es buen real.

Al oír estas palabras, Lorenzo, que había tiempo conocía las intenciones de la viuda, comprendió la indirecta, y su alegría momentánea se apagó como una luz, y su semblante se cubrió de su habitual ceño.

-¡Vaya! ¿Qué dices, Lorenzo? ¿Y es tan mala la proposición, que te encapotas como cielo de Diciembre? ¿Qué dices?

-Señora, aconseja la copla:

En tu vida, de nadie

Dádivas tomes;

Y con eso te excusas

De obligaciones.

-¡Vamos, ven acá, hombre! No estés tan retenido y metido en ti, ni seas como el tío May Miguel, que tenía vergüenza hasta de ser hombre de bien. Todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte. ¡Si no fueras tan díscolo... podría una entenderse! Ya sabes que mi Juan, cuando murió, me dejó la casa, el horno y la panadería: yo necesito, como el

comer, un hombre que esté al frente de ella; el trabajo, para el que al frente se ponga, es poco, y la ganancia mucha. Podrías tú...

-Señora, yo no entiendo de panadería.

-También sabes que me dejó una piara de vacas de las grandes, y que surte a la carnicería; hay en ella rastras, añojos, utreros y aralos.

-Señora, yo no he manejado ganadería.

-También me ha dejado buenos cuartos; hallarás morusa.

-¿Y yo qué tengo con eso?

-Que podrías manejarlo.

-No señora, yo no entiendo de grajas peladas, -dijo alejándose Lorenzo;- no quiero cargos; mientras menos cargos, menos descargos.

-Vamos, hombre, lo que estás diciendo no son más que chancharras y mancharras. ¿No te digo claro que a tu querer, todo sería tuyo?

-Yo no quiero bienes con tranquilla, -dijo, saliéndose, Lorenzo.

-¿Habrás visto calza-polainas más encrestado? -murmuró la panadera al verlo salir.

La viuda, que tenía la convicción de que Lorenzo admitiría sus ofertas, se había de dejado decir que bien podía tocarle la suerte a Lorenzo; pero que las insignias de soldado no habían de caer en su cuerpo; que no había de pisar lodo, ni comer en rancho.

Como todo se repite con añadiduras y variantes en los pueblos como en las ciudades, llegó este dicho de la viuda a casa de los López, ganando en cada nueva edición, si no corrección, aumento. Al tío Mateo le dejó incrédulo, enajenó a la tía Melchora, y consternó a Dolores.

-Lorenzo, -le gritó su pobre madre al verle llegar,- ¿es verdad que la viuda te va a poner un sustituto?

-¿Qué está usted diciendo, madre?

-Que dicen te da el dinero para ello.

-¡Dar! ¡dar! Señora, lo que se da son los buenos días.

-Pues no serán dados; serán prestados.

-No se presta sino paciencia, ni se convida más que a misa, señora.

-Es que tú no lo habrás querido tomar, Lorenzo.

-Yo... ¡Madre! ¡Pues si estoy como las ánimas benditas, deseando siempre que me den!...

-Y bien que ha hecho de no tomar prestado, -dijo su padre,- porque mas que sea un buen trabajador que todos le quieren y siempre anda pujando, sabe Dios cuándo habría podido pagar; y cochino fiado, gruñe todo el año.

-Lorenzo hijo, es que dicen que se quería casar contigo. ¡Y tú rehusas esa suerte!... -dijo su madre.

-¿Quién ha sacado eso? ¿No sabe usted, señora, que es de calidad el no, que la hembra se lo dice al varón? Porque quieren desacreditar a esa mujer.

-No la desacreditan, hombre; nada malo se ha dicho.

-No, no la echan abajo, pero la van destechando. ¡La envidia, señora, la envidia! Pues como es rica y buena moza, las otras rabian y muerden.

Mientras todos sentados a la puerta se quejaban y lloraban por la ida de los hermanos, Lorenzo, que había notado la pensosa e inquieta impresión que había causado en Dolores cuanto sobre la rica panadera se habló, se había sentado en el banco en que solía sentarse, y apoyada la cabeza en la pared, clavada la vista en las estrellas del cielo, a las que parecía dirigirse, cantaba en queda pero clara voz, y con la admirable flexibilidad y el exactísimo oído que hacen necesarias las delicadas y a veces extrañas modulaciones y cambios de tonos que tienen las melodías populares.

La canción que cantaba, por decontado era dirigida a Dolores, la que no perdía una sílaba del texto, ni una modulación de la tonada que llegaba a un tiempo tan dulce y melodiosa a su oído y a su corazón.

Era ésta la canción:

-Pastor, que estás en el campo
De amores tan retirado,
Yo te vengo a proponer
Si quisieres ser casado.
-Yo no quiero ser casado.
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
Adiós, que me quiero ir.

-Tú, que estás acostumbrado
A ponerte esos sajones,
Si te casaras conmigo,

Te pusieras pantalones.
-No quiero tus pantalones,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
Adiós, que me quiero ir.

-Tú, que estás acostumbrado
A ponerte chamarreta,
Si te casaras conmigo,
Te pondrías tu chaqueta.
-Yo no quiero tu chaqueta,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
Adiós, que me quiero ir.

-Tú, que estás acostumbrado
A comer pan de centeno,
Si te casaras conmigo,
Lo comieras blanco y bueno.
-Yo no quiero tu pan blanco,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
Adiós, que me quiero ir.

-Tú, que estás acostumbrado
A dormir entre granzones,
Si te casaras conmigo,
Durmieras en mis colchones.
-Yo no quiero tus colchones,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
Adiós, que me quiero ir.

-Si te casaras conmigo,
Mi padre te diera un coche,
Para que vengas a verme
Los sábados por la noche.
-Yo no quiero ir en coche,
Responde el villano vil:
Tengo el ganado en la Sierra:
Adiós, que me quiero ir.

-Te he de poner una fuente
Con cuatro caños dorados,
Para que vayas a ella
A dar agua a tu ganado.
-Yo no quiero tu gran fuente,

Responde el villano vil;
Ni mujer tan amorosa
No quiero yo para mí.

Por la noche, mientras los demás quintos, más alegres, o con cariños menos profundos que Lorenzo, se reunían y bebían para ahogar y disimular su abatimiento, y recorrían las calles cantando:

Muchachas, si queréis novios,
Pintadlos en la pared;
Que los mocitos de España
Son de la Reina ISABEL.

Lorenzo, con amarga y trémula voz, decía a Dolores:

-¡Ya sabía yo que me tocaría la suerte! Ahora quedas tú campando por tu respeto.

-¡Válgame Dios! -repuso Dolores, que estaba llorando.- Te empeñas en amargarme más la ausencia, Lorenzo.

-¿Me olvidarás, Dolores?

-No, aunque me olvides tú.

-¡Sabes que eso no cabe!

-En ti, más bien que en mí.

-¿Por qué razón?

-Porque tú no tienes, como tengo yo, un recuerdo que te alza en mi corazón un altar.

-Y cata ahí por qué confiar no puedo en tu amor, que es más amor de hija que de novia.

-¡Anda, no caviles; que amor que nace del recuerdo de una madre no será de peor calidad, sino más santo y más firme que los que nacen al son de la guitarra!

-Pues júrame guardarme tu fe.

-Te lo juro.

-¿Por qué?

-Por mi salud.

-No basta.

-Por mi vida.

-No basta.

-Por mi salvación.

-No me satisface.

-¡Por el alma de mi madre! Pero... ¿por qué desconfías tanto?

-Porque me da el corazón que me has de olvidar.

-Tu corazón es tu verdugo, Lorenzo.

-Porque es leal. Otra cosa me has de jurar.

-¿Qué cosa?

-Que no te irás de aquí, ni del lado de mi madre, aunque se vaya Pepa a otra parte.

-Bien está; te lo juro.

-Ahora una cosa te advierto. Si por otro me dejas, en volviendo yo, no ha de comer aquél más pan, pues a mis manos muere.

-No amenazas, Lorenzo; que no está eso bien.

-No es amenazarte, es prevenirte.

-No he de hacer por miedo lo que no haga por cariño, Lorenzo. Y ya que desconfiado eres, más habías de desconfiar de un amor que amenazas, que de un amor que halagas. Disfruta de él como la abeja de su miel; no lo destroces, como el lobo su presa, y déjame al partir un recuerdo que consuele, y no amargue la ausencia.

Capítulo IX.

Pasó un año, y en la casa del tío Mateo López cada día se hacía más larga la ausencia de los hijos, porque el padre anciano no podía labrar solo sino parte de su tierra.

Los alegres y serenos ojos de la tía Melchora se habían empañado con las lágrimas, y entristecido con la expresión de un incesante recuerdo. La casa había venido a menos, y perdido aquel aire de tranquila felicidad que la hiciera tan apaciblemente alegre.

Pero aún le esperaba otro nuevo trastorno, y todo trastorno en esas suaves y monótonas existencias suele ser siempre un nubarrón en un cielo despejado. Señor Canuto era

destinado a Sevilla, y debía partir. Si era esto para todos una pesadumbre, para Dolores era una pena destrozadora, porque no quería separarse de Pepa, aquella excelente mujer que tanto cariño le había demostrado; y no podía, por la terminante palabra que había dado a Lorenzo, ausentarse de allí. Tampoco le era posible quedarse con la familia López, por lo atrasada que se encontraba con la falta de los hermanos. Pepa se la quería, llevar, y la tía Melchora conservarla a su lado, pues la quería con ternura, por ese sentimiento que lleva a las madres a amar a los que aman a sus hijos, hallando en el corazón de Dolores un eco fiel de sus cuidados y de su aflicción. Pero, como hemos dicho, la pobre Dolores se veía obligada a rehusar ambas ofertas.

Puede que hallen algunos que esta verdadera pugna de generosidad por amparar a una huérfana entre dos familias pobres, es pintar como querer. A esto sólo contestaremos que los que no lo crean, vayan por los pueblos de campo, en que no hay casas de expósitos, y no se conoce el infanticidio, y averigüen qué se hace de las muchas criaturas que llegan a ser huérfanas, en un país en que, por lo regular, es corta la vida de los hombres, como combatida por muchas vicisitudes desconocidas en el Norte.

Dolores acudió en sus apuros al Padre Nolasco, el que, si bien no conocía a Séneca, ni le contaba en el número de los Santos de su devoción, conocía mucho el corazón, las pasiones y las circunstancias de las gentes de campo. Así es que con sana razón y expedientes poco remontados sabía allanar dificultades mejor que otros, con más ciencia y más alcances, hubiesen podido hacerlo. El Padre Nolasco, sin devanarse los sesos (cosa que no acostumbraba a hacer), propuso a Dolores el medio de sacarla de sus apuros.

-Mira, -le dijo:- Doña Braulia me ha encargado moza; quiere una buena muchacha, recogida, aseada, hacendosa; en fin, de mi satisfacción. Métete a servir allí, que son gentes de las buenas, ya lo sabes; no sales de aquí, no gravas a nadie, y ganas veinte reales al mes, que al año son doscientos cuarenta, con lo que tendrás para comprar tu ajuar cuando venga cumplido Lorenzo. Si el torbellino de tu hermano se hubiese metido a porquero en casa del compadre Gil Piñones cuando yo le proporcioné la conveniencia, no andaría dando tumbos por esas mares. ¡Qué picudillo era! No bien se le quería enterar de alguna cosa, cuando decía: «¡Ya está acá!» y estaba impuesto. Y con eso, tenía la sangre de un cordero, más alegre que el día, y más blando que un vellón; pero terco era como mula gallega.

Dolores accedió a la proposición del Padre, aunque sintió profundamente separarse de Pepa; y ésta, si bien tuvo un gran pesar, nada pudo oponer a tan buena resolución y a las causas que la motivaban.

Doña Braulia Toro era una buena mujer, muy vulgar, muy gorda y muy jovial; pero esta última buena cualidad la había perdido desde que había heredado el caudal de D. Marcelino Toro, su hermano. En su lugar le había entrado una desgraciada pasión por lo fino, la que la llevaba a amargarse la vida, embutiendo sus recias formas, criadas a la buena de Dios, en un corsé que mandó venir de Cádiz, y sus maneras francas y a la pata la llana en una remilgada afectación, cuyas ridículas pretensiones quitaban a su trato, como el corsé a su cuerpo, toda la bonachona naturalidad propia de su persona.

En cambio Rosa, que era su hija única, y contaba trece años, era una verdadera hija de la naturaleza andaluza, despejada, viva, alegre, maliciosa y sincera.

Nunca pudiera hallarse un exterior más en armonía con el carácter y la edad de la persona. Su cara era redonda y sonrosada; su fresca boca siempre estaba en ejercicio, luciendo su deslumbradora dentadura hablando, cantando o riendo; sus hermosos ojos lanzaban, ya burlonas, ya alegres, ya despóticas miradas, maliciosas sin ser malignas, e inocentes sin ser cándidas; su garbosa cabeza, en continuo movimiento y siempre adornada con flores; sus movimientos bruscos, su poco asiento, unido a su buen corazón y rectos instintos, formaban un conjunto tan gracioso y tan seductor, que forzaba a todos a quererla por un irresistible impulso, como es preciso sentir la grata impresión de una fresca y loca brisa.

Rosa creía la alegría el estado natural, y la franqueza la sola expresión posible en la criatura; no había aún comprendido las lágrimas, ni menos la tristeza.

Le aburrían las gentes serias, empezando por su madre, desde que se había metido a fina y compasada; de las tristes huía cielos y tierra. Nunca había pensado dos minutos seguidos sobre una misma cosa; la reflexión era mucho peso para una cabeza que no conocía otro que el de las flores. Criada sin traba alguna por su madre, tenía las ventajas y desventajas de esta crianza. Tan imposible hubiese sido inculcar una idea grave en su indómita mente, como un sentimiento malo en su corazón inmaculado. Rosa corría la senda de la vida como las de su jardín; de ambas quería flores por tributo, puesto que criarlas era su misión.

Tenía Rosa dos grandes deseos: el uno, ya antiguo, era tener una muñeca que abriese y cerrase los ojos; el otro, moderno, era tener un novio que le diera el inexplicable placer de cogerle las vueltas a su madre y de acudir a la reja como las mozas. Si ambos deseos se hubiesen realizado, hubiese sido la muñeca que abría y cerraba los ojos una temible rival para el novio, y habría alguna vez logrado lo que no la autoridad materna: el hacerle faltar a una cita.

Cuando su madre había querido darle maestros, ya era tarde. No fue posible que aprendiese la a, ni que hiciese un palote.

-¡Pues qué! ¿Quiere usted -decía a su madre- que salga yo ahora como los chiquillos de la escuela: «b a, ba; b e, be, la cartilla no la sé; no me pegue usted, maestro, que mañana la sabré», para que todas las otras mozas se rían de mí?

-¡A ver la niña! ¡Moza tempranera! El saber es de gente fina, y es un caudal, -decía su madre.

-¡Qué, señora!... -objetaba la niña.- Dice la copla:

Con saber y no tener,
No prevalece ninguno;
Que lo que le sobra al sabio
Son muchos días de ayuno.

Doña Braulia había hecho intervenir en este asunto al Padre Nolasco, pero con pésimo éxito.

-Todas las edades son buenas para aprender, -le decía el Padre Nolasco.- Tu tío a los cincuenta años aprendió a pintar, y salió un portento.

-Pues usted, ¿por qué no aprendió a pintar?

-La pintura no la pueden aprender sino los ricos; pero todos pueden aprender la leyenda, y todo lo sabe el que sabe leyenda.

-¿Sí? -repuso Rosa.- ¿Pues a que usted con su leyenda no sabe una cosa, y eso que es de su oficio?

-¿Qué cosa?

-¿En qué se parece un ético a una ermita?

-¡Tales sandeces! ¿En qué se han de parecer? En nadita de este mundo.

-Pues se parecen.

-¡Ea, calla!

-Que se parecen, digo. Y usted debería saberlo más bien que yo, que no soy clériga ni médica.

-¿Qué estás ensartando, chiquilla?

-Que con tener pluma y leyenda, no sabe usted que una ermita y un ético se parecen en no tener cura. ¿Lo sabe usted ahora, Padre Nolasco?

-Ya levantó el vuelo ese chorlito, -dijo el Padre, al ver Rosa entrarse corriendo y saltando en el jardín.

Capítulo X.

Debemos dar al lector una reseña de quién era este D. Marcelino Toro, que entre bastidores ha hecho varias veces papel en este relato.

Don Marcelino, hijo de un mercader de tan mínimas proporciones que no cabían el padre y el hijo detrás del mostrador, fue enviado por Marcelino, padre, a América, donde halló otro mostrador de mayor tamaño, detrás del cual, con los años, la paciencia y la hombría de bien, salió de repente un día millonario, según sus paisanos, pero en realidad

con veinticinco mil duros. Volvió con ellos triunfante a su pueblo, con ítem más unas sardinetas en las bocamangas, de no sabemos qué comisaría; en fin, de lo más ínfimo en la abundante clase de bordados, galones o sardinetas concedidas a las personas que menos analogía tienen con el significado que representan.

Como hay grandes desgracias, hay grandes felicidades que pasan en este mundo desapercibidas. No es fácil que nadie se llegue a hacer una idea de la íntima dicha con la que D. Marcelino volvió a su pueblo, del que saliera como Job, y al que volvía como Crespo.

Lo primero que hizo fue comprar una casa adecuada a un personaje como él. Entre los encontrados impulsos que le movieron en esta empresa, esto es, su deseo del bienestar y de lucir, y el apego a los mejicanos, dulce fruto del trabajo de toda su vida; entre su deseo de lucir, que le empujaba, y el de gastar poco, que le retenía; entre su mal gusto y su afán por lo elegante, se confeccionó la casa del modo siguiente. No queriendo labrar de planta, compró la mejor casa que halló de venta; pero a poco, pareciéndole chica, compró la de junto y se la agregó. Después de esto echó de menos un jardín, y Don Marcelino quería a toda costa jardín, pero un jardín aristocrático, en armonía con las sardinetas de su dueño, con bojés, estatuas, perspectivas, estanque con peces colorados, y sobre todo con laberinto; ¡el laberinto era el ideal de D. Marcelino! Con este fin compró otra tercera casa con un gran corral que lindaba con el suyo, echó la tapia abajo y formó su jardín, en el que aglomeró todas las cosas que llevamos expresadas, menos las perspectivas, por no ser dable; pero las hizo pintar en la pared por un chafalmejas que mandó venir de Cádiz, y con el que entabló las más simpáticas relaciones, como veremos después. Este jardín, gracias a los jazmines, a las madreselvas, a las parras, a los rosales, mirtos y otras mil ninfas de la corte de Flora, se hizo en breve un paraíso, a pesar de lo ridículo de su planta y construcción. El laberinto, en que sólo se perdían los topos, fue un ramillete encantador de mirtos; las enredaderas cubrieron las paredes con sus templetes celestes, color de rosa y amarillo con pretensiones atenienses. Las parras hicieron de la alberquita de los peces colorados un sitio delicioso de sombra y frescura, y los arbustos de flor y los rosales cubrieron decentemente a las estatuas de madera de una Diana raquífica y de una Venus enana, de manera de no dejarles asomar más que sus narices no griegas.

Al alhajar su casa, lo primero de que se ocupó D. Marcelino fue de mandar a su querido chafalmejas que sacase su retrato, con el fin de perpetuar la memoria de sus sardinetas. El chafalmejas trasladó, en efecto, a un gran lienzo la triste figura de Don Marcelino, entristecida aún por unas siniestras sombras que le guindaban a ambos lados de su boca como bigotes, se dibujaban en su sien como dos parches para el dolor de cabeza, y en su nariz como cardenal. Pero en cambio había echado el resto el pintor en la parte esencial del retrato, esto es, la mano izquierda, que, traída sobre el pecho, metía en el chaleco tres dedos como tres garrotes, luciendo en la manga las susodichas sardinetas. En la otra mano tenía D. Marcelino una carta abierta como un cartelón de toros, en que se leía:

JUAN ALMAZARRÓN FECIT.

Esta obra de arte fue colocada en el testero la sala, y cubierta con un deshilado para preservarla de las irreverentes embestidas de las moscas. Don Marcelino se entusiasmó de

tal manera, con esta obra maestra, por el arte de Apeles, que se decidió a cultivarlo él mismo, y a dedicarle sus ocios.

Como el bourgeois gentilhomme de Molière, que a los cuarenta años se halló de repente poeta, Don Marcelino a los cincuenta se halló de repente artista. El chafalmejas le animó, y despertó entre sus sentimientos -buenos y pacíficos veteranos- la noble emulación y el ardiente amor por las glorias de Murillo.

Dejamos a la consideración del lector la monstruosidad de los mamarrachos que confeccionaron entre el discípulo y el maestro. No obstante, hallaron muchos admiradores, y entre ellos era el más sincero el Padre Nolasco, amigo de D. Marcelino; lo que le valió el regalo que le hizo del imperecedero vestido de cúbica.

Los primeros ensayos tomados del natural que hizo el aprendiz novel, fueron bodegones. El chafalmejas, encargado de la composición y de la pintoresca agrupación de los objetos que debían agruparse, fue a la cocina y trajo una sartén, un candil y cuatro estropajos, y de la despensa, entre otras legumbres, en obsequio a Rota, una de sus afamadas calabazas, que destinó a ocupar el puesto de honor en el cuadro. Fue, pues, colocada sobre los estropajos, que le formaron una barba corrida de gastador, poniéndole de vanguardia unos nabos, y de centinela unos espárragos. El candil se colgó en el fondo del cuadro, y encendido con bermellón, esparcía sus rojos reflejos sobre los nabos, que trocó en remolachas, y sobre los estropajos; de lo que resultó que la calabaza apareció como el rostro del famoso pirata Barba-Roja.

Después del buen éxito de este bodegón, que pasó a adornar el comedor, envalentonado el discípulo, pasó a hacer santos. El tamaño de los cuadros fue creciendo con el entusiasmo del pintor, hasta llegar a un San Cristóbal gigante, que alborotó al pueblo, y hubo empeños para ir a verlo. El Padre Nolasco, que estaba más ancho que el mismo autor, llevó al Santo una gran cantidad de admiradores. «¡Aquí, aquí! -les decía llevándoselos al extremo opuesto del taller.- ¡Aquí, aquí! Que la pintura, el rey y el sol, de lejos se ven mejor». Y luego, enseñándoles los pinceles y los colores, añadía «Esto, Miguel, vale más plata que tu cosecha. Y con tantos colores y tantos pinceles, ¿no quieren ustedes que pinte bien? Lo que tendría que ver es que con ellos pintase mal. Con buenos avíos, no hay cocinera mala».

Al ver el triunfo de su San Cristóbal, la pasión artística de D. Marcelino se desbocó, su ardor no tuvo límites, y preparó un lienzo de cinco varas de ancho y cuatro de alto, para dedicarse al género histórico. Titubeó entre la toma de Rota por Alfonso X, el Sabio, por los años de mil doscientos y tantos, o la toma de Rota por el conde de Essex, que desembarcó en ella el año de mil setecientos y tantos, a favor de la traición del gobernador del castillo, que era italiano, y se llamaba Escipión Brancacho Mas se decidió por la primera, no por ser más patriota, sino por el deseo de pintar turbantes.

Pero aquí se presentaron serias dificultades, no artísticas, -éstas no existían para Almazarrón y su discípulo;- eran materiales. D. Marcelino, que era chico, no podía alcanzar ni a la tercera parte de la altura del lienzo. Entre varios expedientes que se buscaron para poner las manos del artista al nivel del obieto que pintaba, el que se adoptó fue el que propuso el Padre Nolasco, que era traer un púlpito de cátedra, que aún existía en su

convento, al que un carretero aplicó unas ruedas para poderlo mover, y al que se le puso - puesto que el cuadro monstruo se pintaba en el patio al aire libre- un paraguas por vativoz. Metido, pues, en su púlpito, como un predicador, pintó D. Marcelino con su acólito la segunda parte; pero quedaba la tercera, a la que no alcanzaba ni puesto de puntillas en el púlpito.

En vano se devanaban los sesos el maestro, el discípulo y el Padre Nolasco: no hallaban expediente. El desaliento iba reemplazando al entusiasmo, como en la playa la baja mar a la alta mar. Pero como no era posible que quedase el castillo sin almenas, los caballos sin orejas los héroes sin cabeza, los moros sin turbante, las astas sin pendones, y el cielo sin la media arroba de azul de Prusia preparado para su confección, era indispensable proveer al medio de poner a D. Marcelino en proporción de poder repartir almenas, orejas, turbantes y pendones. El Padre Nolasco propuso unos zancos, el maestro una escalera; ambas cosas fueron desechadas por incómodas y peligrosas por D. Marcelino, que, como el más interesado, halló al fin el medio a propósito, cómodo y seguro para ponerse a la conveniente altura.

Compró una cincha de albarda, a la que afianzó una gruesa sogá; colocó una fuerte argolla de hierro en el techo, por la que pasó la sogá; afianzose la cincha al cuerpo, e hizo que, tirando el maestro y el Padre Nolasco de la sogá, le izaran a la altura conveniente. Todo fue a medida del deseo, y mi Don Marcelino, con su paleta y sus pinceles en la mano, fue subiendo por los aires como un serafín, con gran satisfacción de los maquinistas del aparato; pero apenas estuvo a cierta altura, cuando la sogá, que era nueva y muy torcida, con el peso que tenía, empezó a destorcerse con creciente rapidez. Fue tal el asombro del Padre Nolasco y del maestro al ver a D. Marcelino, con los brazos abiertos y gritando a todo gritar, dar por los aires aquellas desatinadas vueltas, que soltaron la cuerda y echaron a correr; con lo cual el pobre D. Marcelino cayó al suelo, en el que quedó aplastado como una rana.

Recordando y comparando entonces su accidente con el que al pobre Murillo costó la vida, sintió enfriarse su entusiasmo artístico, y colgó las armas de Apeles.

Capítulo XI.

Don Marcelino se encontraba en su posesión tan satisfecho, que a haber podido tener noticias de que un francés no había hallado más hombre feliz que un paria en una choza india, no se habría reído, porque no era hombre risueño, pero se habría indignado contra las pamplinas y paradojas de los embadurnadores de papel. Paseábase por su jardín y por su casa en una especie de tranquilo éxtasis, en el que sólo sentía que el día no tuviese más que veinticuatro horas, ni el año más que trescientos sesenta y cinco días.

Diez años disfrutó D. Marcelino su bienaventuranza, ocupándose en invertir sus amados mejicanos según el consejo que con su buen sentido común le había dado el Padre Nolasco, diciéndole: «Finque usted, finque usted, D. Marcelino; que el caudal de tu enemigo en dinero lo veas». Pero al cabo de estos diez años, y cuando menos se pensaba, tomó la parca

por tijeras una pulmonía, y en ocho días pasó, D. Marcelino, aunque con pocas ganas, a mejor vida.

Don Marcelino tuvo una buena muerte. No perdonó a sus enemigos, por la razón de no tener ninguno; distribuyó muchas limosnas en su testamento, encomendó piadosamente su buena alma a Dios, y como postrer debilidad humana, mandó que le enterrasen con su uniforme puesto.

Su hermana Doña Braulia Toro, viuda de un arriero, heredó el caudal de su hermano, y se trasladó a la casa heredada, que sabemos era como la Trinidad, tres en una. Por descontado permanecía en el puesto de honor el famoso retrato, en el que, desde la muerte de su original, se habían aún oscurecido las sombras. No lo miraba una vez el Padre Nolasco sin que le tributase un elogio, y en seguida rezase devotamente por su amigo un Padre Nuestro. Rosa lo había notado; y cuando iba allá el Padre, no cesaba la alegre y traviesa muchacha de llamar su atención sobre el retrato, segura de que no marraba una vez sin que exclamase el buen Padre: «¡Bello señor!», y le rezase en seguida su Padre Nuestro.

La madre, que había notado esta travesura, había reñido a su hija, y prohibídole la reincidencia. Pero Rosa, con su acostumbrada indocilidad, no hacía caso de la prohibición, y el buen Padre seguía, cada vez que Rosa nombraba al difunto, con el infalible ¡bello señor! y con su inseparable Padre Nuestro.

¡Qué de expresiones hay (sea dicho entre paréntesis), que por triviales y comunes no nos llaman la atención, y que son las más profundas sentencias! Una de ellas es: «¡Cuántos hay que se van al cielo en calzones blancos!» Esto hará alzarse de hombros a los que consideran al talento como la mayor superioridad del hombre, -lo que es el más craso de todos los errores,- y a los que están en el no menos craso de que la superioridad de este mundo es la misma que la del otro. Dumas, al que no se tachará de místico, lo ha dicho: «Es cierto que lo grande a la manera de los hombres, no es lo grande a la manera de Dios».

Danos vergüenza traer citas de un autor profano, cuando esta gran verdad se halla tan repetida en la Sagrada Escritura. Pero lo hemos hecho, porque creen los más que los textos de la Escritura sólo pertenecen a las altas regiones del alma, y que son impropios a descender y mezclarse en el círculo rastrero de la vida común. Míranlos como el incienso, que es perfume sólo adecuado a los templos; sin tener presente que es éste un holocausto que de la tierra sube al cielo, y que la palabra de Dios, al contrario, del cielo baja a la tierra para guiar al hombre.

Al día siguiente de la conversación que había tenido con Dolores, fuese el Padre Nolasco en casa de la viuda, y después de saludarla, le dijo:

-Braulia, te tengo una moza completa.

-Vaya, me alegro, -contestó ella.- ¿Tiene juicio? ¿es buena cristiana? ¿sabe lavar? ¿es aseada? y sobre todo, ¿no es muy gansa?

-Mujer, te digo que es una prenda.

-Padre Nolasco, -dijo Rosa,- ¿no le parece a usted que al retrato de mi tío le han dado un golpe, y que está ladeado?

El Padre Nolasco levantó la cabeza, le miró y contestó:

-¡Qué! No; tan derecho está como estaba tu tío, en paz descanse. ¡Qué buena pintura! ¡Particular! Aquel Juan Almazarrón sabía su oficio. El otro día dijo el cura que hay uno en Madrid que retrata a la reina, que le dicen D. Federico Madrazo, que es un asombro. Pero ¡qué! A éste no llega. ¡Qué ha de llegar! Mas, esas son suertes de las criaturas. Si Juan Almazarrón hubiese ido a Madrid, otro gallo le habría cantado. ¡Si allí vieran este retrato! ¡Bello señor! Padre Nuestro.

Lo demás lo prosiguió en voz baja.

-Lo que estás haciendo -dijo Doña Braulia a su hija, bien cierta de que el Padre no la oía- es muy ganso, y no lo hace ninguna señorita bien ducada. Si lo vuelves a hacer, te he de tirar un pellizco que te chupes los dedos de gusto; me has de ser fina, o he de poder poco, ¡canario!

-Madre, déjese usted de lo fino, que se quiebra, y deme un racimo de uvas, que las tiene usted más guardadas que oro en paño.

- La gente fina no come a deshonra, -objetó la económica señora.

-Padre Nolasco, -exclamó la niña,- mi madre no me quiere dar uvas, porque dice que es muy ganso y deshonra. ¿No es verdad que mi tío Marcelino, que era fino, las comía hasta hartarse?

-Verdad es, -repuso el Padre Nolasco, sonriendo a sus recuerdos:- las moscateles se traían de la viña a cargas.

-Y como las uvas engordan, se pondría como chivo de dos madres, -observó suspirando Rosita.

-Ogaño (digo, este año) se han ajeñado las moscateles, -dijo doña Braulia.

-¡Mentira! -murmuró Rosa.

-¿Qué dices? -le preguntó el Padre Nolasco.

-Que si no le parece a usted -gritó la chiquilla- que mi tío tiene unos parches para el dolor de jaqueca en las sienas como las gitanas, y un moscón en las narices.

-¡Qué! No, -respondió el Padre Nolasco, mirando al cuadro.- Está idéntico; esa mano está propia. ¡A bastantes socorría esa mano... que le están echando de menos! A mí me regaló este vestido y me dijo: «Padre Nolasco, que lo deseche usted con salud. -En vida de

usted, respondí yo». ¡Pero mi deseo no se cumplió! ¡Ni el suyo tampoco se cumplirá, porque más ha de vivir el vestido que yo! ¡Bello señor! -añadió suspirando.- Dios le tenga en gloria. Padre Nuestro.

-¡Ay! ¡Ay! -grito Rosita echando a correr, por haber sentido en sus brazos el fino contacto de los finos dedos de su fina madre.

Al día siguiente entró Dolores en la casa, triste y tímida, pero con el buen deseo de agradar y de cumplir con su obligación.

A poco Rosa la quería con extremo, y Doña Braulia estaba muy satisfecha de ella, porque, además de callada, trabajadora y aseada, tenía para la económica y fina señora dos grandes excelencias: comía poco, y no era gansa.

Un día dijo a su hija:

-Dolores muy buena es; pero es un poco zorrolla, tiene unas fuerzas como un mosquito arrecido, y anda como gorgojo por alquitrán.

-¡Vaya con las finuras de usted, madre! -exclamó Rosa soltando una carcajada.- Por más que hable usted supuesto, la última palabra al centro va.

-Lo que quería decir es espaciosa, -repuso avergonzada Doña Braulia.

-¡Y qué! ¿Quiere usted, madre, -respondió con viveza Rosa,- que todo se lo halle hecho, sin hacerlo, y sea como la beata de Sevilla, que ponía huevos con una bebida?

-No se dice madre; se dice mamá o mamaíta, ¡gansa!

-¡Señora, por el amor de Dios! Deje usted eso de papá, mamá, tata, nana, para los niños y para las gentes que tienen malo el pronunciado y la lengua gorda; que yo tengo clara el habla y la lengua bien colgada.

-¡Oiga!... So desvergonzada, ¿de dónde le vino al garbanzo el pico?

¡Y qué! ¿Quiere usted hacer de mí una mona? De eso no ha de haber naa, madre. Trabajadora seré como mula gallega; pero soy mosto de mucha caliá para alambicado, -respondió Rosa.

-No quiero que trabajes; para eso tengo moza, -repuso su madre.- Quiero que cuezas; lo que haces muy mal, pues entre puntada y puntada, te cabe una vieja sentada.

Allí pasó Dolores un año tranquilo, y aún hubiérase podido decir contento, si su corazón no hubiese contenido el recuerdo de su madre, como unas tristes cenizas. y los de Lorenzo y Tomás como dos llamas vivas agitadas por la inquietud.

Un día le dijo de repente Rosa:

-Dolores, ¿tienes novio?

El amor en los pueblos de campo, como precursor que es siempre del matrimonio, es cosa tan natural, autorizada y legal, que nunca los que por él están unidos, lo niegan. Así fue que contestó Dolores sencillamente:

-Sí tengo.

-¡Dichosa tú!... -repuso Rosa.- Pero ¿dónde está, que no le he visto?

-Está fuera.

-¿Fuera? ¡Ay! Entonces, ¿cómo sabes que es tu novio?

-Como sabe él que yo soy su novia, porque nos queremos.

-Un novio que está fuera... es como un jilguero que no canta. ¿De qué sirve eso? Yo no lo quiero. Si yo tuviese novio, había de ser para que me trajese música y nos casásemos prontito.

-¿Y por qué tienes ese afán por casarte?

-¡Pues no es nada! Para salir de debajo de la férula de mi madre, que es más cansada que un moscón de siesta. Pero has de saber que si viene tu novio... ¿Cómo se llama?

-Lorenzo.

-¿Lorenzo López? ¡Ay Jesús! ¡Pues si dicen que ése tiene tres por banda la capitana! ¡Estás fresca! ¡POBRE DOLORES! Pues si viene Lorenzo, digo, y entra a verte, se muere mi madre de berrenchín como un gorrión, pues creo que se ha figurado que cuantos novios hay en el mundo son asesinos. Estoy para mí que mi padre fue su marido sin ser su novio.

-No entraré, -dijo sonriendo dulcemente Dolores.

-Es que ni hablar por la reja podrás si lo llega a saber: te digo que cree mi madre que los novios traen la peste.

-No saldré a la reja, señorita, -dijo Dolores.

-No me digas señorita cuando mi madre no esté delante: te lo he dicho más de once mil veces. Mi madre, esa chanflona que con el justillo o cotilla que ha echado, y con la manteleta de fleque, parece un revoltillo mal liado, la echa de Doñata, y le pega el Doña como a mí el traje de cola de la infanta: sucédele lo mismo en todo. Las cosas de dulce que untes hacía, se podían presentar al rey; natillas, arroz con leche, pestiños, rosas, alfajores, leche frita y tortas, nadie las hacía como su mercé. Ahora no quiere hacer más que buines, y todos los quema, o los deja crudos, y no se pueden comer. Pero ya que tienes novio,

Dolores, deberías estar contenta y alegre; no que siempre estés con la cara como la Señora de las Angustias, y en tu vida de Dios ni hablas, ni ríes, ni cantas.

-Tiempo hubo -respondió Dolores- en que reía y cantaba. Pero si perdí a mi padre ahogado, a mi madre sola y abandonada en una playa; si tengo al hermano de mi corazón embarcado y tan lejos de mí, que la ausencia es ya de años, y puede que sea eterna; si a Lorenzo tocó la suerte de soldado y también partió, ¿cómo quieres, Rosa, que pueda hablar cantar y reír?

-¡Verdad es! -dijo Rosa, a cuyos ojos asomó una brillante lágrima.- ¡POBRE DOLORES! Pero consuélate, mujer: los muertos con Dios están, y los vivos volverán.

-¡Amén! -contestó suspirando Dolores.

Capítulo XII.

Una tarde estaba Dolores ocupada en el jardín, que había transformado en huerto la económica señora Doña Braulia, la que tenía la ventaja de poseer innato el espíritu del hoy tan encomiado positivismo. Unas rechonchas, robustas y apretadas coles reemplazaban a los mirtos; unas rastreras cebollas infeccionaban el lugar que antes embalsamaban las violetas, y unos nabos panzones habían usurpado el suyo a las airosas dalias.

Como es de pensar, la hija se había desesperado, y había vertido sus primeras lágrimas sobre las arrancadas flores.

-¡Vaya, -decía en tono dolorido a la gansa de su madre,- que está usted con las flores como Sexto Quinto, que no perdonaba ni a Cristo! No va a quedar en el jardín más rosa que yo. ¡Ojalá y se le vuelvan a usted éticas las coles, se le sequen las lechugas, y se le pudran los nabos!

La tarde estaba mustia, y un viento que ya gemía anunciaba el invierno. Dolores miraba a las nubes, que pasaban presurosas como cuerpos de un ejército que se prepara al combate; a sus oídos llegaba claro el estrépito de las olas del mar, que inquietas se amotinaban, mientras que se impregnaba la atmósfera de la oscura sombra que esparcía una negra faja que cubría el horizonte al lado del Sur.

-¿Dónde... dónde -pensaba- alcanzará a mi pobre Tomás el temporal que se acerca? ¿Será en el mar, en la tierra o en la tumba? ¡Acaso no veré más a ese hermano de mi alma!

En este instante se oyó llamar a la puerta de la calle, y Dolores acudió a abrir. En el dintel estaba un alto y airoso muchacho, en un aseado vestido de marinero. Llevaba garbosamente sobre su rubia y rizada cabellera el gorro catalán; por sus morenas y sonrosadas mejillas se deslizaban dos lágrimas, que contrastaban con la alegría de corazón que hacía sonreír su bella boca.

-¿No me conoces? -dijo viendo a Dolores, que callada aguardaba que le dijese el objeto de su venida.

Al oír aquella voz, un grito salido de lo más profundo del alma, con la palabra «¡hermano mío!», fue lanzado por Dolores, que se echó en los brazos del marinero. Pero este goce íntimo fue interrumpido; las fibras de Dolores mucho ha acostumbradas al sufrimiento, y debilitadas por un incesante trabajo, no pudieron soportar tan repentina alegría, y cayó sin sentido.

Habían acudido al oír el grito Doña Braulia y Rosa.

-¿Qué es esto? ¿qué es esto? ¿Quién eres, muchacho? -dijo la primera.

-Soy su hermano, señora, -contestó Tomás.

-Si eso fuera, no la habrías asustado.

-Pero, señora...

-Lárgate, lárgate, que no traes tu fe de bautismo en la mano, y sabe Dios tus intenciones.

-Madre, -dijo con decisión Rosa, -éste es Tomás, el hermano de Dolores; no hay más que mirarlo para conocerlo; se parecen como se parece una rosa de su color a una rosa blanca.

-Calla tú la boca, caridelantera, -le dijo su madre;- y trae vinagre para que lo huela Dolores. Y tú -añadió, dirigiéndose al marinero- coge el pendingue, que estás demás. ¡Pues qué! ¿No hay más que entrarse por las puertas ajenas como Pedro por su casa?

Habríase dicho que un profético instinto hacía a la viuda repudiar con tanta aspereza al lindo joven; pues si bien su dinero y su plata no corrían riesgo en su presencia, lo corría un tesoro de mucho más valor.

¿Quién no ha visto con placer y simpatía en el cielo esos celajes blancos, esas nubecillas rosadas que en él giran, sin pretender averiguar qué emanaciones los formaron, qué auras los elevaron y dieron su dirección?

Así es que, sin buscarles causas, ocasiones, ni motivos, presentaremos desde luego, semejantes a aquéllos, los suaves, ligeros y rosados amores del joven marinero y de la niña Rosa.

Dolores se había opuesto a estos amores, que habrían desatinado a Doña Braulia; pero no había sido atendida ni por Rosita, ni por su hermano. Por desgracia, los buenos consejos dados a un naciente amor, si lo contrarían, son como gotas de aceite echadas sobre una llama: la avivan.

-Rosa, -decía Dolores,- mira que esos amores no llevan camino, ni han tener buen fin. Tu madre no ha de querer por yerno sino a un señor rico y principal.

-Pues como no se ponga más manteleta que la de un yerno principal, ya estará fresca, -respondía Rosa.- No me hacen a mí gracia los principales. Ahora poco vino aquí una jarapada de señoritos de Cádiz. ¡Virgen de Regla! ¡Vaya una patulea de señoritos! Llevaban unos sombreros sin forma ni manera, con más alas que un tejado; los brazos colgando, la ropa holgada como sayal de boyero, e iban más destartados y más descoyuntados que San Serapio. Uno me quiso requebrar, y yo le dije: «¡Póngase usted en una horma, señor, que va usted muy desbaratao!» Nada, Dolores, los principales son para las principales de gorra y mantellina: cada oveja con su pareja, hermana.

Así pues, en este amor infantil todo era hojas suaves y flores efímeras, menos la voluntad, que era el tallo.

No sólo habían sido ambos atraídos el uno hacia el otro como dos arroyuelos, bajando la misma pendiente para unirse en el valle y seguir su alegre curso entre las adelfas y el césped, sino también por haber sentido Tomás el ansia de echar un áncora a su corazón sin lastre, y Rosa por el vivo placer de demostrar a su madre con hechos, como lo hiciera ya de palabra, que diferenciaban de un todo en punto a la idea que ambas tenían formada sobre novios. Así era que con la habilidad más diestra y el placer más extremado sabía cogerle las vueltas al Argos más fiero, pero más descuidado del mundo, y acudir a la reja, para hablar a Tomás. En honor de la verdad, debemos decir que en aquellas conferencias ilegales, muy poco graves y menos sentimentales, no se trataba mayormente de amor, y que la risa era la que ocupaba en ellas el puesto de presidente. Solían ser de este género:

-¿Qué traes? -preguntaba el novio a la novia al hallarla sin poder hablar palabra, no por emoción, ni menos por turbación, sino por la risa que la ahogaba.

-¡Qué he de traer! -contestaba Rosa.- Que ahora mismo decía mi madre al Padre Nolasco: «Mi niña... (¡mira tú mi niña, con catorce años menos dos meses y veinte días!) Mi niña -decía su mercé- no sabe siquiera la palabra amor. Mi niña... a los veinticinco años ha de llegar sin haber mirado a un hombre a la cara; eso queda de mi cuenta». Pues queda de la mía, señora madre, -pensé yo para mis adentros,- el no llegar a los diez y seis sin haberle dado a su mercé un nieto. Para entonces ya serás piloto, y te podrás casar, ¿no es verdad, Tomás?

-¡Por supuesto! Pero hay que atender, Rosa, a que son ustedes, tu madre y tú, muy empingorotadas para mí, y que tu madre no ha de querer.

-¡Qué empingorotadas, si tío Miguel Lechugas, el que vende y pregona: «¡Abanicos de calaña! Si se rompe el papel, queda la caña», es primo hermano carnal de madre! Pero si no quiere, me sacas por la iglesia... y ya está.

-Y tú, ¿qué respondiste a tu madre? -preguntó Tomás.

-¿Qué respondí? Atiende. Le dije al Padre Nolasco: «Padre, mire usted a mi tío». El Padre le miró, y dijo: «¡Bello señor!» Y le rezó un Padre Nuestro, como hace siempre que lo mira. Yo me había puesto lejos de mi madre, porque cada vez que nombro a mi tío, me tira un pellizco.

-¡Oiga! ¿Y por qué?

-Porque no lo hago sino con el fin de que el Padre Nolasco le rece un Padre Nuestro; y mi madre, en lugar de agradecerme que le procure estos sufragios, se incomoda; porque desde que ha heredado y se ha metido a fina, ha echado un genio como un dragón.

-Pero... vamos al caso: ¿tú respondías acaso a tu madre con llamar la atención del Padre Nolasco sobre el retrato de tu tío?

-Aguarda; ya voy, que no soy triquitraque. Le dije, pues, al Padre Nolasco cuando concluyó su rezo: «Padre, ¿ha visto usted en su vida de Dios un señor más feo que mi tío? - ¡Jesús! ¡Qué desacuerdo!, dijo mi madre, que ya sabes la echa de fina, y es tan fina como yo, y entrambas lo somos como albarda vuelta del revés. ¿Qué tiene mi hermano de feo? - Todo, respondí yo; pero en particular las cejas que tiene como bigotes de gato, y el color, que es de membrillo cocho. -No era feo; que era un bello señor, dijo el Padre Nolasco, que es tan bonito como era él. -Pues sepa usted, le dije, que es tan feo porque nunca se casó. - Vete, vete al jardín a regar el lechuguino, moza tempranera, dijo mi madre». Alegreme de verme despedida como villarda; eché a correr, y me vine aquí más pronto que la luz, y su mercé detrás, y me encerró. Me río; ¿y no me he de reír? Porque ya ves tú que el buey que me corneó, a buena parte me echó. Pues aquí pelo la pava; cosa a la que siempre me ha tirado la inclinación, y que me gusta más que una misa cantada. Mientras no venías, me puse a cantar:

El hablar quiere gracia,

El cantar brío,
Y el pelar la pavita
Quiere sentido.

Mira, Tomás, estaba rabiando por decírtelo.

-¿El qué?

-Que estoy contentísima.

-¿Por qué?

-¡Qué se yo!

-Pues yo también lo estoy; pero sé por qué.

-¿Pues por qué?

-Porque eres mi novia.

-¡Ya lo creo!

-Y también porque el capitán me ha dicho que me va a llevar de marinero y a enseñarme el pilotaje.

-¿Y adónde te va a llevar?

-A Hamburgo.

-¿Otra vez vas a las Indias?

-No; esto es por otro lado.

-¿Más lejos?

-No, más, cerca; de la vuelta de arriba.

-¡Anda con Dios! Pero mira que no quiero que vayas más a Montevideo, que dice el Padre Nolasco que quien lo cuenta una vez, no lo cuenta dos.

-No hagas caso de lo que dice el Padre Nolasco en tratándose de navegar, porque le tiene tanto miedo al agua, que estoy para mí que le asombra hasta la del Bautismo.

-Tengo que decirte, Tomás.

-Y yo a ti, Rosa.

-Pues empieza tú.

-No, tú; que las faldas van por delante.

-Pues es un acertijo. ¿A que no lo adivinas?

-Veamos.

-Pues atiende:

Yo, y mi hermana diligente,
Andamos en un compás,
Con el pico por delante,
Y los ojos por detrás.

-¿Los ojos por detrás, el pico por delante?... Será el pavo real.

-¡Qué espilfarro! ¿Acaso son dos hermanas? ¡Las tijeras... torpón, las tijeras! Dime tú uno; que me divierten; anda.

Una dama hermosa
Como su fortuna,
Corta sin tijeras,
Cose sin agujas.

Rosa se puso pensativa, y murmuró:

-¿Una dama hermosa?... Yo. ¿Corre su fortuna?... Yo. ¿Corta sin tijeras?... Un sayo, yo. Pero eso de coser sin agujas... no caigo.

-¿No me tienes cosido sin agujas a tu reja, mujer?

-Mira, verdad es.

-Pero no es eso, y no has acertado.

-¿Pues qué es?

-Es la lancha.

-¡Ay Jesús! ¡Mi madre!... -exclamó Rosa.- Y si me coge aquí, me pegará. Eso no me importa; pero mandará tapiar la ventana, y eso sí me importa.

Diciendo esto, echó a correr; pero volviéndose de repente, dijo a Tomás:

-Cuidado; que cuando vuelvas de la mar me traigas langostinos.

Y ligera y callada como una exhalación, desapareció.

¡Cuántos pecados condena la maledicencia como mortales, que son tan veniales como el referido! ¡Cuántas niñas, por falta de recato y de modestia, se exponen a que sufra su fama!

Capítulo XIII.

Mientras Rosa y Tomás tejían su corona de flores de primavera, había llegado la época en la que en el año cincuenta se licenció temporalmente parte del ejército, y los dos hermanos López recibieron permiso para venir a su pueblo. No quisieron avisárselo a su familia para sorprenderla. En Lorenzo entraba la sorpresa, no sólo como medio de avivar el gozo por lo inesperado, sino la intención de no dar tiempo a que nada de cuanto en su ausencia hubiese podido surgir se le pudiese ocultar.

Era un domingo. La tarde declinaba, dejando paso a la noche; inclinábase el sol hacia su descanso, cual si le pesara su corona de dorados rayos. El viento había refrescado, impregnado del frío hálito de la noche. Los aviones habían tocado ya estrepitosamente a silencio a la grey aérea, y sólo el mochuelo tímido y acosado de día se quejaba en su soledad, como el paria, de la segregación de su casta. Las olas se extendían indolentes sobre la playa, bajando el tono de su atronadora voz, al de una queda y monótona cantinela; una a una, como las quedas palabras del tímido, salían las estrellas para estampar en el cielo la de: descanso.

Dos jóvenes caminaban con ligero y firme paso por el desnudo y escueto camino de Sanlúcar a Rota, apresurando progresivamente su andar, como si cada objeto que divisaban los hubiese reconocido y los gritase: «¡Llegad!»

-Ya siento -dijo el mayor- no haber dado aviso de nuestra alegría a madre. La pobre no está ya para sacudidas.

-Pues yo no lo siento, -repuso el menor;- que la alegría da vida; y de esta suerte, me cercioraré de cómo se porta Dolores.

-¡Calla, Lorenzo, calla! Que Dolores es una prenda que no mereces tú por desconfiado.

-Esteban, dice el refrán, que de la mujer te guarda, y de la buena no fíes nada. Dolores se ha metido a servir contra mi gusto en casa de Doña Braulia; el por qué no he podido averiguarlo, y algún por qué debe haber; no me lo ha querido mandar a decir; se echa fuera; y herradura que chapeletea, clavo le falta y firme no está. ¿A qué entrar en una casa extraña, pudiendo estar al lado de mi madre? Así, uniendo puntas con cabos, he venido a entender por esas turbieses, que algún gusano encierra el capullo.

-Estás como el profeta Jeremías, que anunciaba la desdicha antes que viniera al mundo. ¡Ya está aviada tu mujer! Ha de ser bien desgraciada. ¡Pobre Dolores! Ha entrado a servir; pero ¡en que casa, hombre! En casa de Doña Braulia la viuda, que no tiene más que una niña chica, y que es más recogida y honrada que una Santa Mónica.

-Yo, nada digo en contra de la viuda; pero lo que suceda en su casa no lo sabe madre.

-Hermano, -dijo Esteban,

No adelantes el discurso

Sino para pensar bien;
Que a veces nos discurrimos
Lo que no ha sido ni es.

Pero por tu mal pensar te había de estar bien empleado no hallarte con que Dolores te hubiese dejado, Lorenzo.

-Ni aún en chanza digas eso, hermano; que en chanza es, y cría mala sangre.

Había anochecido cuando llegaron al pueblo.

-Pasemos por la casa de la viuda, -dijo Lorenzo.

-Hombre, después irás; vamos primero a casa, que sobre padre no hay compadre, - contestó Esteban.

-Hermano, -repuso Lorenzo, dirigiéndose a la izquierda,- ¡si no son sino dos pasos más!...

Esteban titubeó; pero por no entrar solo en su casa siguió a su hermano a alguna distancia.

Este se había acercado a la casa de la viuda, y en la ventana última vio a un hombre en la reja.

Como había anochecido, le volvía la espalda, sólo pudo ver que era alto y airoso.

Al verlo, sus ojos se abrieron desmesuradamente; una nube pasó ante su vista; su cuerpo se estremeció, como la tierra antes de abrirse paso la lava. Acercose, sin que el ruido de sus pasos pareciese imponer ni turbar al hombre que estaba en la reja.

-¡Algo sabía Esteban! -murmuró entre sus apretados dientes Lorenzo.

-¿Con que -decía el de la reja en voz que no cuidaba de que fuese oída- me querrás siempre?

-Por sécula sin fin, -murmuró una suave y alegre voz de mujer.

-¿Y te casarás conmigo?

-¡Por supuesto! ¡Vaya!

-¿Aunque se opongan?

-Aunque se opusiese el rey y todo su ejército capitaneado por el Padre Nolasco.

-¡Jesús me valga! ¡Soy muerto! -gritó el infeliz joven, cayendo desplomado en el suelo.

-¡Y por mí! -dijo en lúgubre e iracunda voz Lorenzo.- Veremos si os casáis sin que se oponga y lo impida el que oponerse e impedirlo puede.

-Lorenzo, hermano, ¿has sido tú? -gimió con dulce voz el herido, que reconoció a su agresor.

-¡Dios del cielo! ¿Quién me nombra? -exclamó trémulo y asombrado Lorenzo.

-Yo, yo, Tomás. ¿No me reconoces?

-¡Tú!... ¡tú!... -tartamudeó Lorenzo, dando diente con diente, echándose sobre el herido y reconociendo con asombro las lindas e infantiles facciones del hermano de Dolores.

Levantándose en seguida con los brazos alzados al cielo, exclamó en desatentado paroxismo de desesperación.

-¡Dios me maldiga!

-No, no, -dijo con debilitada voz el herido;- ¡él te perdona... como te perdono yo!

Y el pobre niño perdió el sentido.

-Huye, hermano, huye, -dijo Esteban, que a pesar de la angustia de su alma conservaba la cabeza serena, viendo que a las voces que había dado Rosa acudían gentes;- huye; yo cuidaré de este infeliz, y puede que quiera Dios que se salve; huye, -prosiguió, empujando hacia una callejuela a su hermano, que con los puños cerrados se golpeaba la frente.- ¿Quieres matar a padre y a madre?

Lorenzo desapareció en las sombras de la noche.

Apenas se habían reunido algunas gentes, cuando Esteban reflexionó que para no suscitar sospechas contra su hermano, presentándose solo en su casa, debía ausentarse y buscar a Lorenzo, que necesitaba de ser consolado y guiado.

Así fue que se deslizó por entre las gentes que habían acudido; pero no pudo hacerlo sin que algunos lo hubiesen observado y aún tomado las señas, aunque sin reconocerle.

Esteban recorrió en vano aquellas cercanías: no halló a su hermano. Dirigióse a Sanlúcar, donde al día siguiente continuó sus pesquisas, sin notar en su turbación que era espiado; y a la tarde, al salir de una taberna en la que había entrado a escuchar lo que hablaban, por ver si algo averiguaba de su hermano, o del estado del herido, fue preso.

Capítulo XIV.

Dolores acostumbraba siempre a pasar las tardes de los domingos en casa de los López; pero desde que había venido Tomás, ansiaba por que llegasen esas tardes de asueto, porque las pasaba al lado de su hermano, que paraba en su antigua morada, adonde fue en derechura desde que desembarcó, y de donde no le dejaron salir la familia de López, que le miraban como cosa propia. Habían pasado los dos hermanos, como siempre, la tarde hablando Dolores de su pobre madre, y después distrayéndola Tomás con referirle sus viajes, sus percances y fortunas con vivos y alegres colores.

-Todo eso está muy bueno, Montevideo, -le decía el Padre Nolasco;- pero ¿no habría sido mejor que no hubieses pasado ninguno de esos trabajos, y que te hubieses estado quieto y en gracia de Dios, guardando los puercos del compadre Gil Piñones?

-Padre Nolasco, -respondía Tomás,- ¿ve usted esas nubes?

El Padre Nolasco miró al cielo y contestó:

-Las veo... ¿Y qué?

-Pues dígales usted que se estén quietas, a ver si lo hacen.

-Pues mire la comparación! ¡Buen arriero tienen para que se estén quietas!

-Pues, Padre, otro tengo yo que no me deja parar.

-¡Habrás visto rabo de lagartija como éste! Lo propio estás tú con la mar, como las mariposas con la luz; no has de parar hasta que te trague la mar con sus grandes tragaderas.

-Con Dios, Dolores, -dijo a la caída de la tarde Tomás.

-¿Ya te vas? -respondió ésta con tristeza.

-Me precisa, -repuso con aire de importancia su hermano.

¡Si no puede estarse quieto! -observó gruñendo el Padre Nolasco.

-Tomás, Tomás, -le dijo su hermana, que entendió dónde iba,- ¿con que no quieres hacer caso de mis consejos?

-Vamos, -repuso Tomás riendo,- ¿ahora vienes tú haciendo la segunda parte del Padre Nolasco? Pues mira, yo también te aconsejaré con la copla.

Tomás se puso a cantar:

Dejad llorar a las nubes,
Dejad alumbrar al sol;
Dejad al viejo quejarse,
Y al mozo gozar su amor.

-Si fuese reina y tuviese por hija una princesa, todavía me había de parecer poco para él, -dijo Dolores, siguiendo con la vista a su hermano.

-Pero ¡qué precioso mozo se ha hecho! -repuso la tía Melchora. -No me canso de mirarle.

-Y ha conservado su mismo genio de antes, su sal, su mismo agrado, su misma alegría, su mismo ángel, -añadió Catalina.

-Verdad es, -dijo el Padre Nolasco:- sería completo si no fuera tan terco.

En la misma hora que tenía lugar la catástrofe que hemos descrito, se preparaba Dolores a regresar en casa de su ama, cuando se esparció por el pueblo la alarmante y tétrica voz: «¡Un herido!»

Cuando cunde esta lúgubre voz en un pueblo de campo, el efecto que produce es sumamente conmoviente. Cantos, risas y juegos se extinguen instantáneamente: sucédeles un hosco silencio, sólo interrumpido por exclamaciones de lástima y horror, y de todas las casas se ven salir mujeres pálidas y azoradas, tocándose por las calles los pañuelos, y dirigiéndose presurosas al sitio de la catástrofe, murmurando con angustia: «¡Mi marido! ¡mi hijo! ¡mi hermano!» Si es una riña y llegan antes que se haya terminado, se las ve verdaderas heroínas, no por vanagloria, sino por amor, echarse denodadamente entre los combatientes, sin temer a sus puñales, ni a la ceguedad de su ira; lo que prueba que el ideal a que pueden llegar los sentimientos del corazón se halla en la naturaleza más cumplido y santo que no en las creaciones romancescas, pues que el ideal del sentir está en el corazón que lo exhala, y no en la cabeza que lo crea.

-¡Es Tomás, Tomás, el hijo de la pobre tía Tomasa! -dijeron unas mujeres al pasar por la calle.

-¿Qué dicen? -preguntó Dolores, a cuyos oídos llegaron el nombre de su hermano, y de su madre.- ¿Qué han dicho? -volvió a preguntar, cayendo sobre una silla, pues no pudo sostenerse en pie.

Catalina se había arrojado a la puerta de la calle, y corría fuera de sí para alcanzar a las mujeres que acababan de pasar.

-No me impuse, -contestó a Dolores más muerta que viva la tía Melchora, a cuyos oídos habían llegado los dos nombres.

El Padre Nolasco nada había oído; y el tío Mateo estaba en el corral.

En este instante se acercaba pausadamente y en silencio un grupo de hombres, que traían tendido sobre una escalera al herido; yacía éste sin sentido, estaba blanco como el jazmín caído de su rama, y parecía dormir sin dolores y sin encono.

-¡Mi hermano! -gritó con sofocada voz Dolores, cruzando con convulsa vehemencia sus manos sobre su pecho.

-¡Tomás! ¡Jesús!... -dijo con dolor el tío Mateo. -¿Quién ha sido el malvado que ha herido a ese inocente?

-No se sabe, -respondieron los hombres.

-¡Tomás! ¡Hijo mío! ¿No me oyes? -dijo el Padre Nolasco, tomando entre las suyas las yertas manos del pobre niño.- ¿Está muerto? -añadió, acercando su mano al rostro del herido.- No. ¡Corred, corred por el cirujano!

-Ya viene, -le fue contestado.

Tomás fue acostado en la cama que había sido de Lorenzo.

Llegaba el cirujano, que registró la herida, hizo la cura, y dijo al salir al Padre Nolasco:

-Cuando vuelva en sí con el espíritu que acabo de recetar, que le administren, pues no pasará de la noche.

El Padre Nolasco se volvió a la cabecera del herido, que en este instante volvía en sí y decía:

-¿Dónde estoy?

-En mi casa, en mi casa, -respondió la buena anciana;- en la cama de mi Lorenzo.

-Sacadme de ella, sacadme de ella, -dijo con débil, pero azorada voz el herido.

-¿Y por qué, hijo?

-Porque si muero, no querrá Lorenzo acostarse más en ella, -respondió Tomás.

-En ella vas a curar, hijo mío, -repuso la tía Melchora.

-¡No, no! -dijo el pobre niño. ¡Voy a morir!

Y volviendo las ojos entonces hacia el Padre Nolasco, prosiguió con dulce sonrisa:

-Ya veis, Padre, que no era en la mar en donde me esperaba la muerte.

-Mejor para ti, que vas ahora a morir como un santo, rodeado de tu gente y teniéndome a mí a la vera para administrarte los Santos Sacramentos, -contestó el Padre.

Entró en este instante el alcalde para tomarle declaración.

Tomás contestó a las preguntas de éste, que había sido herido por equivocación, según oyó decir al agresor, a quien no conoció; pero fuese quien fuese, le perdonaba.

Alejáronse en seguida todos para dejarle solo con el Padre Nolasco, a fin de que pudiese confesarle.

Cuando hubo terminado la confesión, y el Padre le preguntó si le quedaba aún algo sobre su conciencia, contestó:

-Alto, sí, Padre... He mentido ahora poco.

-¿Cómo es eso, hijo, ahora poco?

-Sí, -dijo el moribundo;- he dicho al alcalde... he dicho que no conocí a mi matador.

-¡Y qué! ¿Le conociste?

-Bajo sigilo de confesión os digo que sí, Padre, le conocí.

-¿Y quién fue?

-Eso no lo diré yo, Padre; que el callarlo no grava mi conciencia.

En este instante fue el infeliz acometido de un copioso vómito de sangre. La agitación que esto produjo en la casa permitió a Dolores el escapar a la vigilancia de algunas mujeres que la guardaban, apartada de aquel cuadro tétrico y destrozador, y se precipitó en el cuarto con los ojos desencajados y pálida como la estatua de mármol de un sepulcro.

-¡POBRE DOLORES! -dijo con ahogada y apagada voz el moribundo, mientras dos lágrimas asomaban a sus ojos, ya quebrados por la muerte que le invadía, y dulces aún por la vida que le quedaba.

-Ya le llegará su vez de descansar, -dijo el Padre Nolasco.- Vete, vete, -añadió, entregando a la desesperada e inerte Dolores en manos de las mujeres que la habían seguido,- vete; que perturbas su alma. No pienses más que en Dios, que es tu Padre, y te llama a sí, -añadió volviendo a la cabecera el agonizante.

-¡No pensaré más que en él! -murmuró Tomás, alzando sus ojos, aún llenos de lágrimas, al cielo.

-Ahora que estás preparado que mejor no cabe, hijo mío, levanta tu corazón al SEÑOR misericordioso, a quien vas a ver, y muere tranquilo, que aquí estoy yo encomendándote el alma como si fueses mi propio hijo.

Tomás apretó suavemente la mano del Padre, sonrió, cerró los ojos... y no los volvió a abrir.

Entonces en voz baja, luego en voz más alta, y después en gemidos, pasó de boca en boca esta terrible voz: «¡MURIÓ!»

-¡Qué dolor! ¡qué dolor! -exclamaban las mujeres.- ¡Las campanas van a doblar solas! ¡Quién vio tal iniquidad de matar a ese inocente que a nadie ofendió, ni con el pensamiento!

-¡Y le perdonó! -añadían otras llorando.- Era un ángel que ha muerto como ha vivido, sin hacer daño a nadie. ¡Si ésta es la muerte de Abel!

Dolores estaba como petrificada; sus ojos no lloraban; sus labios no gemían; y sólo de cuándo en cuándo un estremecimiento nervioso demostraba que viviese. Las buenas mujeres le habían puesto sobre el corazón un pedazo de paño de grana, habían salpicado su rostro de agua, y a todo resistía su inercia. De repente se levantó, fue a su arca, que guardaba en su cuarto la tía Melchora, sacó todo el dinero, tan trabajosamente ganado y tan cuidadosamente guardado, que estaba destinado a comprar su ajuar de novia, y entregándoselo a la buena anciana, dijo con voz que apenas se oía:

-¡Para la caja, tía Melchora; que quiero que lleve caja propia para el entierro... y para sufragios!

Dicho lo cual, dio un gemido y cayó desplomada en el suelo.

Capítulo XV.

Esteban había sido conducido a Sevilla, y debía ser juzgado por un Consejo de guerra.

En los interrogatorios había sostenido con calma y firmeza que él no había cometido el crimen que se le imputaba. Reconocido por el hortelano de la viuda, que fue el primero que había acudido al lugar de la catástrofe, y que le había hablado, no negaba su presencia, pero negaba el crimen. Reconvenido con la objeción de que hallándose allí en el momento de suceder la muerte, debería haber visto al asesino, lo negaba; lo cual aumentaba las flagrantes pruebas de culpabilidad que contra él se aglomeraban. Su salida o fuga de Rota a esa hora, a pesar de declarar que era aquél el destino de su viaje; su afán al siguiente día en recorrer las tabernas de Sanlúcar con el marcado fin de saber cuanto de la catástrofe se decía, y averiguar si había muerto el herido; alguna turbación y vacilamiento en sus respuestas; todo atestiguaba de tal manera en contra de él, y el crimen era tan horroroso, que se le impuso por unanimidad la sentencia de muerte.

Esteban la oyó con serenidad. ¡Debe, en efecto, ser menos horrorosa la muerte violenta cuando se presenta como sacrificio, que no cuando se presenta como expiación!

En el momento en que se iban a llevar al reo de la sala del Consejo, salió de entre un grupo de hombres un joven que se adelantó de repente con paso firme hacia el tribunal. La lívida palidez que cubría su semblante enérgico no parecía debida a la emoción del momento, sino aneja a aquel rostro en que nada de la vida parecía haber quedado sino un fuego sombrío en sus negros y ardientes ojos.

-Ese hombre es inocente, -dijo con acento firme y seco, dirigiéndose al Consejo.

-¿Cómo lo sabéis y cómo podréis probarlo?

-Entregando al reo.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo.

-Pues traedle.

-Ya está aquí.

-¿Pues quién es?

-Yo.

-¡Vos!

-Yo, convicto y confeso.

Hubo un momento de silencio, debido al asombro y estupefacción que causó esta escena.

-¡Hermano! -exclamó al fin Esteban.- ¿Qué has hecho?

-¿Y tú habías pensado -contestó el otro en tono de reconvención- que te dejaría yo morir? Oye. ¿De cuándo acá me has tenido tú por un infame? Nunca fui bueno, lo sé; siempre tuve en mí mismo el enemigo que había de perderme. Pero de ahí a ser un vil cobarde que dejase pagar a un inocente mi delito, va mucho, hermano. Intenté procurar tu fuga de la cárcel, pero no lo conseguí, porque nada bueno podía lograrse al que Dios dejó de su mano. Así pues, caiga sobre el delincuente la ley, y cúmplase en mí la sentencia de que quien a hierro mata a hierro muere. Adiós; consuela a nuestros padres, y... ¡perdonadme todos!

El Consejo, en vista de este inesperado incidente, se suspendió, y Lorenzo fue mandado trasladar a la cárcel en lugar de Esteban, que quedó libre; mas éste estaba como herido de un rayo, sin palabras, sin acción y sin voluntad. Sintiose fuertemente asido de un brazo por una persona que lo sacó de aquel funesto lugar, y que impulsándole sin que el anonadado Esteban pusiese resistencia, lo llevó a una casa en que entraron, cerrando en seguida la puerta el que lo conducía.

-¡Ánimo, ánimo! -le dijo, presentándole un vaso de vino. ¡Ánimo, que lo requieren las barbas!

Esteban levantó los ojos, y por vez primera miró a la persona que lo había traído a aquel sitio.

-¿Sois vos? -exclamó.- ¿Y os habéis atrevido?

-Para las ocasiones son los amigos, -respondió su conductor, que no era otro que su antiguo vecino el carabinero.

-¿Con que... te ibas a dejar matar? -exclamó Pepa, que había acudido y abrazaba con lágrimas a Esteban.

-¡Y había de delatar a mi hermano, señora! -contestó éste.

-Ahora mismo te vas a meter en el vapor e irte a Sanlúcar, y de allí a Rota; que ojos que no ven, corazón no quiebran, -opinó el carabinero.

-Perdone usted, señor, -repuso Esteban, que volvía a recobrar su energía,- que yo donde ahora voy es al lado de mi hermano.

Por más que hicieron Pepa y su marido para apartar a Esteban de su intento, no fue posible.

El carabinero le acompañó; pero cuando llegaron a la cárcel, como si su llegada hubiese sido prevista, salió el oficial por quien Esteban había sido defendido, a recibirle.

-El reo -dijo- me envía a vuestro encuentro porque no quiere veros, no por falta de valor, pues está resignado y tranquilo, ni por falta de cariño, sino por interés hacia vos, que no podríais verle sin sufrir un dolor tanto más vehemente, cuanto que no será corto y transitorio como el suyo. Me ha dicho que si la voluntad del que va a morir es sagrada, que la atendáis, y le deis con ello ese último consuelo. Partid en este instante: id a consolar a sus padres, y abrid allí esta carta de despedida, que es su última comunicación con este mundo, pues desde que me la dictó, sólo tiene su mente en la eternidad, que tan magna aparece a la hora de morir. No os desesperancéis; si algo en su favor se puede hacer, se hará.

Al oír estas terminantes palabras, el infeliz Esteban volvió a caer en su sombría inercia.

-¡Pues qué! -murmuraba con ahogada voz.- ¿No le veré más? ¿No volveré a ver al hermano de mi alma? ¡Jesús! ¡María Santísima! ¡Esto es peor que morir! Más valiera mil veces que nunca se hubiese presentado.

El buen carabinero, con sus pocas palabras, pero con su mucho celo, se llevó a Esteban.

-¡Animo, ánimo! -repetía.- Es preciso hacer de tripas corazón. Vete a tu casa. ¿Qué vas a hacer aquí?

Diciendo esto, le arrastraba consigo por la orilla del río, y apresuraba el paso al ver que por una feliz coincidencia se preparaba un vapor a salir para Sanlúcar. Cuando llegó, le metió en la embarcación, pagó su pasaje, le recomendó a un camarero conocido suyo, y se volvió a tierra en el mismo momento en que, levando el ancla el vapor, empezaba a imprimir a aquella pesada mole el impulso que la había de hacer ligera y rápida cual la flecha al impulso del arco.

¿Qué pluma podrá pintar las destrozadoras escenas que se sucedieron en la casa, antes tan feliz, de los López, al saber golpe sobre golpe, mediante a la brusca franqueza campesina, las desastrosas nuevas de que era Esteban portador? ¿Quién puede pintar aquella desatentada desesperación, aquel sufrimiento infinito? Cuanto decirse pudiera, quedaría muy atrás de la realidad, como se queda el pincel que intenta pintar el agua y el fuego, a los que no puede dar calor ni movimiento.

En medio de esta desolación fue leída por el Padre Nolasco la carta de Lorenzo, que era como sigue.

«Ni a Dios ni a los padres se les pide nunca perdón en balde; y como a Dios se lo he pedido, os lo pido a vosotros, a quienes tan mal pago he dado por el amor que me han tenido. No se aflijan ustedes por mi suerte, que no llevo más que lo que merezco, y lo recibo resignado, a la vez como castigo y expiación. ¡Hermano, Dios te pague el gran cariño que me has demostrado! Que si viviese, no te lo pagaría besando la tierra que pisas. Otra cosa quiero que hagas por mí para poder morir tranquilo. A esa desdichada a quien dejé en una mala hora sin arrimo ni calor de nadie, ampárala; cástate con ella; ¡hazle dulce la vida, que tan amarga le hice yo! Y para que muera tranquilo, prometedlo al leer mi carta. Por que las palabras dadas al que va a morir se cumplan; pues el saber que se cumplen, ha de ser el consuelo que me lleve yo a la tierra. Perdonadme y encomendadme a Dios, que Él es el que nos consuela a todos!»

Cuando en medio de sollozos y gemidos se terminó la lectura, Esteban se acercó a la cama en que yacía, cual un cadáver convulso, la infeliz Dolores.

-Dolores, -le dijo,- la última voluntad de mi hermano es sagrada; ni tú puedes tener otro marido que yo, ni yo otra mujer que tú. Él confía en que no haremos falla su última voluntad, y no debemos marrarle.

Dolores calló y siguió sollozando.

-Si no consientes, -dijo con angustia Esteban,- es que no lo quieres a él, no me aprecias a mí, y no estimas a la familia. ¿Prometes, Dolores? Que el tiempo urge.

-Prometo -gimió Dolores- hacer lo que él quiso, y tú quieres.

Capítulo XVI.

Seis días habían pasado en esta agonía. La pobre madre estaba en una convulsión casi continua; el padre había envejecido de golpe, y su cuerpo, hasta entonces robusto y derecho, se había doblado cual el árbol que venció un huracán. Dolores daba pocas esperanzas de vida. Catalina hallaba fuerzas en su amor a sus padres para no dejarse postrar por su dolor, y Esteban, anonadado, sofocaba su desesperación por no aumentar la de sus padres. Sólo el Padre Nolasco estaba sereno, y era a su vez la Providencia de esa familia,

como ella había sido la suya. Cuidaba a todos, y a todos exhortaba con fuertes argumentos a la conformidad en las penas, aún las más acerbadas, puesto que para ellas la prescribe Dios, y de lo que tan admirable ejemplo nos dio su SANTA MADRE. A intervalos levantaba su voz en las oraciones, cuyo sonido conocido y amado llega al oído con toda la magia de un consuelo, de un recuerdo, de una esperanza; como el lazo que une a vivos y muertos, y esta vida a la otra vida.

Una mañana, algunas vecinas que venían caritativamente a asistir a esta infeliz familia, decían al médico al salir:

-Señor, nada de cuanto le mandáis le hace a la pobre de la madre; esto le cuesta la vida.

-Más cuidado me da el padre, aunque aparenta más serenidad, -respondió el médico.

-¿Y Dolores, señor? ¿Será preciso administrarla?

-Todavía no urge; es joven y aquí hay sujeto. Una crisis podrá salvarla.

En este momento se abrió violentamente la puerta, y el carabinero, sofocado, desalado y cubierto de polvo, se precipitó en la casa gritando:

-¡Señores, mientras hay Dios, hay misericordia! ¡Indultado! ¡indultado!

Nada más dijo; nada más pudo decir; pero nada más necesitaba decir para volver la vida a aquella agonizante familia.

Esteban se abalanzó fuera de sí al carabinero.

-¡Qué decís! ¿Indultado?

-Indultado.

-¿Mi hijo? -gritó saltando de su lecho, sobre el que estaba tendida, la madre.

-¡Lorenzo!

-¿Por el tribunal? -exclamó el padre, que se había levantado erguido como un joven.

-¡Qué por el tribunal! Por la REINA. ¡VIVA LA REINA! ¡VIVA ISABEL SEGUNDA!
-gritó el carabinero, tirando por alto su morrión.

-¿No morirá? -sonó la débil voz de Dolores desde su alcoba, que daba al patio.

-Cuando Dios quiera y no antes, -respondió el carabinero.

La escena que siguió, difícil sería pintarla cuando no tienen los mismos actores que en ella actuaron memoria ni recuerdo de lo que pasó. La madre se dejó caer inánime en los

brazos de su marido; Esteban y Catalina rodeaban con sus brazos el santo grupo que formaban sus ancianos padres; Dolores había hallado fuerzas para incorporarse en su lecho, cruzar las manos y alzar al cielo su ferviente acción de gracias; las buenas vecinas lloraban a gritos; el carabinero no cesaba de pasar el revés de su mano por sus bigotes empapados en lágrimas, y sólo el Padre Nolasco, impassible, decía:

-¿Lo veis, hijos? Dios aprieta y no ahoga. Bien os lo decía yo: ¡conformidad! ¡La esperanza es lo último que se pierde! Si las de acá abajo salen fallidas, las de allá arriba son siempre ciertas. Así es que ha hecho Su Divina Majestad de la esperanza una virtud, y manda a las criaturas que la tengan siempre en su corazón para que no desfallezcan. El corazón desfallecido no es corazón legítimo, hermanos.

¡Oh, caridad! ¡Pon a menudo la pluma en la poderosa mano que puede firmar el indulto. Si no es en consideración al reo, sealo en consideración a su familia, inocente de su culpa!

El extraño suceso acaecido en el Consejo de guerra se había esparcido y despertado la curiosidad y el interés público, pero muy en particular entre los oficiales que componían el Consejo, y que habían presenciado aquella escena de honradez y de amor fraternal. La sencilla nobleza que vieron en el porte y palabras de aquellos hombres graduados de rústicos, les había enternecido; porque tras los rostros tostados e impávidos, y de las manos endurecidas con el manejo del sable, suelen alguna vez latir corazones más blandos y generosos que no entre otros rostros blandos y delicados, ya de uno u otro sexo, que se inmutan y enternecen en conversación.

Unieronse a esta simpatía general la de altos personajes, que levantaron una súplica de gracia a la buena soberana, tan dispuesta a la clemencia, que nunca se acude en vano a su hermoso corazón. A ese corazón bendito que halló voces para perdonar a un enemigo en el mismo momento de recibir el alevoso e inicuo golpe regicida, nunca le pueden faltar esas palabras de clemencia que son el derecho divino de los reyes.

-¿Y queda libre? ¿Vendrá acá? -preguntó la madre cuando al primer enajenamiento siguió un poco de calma.

-Si por la reina fuese, vendría... ¡Señores, VIVA LA REINA! -dijo el carabinero.

-¡Bendita de Dios sea la reina! -exclamaron todos con explosión y entusiasta gratitud.

-¡Si por la reina fuese... vendría! -prosiguió el carabinero.- Pero su majestad no puede más que perdonarle la vida. Entra después la pena que le sigue: presidio.

-¡Presidio! -exclamó la pobre madre.

-Sí señora. ¡Y cómo ha de ser! ¡Quien la hace la paga, tía Melchora! -dijo el carabinero.

-¡Pero si Tomás, el ángel mío, que murió como un Abel, le perdonó!...

-Eso tiene a su favor; pero no basta.

La madre se echó a llorar amargamente.

-Melchora, no ofendas a Dios, -le dijo el tío Mateo, volviendo a caer doblado y con la cabeza caída sobre su asiento.

-¡Es que yo le creí libre!...-repuso sollozando la madre.

-¿A qué prometértelas tan felices, mujer? ¡Si lo que ha hecho es un delito de los grandes!... Su castigo ha de llevar, -repuso el honrado anciano.

-¿Y adónde va, señor Canuto? -preguntó la pobre madre.

-A las islas Marianas.

-¿Y por cuánto tiempo?

-No se sabe, -contestó el carabinero, que sabía que era de por vida.

El pobre tío Mateo lo había comprendido también así.

Entre tanto, había llamado Dolores a Esteban a su lecho, y le decía:

-Esteban, puesto que, gracias a la misericordia divina y humana, Lorenzo queda con vida, no hay nada de las promesas hechas a un difunto. Mientras viva él, no seré mujer de otro.

-Así lo entiendo yo, Dolores, -respondió Esteban.- Mucho te quiero, y a la par de mi hermana Catalina; pero siempre he mirado en ti la mujer de Lorenzo, y el casarnos viviendo él me parece como mancha de sangre. Pero te quedarás con nosotros, Dolores; que buenos brazos tengo yo para mantener a una hermana, y yo soy dos veces tu hermano, una por Lorenzo y otra por Tomás.

Dolores se echó a llorar.

-Mira, -le dijo el Padre Nolasco cuando Esteban se hubo marchado,- Rosita me ha encargado que te diga que no viene a verte porque no quiere, ni pisar esta casa, ni ver a ninguno de las gentes de Lorenzo. Y por más que le he dicho que eso no está bien, no hay quien la venza, al menos por ahora. Me dijo que te dijera que tú no habías de estar en ninguna parte mientras ella viva, sino a la vera suya; ya lo sabes.

Rosa también, como Dolores, había pasado de la infancia a la juventud, por las lágrimas. Aquel color de rosa tan fresco y subido que ostentaban sus mejillas, había desaparecido para siempre de su rostro. Su petulante alegría se había apagado como una luz al soplo del torbellino. Ya no llamaba la atención del Padre Nolasco sobre el retrato de su tío; ya no sostenía con su madre sus emancipadas polémicas. Ocupaba su vida seriamente, frecuentaba las iglesias, se ocupaba de los quehaceres de la casa, y mucho de los pobres.

El aniversario del día 5 de Setiembre, de lúgubre memoria, se ve en el convento, al borde del mar, un sacerdote anciano que dice pausadamente una misa de difuntos. Óyenla siempre dos mujeres, que están estrechamente unidas: una es una joven, bien vestida, grave, pero lozana, que parece empezar una existencia seria y útil; la otra, también joven, enlutada, pálida, delgada y destruida, que parece acabar una vida de sufrimientos: la primera es Rosa; la segunda, Dolores.

Cuando las ven pasar, dicen todos con simpatía:

-¡Cómo ha sentado Rosa, la de Doña Braulia! Se ha hecho una mujer de su casa, como Dios manda.

Y añaden conmovidos:

-Dolores, la de la tía Tomasa, se va consumiendo como la luna menguante. No le ha quedado cara en que persignarse; ¡TIENE MUERTO EL CORAZÓN EN EL PECHO! ¡Esa nació para sufrir!... ¡POBRE DOLORES!

FIN.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

